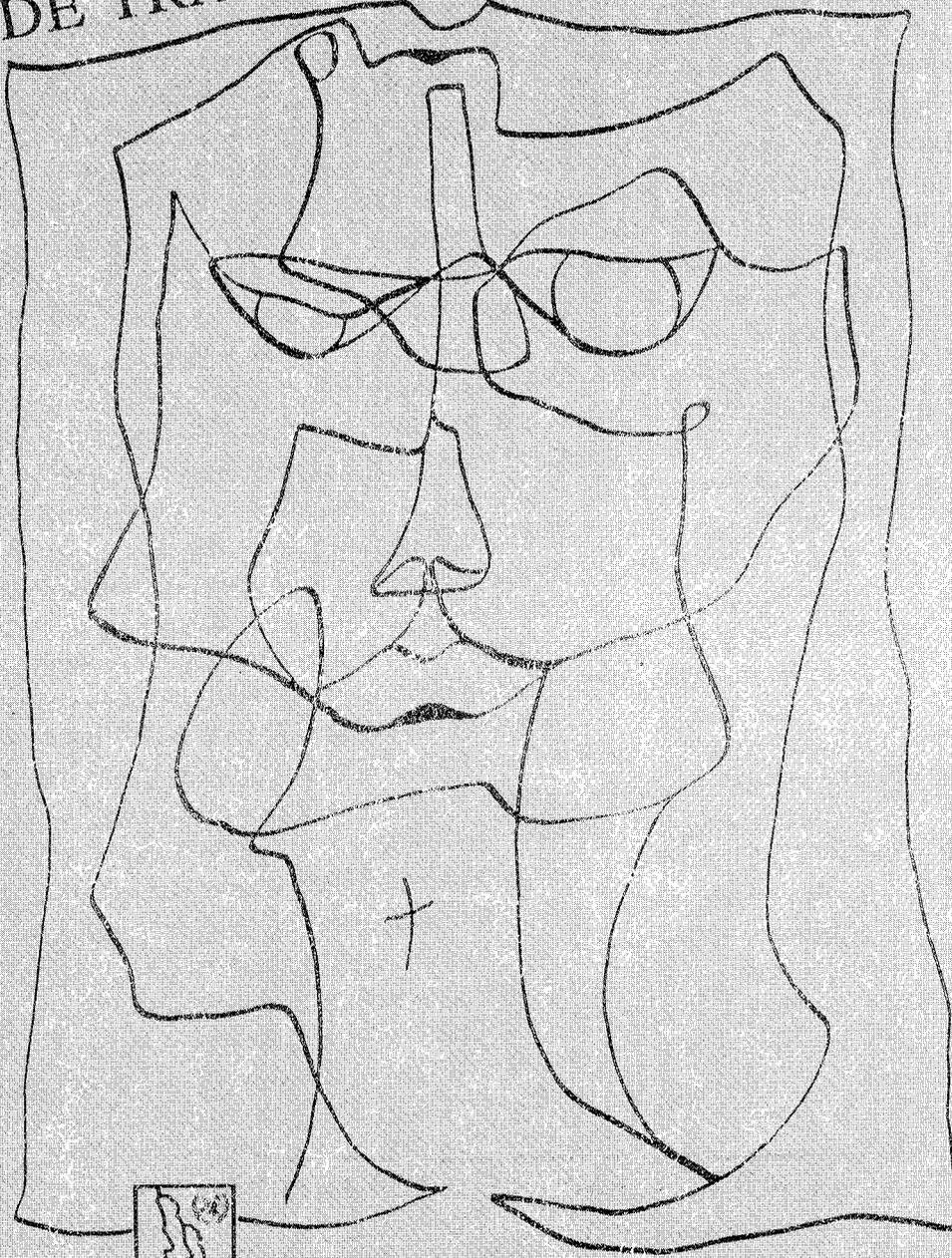


MUJERES INMIGRANTES Y MERCADO

DE TRABAJO EN SANTIAGO



Centro Latinoamericano de Demografía

Ivonne Szasz

**MUJERES INMIGRANTES Y  
MERCADO DE TRABAJO  
EN SANTIAGO**

**Ivonne Szasz**



**COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE (CEPAL)  
CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFIA (CELADE)  
AGENCIA CANADIENSE PARA EL DESARROLLO INTERNACIONAL (CIDA)  
FUNDACION ROCKEFELLER  
Santiago de Chile, 1994**

**CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFIA  
CELADE**

Edificio Naciones Unidas  
Avenida Dag Hammarskjöld  
Casilla 91. Santiago, Chile

Las opiniones y datos que figuran en este trabajo son responsabilidad de sus autores, sin que el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) sea necesariamente participe de ellos.

© Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE)  
Serie, N° 39,  
Santiago, Chile, marzo de 1994

**MUJERES INMIGRANTES Y  
MERCADO DE TRABAJO  
EN SANTIAGO**

LC/DEM/G.136  
Serie E, N° 39  
Marzo de 1994

Este trabajo fue posible gracias a una beca postdoctoral especial en ciencias sociales otorgada por la Fundación Rockefeller. La investigación se realizó en el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) que proporcionó asesoría técnica y apoyo en el procesamiento de datos.

Las opiniones expresadas son de responsabilidad exclusiva de la autora y no comprometen a las instituciones mencionadas.

## INDICE

	<i>Página</i>
PRESENTACION . . . . .	7
INTRODUCCION . . . . .	9
I. LA MIGRACION FEMENINA, LA DIVISION DEL TRABAJO SEGUN SEXO Y LA GLOBALIZACION DE LA ECONOMIA	13
1. Enfoques orientadores del estudio de la migración en América Latina . . . . .	13
2. La dimensión de género en el análisis de la migración y del mercado de trabajo . . . . .	17
II. EL CONTEXTO. LA INSERCIÓN DE CHILE EN LA ECONOMIA GLOBAL Y LA DIMENSION SOCIAL DE LA TRANSFORMACION PRODUCTIVA . . . . .	31
1. De la sustitución de importaciones a la competitividad internacional . . . . .	31
2. Efectos del modelo en el mercado laboral urbano	36
III. LA INMIGRACION FEMENINA A SANTIAGO . . . . .	43
1. Características de la corriente migratoria . .	43
2. Características de las inmigrantes . . . . .	49
3. Algunas consecuencias de la migración hacia la capital . . . . .	53
4. Determinantes estructurales de la migración hacia Santiago . . . . .	54

5.	Determinantes específicos de la migración femenina . . . . .	63
6.	Motivaciones individuales de las inmigrantes	69
IV.	LA PARTICIPACION DE LAS MUJERES DE SANTIAGO EN LA ACTIVIDAD ECONOMICA ENTRE 1952 Y 1990 . . . . .	75
1.	El crecimiento de la fuerza de trabajo y la absorción ocupacional . . . . .	75
2.	Características de la inserción laboral femenina	90
3.	La segmentación del mercado laboral en 1990	116
V.	LA PARTICIPACION DE LAS INMIGRANTES EN LA ACTIVIDAD ECONOMICA . . . . .	127
1.	El diferente grado de participación de inmigrantes y no inmigrantes . . . . .	127
2.	La diferente estructura ocupacional de inmigrantes y no inmigrantes . . . . .	132
3.	Participación, migración y relación de parentesco . . . . .	143
4.	Inmigrantes y servicio doméstico . . . . .	148
5.	Inmigración y participación laboral: especificidades de género . . . . .	151
VI.	CONCLUSIONES . . . . .	157
	BIBLIOGRAFIA . . . . .	169
	ANEXO 1 . . . . .	181
	ANEXO 2 . . . . .	191

## PRESENTACION

Las corrientes migratorias orientadas hacia la mayoría de las áreas metropolitanas de América Latina se distinguen por un claro predominio femenino. Si, como frecuentemente se ha reconocido, la búsqueda de empleo, de mejores condiciones de vida y de la satisfacción de necesidades fundamentales, constituyen factores que inciden en la decisión de migrar hacia las grandes ciudades, todo parecería indicar que esa búsqueda se hace especialmente evidente entre las mujeres. Esta especificidad constituye un síntoma de las restricciones que la población femenina enfrenta en el resto de los espacios nacionales y que, con singular intensidad, manifiestan los persistentes efectos de las inequidades según género. De allí que revista especial importancia el conocimiento sobre las relaciones entre la migración de las mujeres y sus formas de incorporación en el mercado de trabajo de las áreas metropolitanas. Es éste el objeto de preocupación que anima el trabajo que se presenta en este volumen.

Concentrando su atención en el caso de Santiago, la autora ha hecho uso de una abundante cantidad de fuentes, cuyo rango va desde las de tipo estadístico, como censos de población y encuestas sobre migración, a las documentales, que abarcan un amplio abanico de estudios realizados previamente. Mediante un enfoque procesal se procura identificar tendencias de cambio dentro del horizonte de la segunda mitad del siglo XX, enfatizándose las modificaciones que se asocian con las reorientaciones de la economía chilena después de 1975. De este modo, las elaboraciones teóricas son contrastadas con antecedentes empíricos en un esfuerzo por abrir rutas que lleven desde la descripción hacia el esencial campo de la explicación. Así, gradualmente, va adquiriendo cuerpo el propósito de aportar elementos que sirvan de base para el diseño de acciones encaminadas a lograr un mayor grado de equidad de género.

La investigación que sirvió de base para la preparación de este documento fue posibilitada por una beca postdoctoral en ciencias sociales conferida por la Fundación Rockefeller, entidad que también contribuyó a hacer realidad la presente publicación. El Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) tuvo a su cargo la grata tarea de proporcionar asesoramiento técnico y respaldo logístico a la investigadora durante su permanencia en Santiago. Con el respaldo del Convenio establecido entre el CELADE y la Agencia de Cooperación para el Desarrollo Internacional (ACDI) se efectuaron los procesamientos de datos requeridos. Desde luego, la responsabilidad y los merecimientos de este estudio corresponden a su autora, actualmente investigadora de El Colegio de México.

Reynaldo F. Bajraj  
Director  
Centro Latinoamericano de Demografía

## INTRODUCCION

En este documento se dan a conocer los resultados de una investigación sobre los cambios en la actividad económica femenina y en las condiciones de inserción en el mercado de trabajo de las mujeres inmigrantes en la Región Metropolitana de Santiago, durante los últimos cuarenta años. En particular, se procura identificar las modificaciones ocurridas a partir del proceso de reorientación de la economía chilena iniciado a mediados de los años setenta. Los problemas que se plantean son: las limitaciones que introducen los roles reproductivos en la inserción de la mujer en la actividad económica dentro del contexto específico de la capital de Chile; la expresión social de las desigualdades de género en el mercado de trabajo; los efectos de las transformaciones económicas, iniciadas en 1975, sobre la situación laboral femenina y la desigualdad según sexo; la especificidad de la migración femenina y las diferencias derivadas de la condición migratoria en la actividad económica de la mujer.

Aportar elementos que sirvan de base para el diseño de políticas que busquen la equidad, reduciendo las desigualdades de género e integrando socialmente a los grupos más discriminados —en este caso, las mujeres inmigrantes recientes en la Región Metropolitana<sup>1</sup>—, es la finalidad del estudio. Se contribuye a reconocer manifestaciones de desigualdad social y su interrelación con los procesos que las determinan.

La investigación consistió en un análisis comparativo sincrónico y diacrónico de información secundaria usando, como unidad de análisis, agrupamientos de individuos según características predeterminadas y empleando un enfoque interpretativo que bus-

---

1 El área de estudio ha sido objeto de cambios político-administrativos que se indican en el Anexo 2.

có situar los datos en el contexto social y en una perspectiva histórica. Los indicadores utilizados permitieron comparar: la participación femenina en la actividad económica y sus características en distintos momentos del período analizado (1952, 1960, 1970, 1982, 1990); las desigualdades en la inserción económica entre mujeres y hombres en 1990; las diferencias de participación en la actividad y tipo de ocupación entre mujeres inmigrantes recientes y no inmigrantes en tres momentos (1962, 1970 y 1982); aspectos específicos de la inserción laboral, en relación con otras variables, para las mujeres inmigrantes recientes y las no inmigrantes en 1982, con especial énfasis en el empleo doméstico; y algunos aspectos de la actividad económica de hombres y mujeres inmigrantes y no inmigrantes, con el fin de observar la superposición de desigualdades de género y desigualdades derivadas de la condición migratoria.

Para analizar la evolución de la participación femenina en la actividad económica y las características de su inserción laboral se utilizaron los Censos de Población y Vivienda de 1952 a 1982 y los resultados de la Encuesta Nacional de Empleo (PIEH) del Instituto Nacional de Estadística (INE) para el cuarto trimestre de 1990. Otras fuentes, en especial la Encuesta de Empleo y Desempleo en el Gran Santiago, de la Universidad de Chile, sirvieron para el estudio de ciertos indicadores específicos. En el análisis de la segregación por sexo del mercado de trabajo se usaron preferentemente los resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del INE para el cuarto trimestre de 1990. Con el fin de comparar la participación en la actividad y el tipo de ocupación de las mujeres inmigrantes y no inmigrantes y su evolución, se utilizó información derivada de tres muestras diferentes. Para 1962, la Encuesta sobre Migración al Gran Santiago levantada por el Centro Latinoamericano de Demografía de las Naciones Unidas (CELADE), cuyos resultados fueron sistematizados y analizados por Elizaga (1970). Para 1970, una muestra aleatoria del 5% de la población captada por el Censo de Población de ese año en la Provincia de Santiago, disponible en el Banco de Datos de CELADE; y para 1982, una muestra semejante correspondiente a la Región Metropolitana de Santiago. Con el fin de comparar en detalle la actividad económica de mujeres inmigrantes y no inmigrantes y las diferencias en la situación de hombres y mujeres inmigrantes, se usó la muestra del Censo de Población de 1982 elaborada por CELADE.

Las comparaciones a través del tiempo derivadas de distintas fuentes, o de la misma para períodos diferentes y con diversidad de características de captación o cobertura geográfica, se utilizaron con precaución, únicamente para ilustrar grandes tendencias o señalar magnitudes de diferencias por sexo y condición migratoria, procurando confirmar las tendencias observadas con indicadores y análisis contenidos en la literatura sobre el tema. Las comparaciones de características de la actividad económica según sexo en un corte horizontal se hicieron con base en una misma fuente de información (resultados de la Encuesta del INE para el cuarto trimestre de 1990), y para examinar las diferencias de inserción en la actividad económica entre mujeres migrantes y no migrantes se usó también una misma fuente: la muestra del Censo de Población de 1982 elaborada por CELADE. El capítulo sobre las características, determinantes y consecuencias de la inmigración femenina a Santiago se preparó con base en información censal, pero en su mayor parte sintetiza la bibliografía referente a las principales investigaciones sobre el tema que utilizaron diversas fuentes de datos.

Seis capítulos contienen los resultados de este estudio. El primero expone los problemas en el análisis de aspectos específicos de la inmigración y la actividad económica femeninas, situándolos en el contexto de la globalización de la economía. En el capítulo II se sintetizan las principales características de la evolución sociopolítica y económica de la sociedad chilena entre 1950 y 1990, con especial énfasis en el impacto de la reorientación económica, iniciada en 1975, sobre las condiciones de vida de la población y las características del mercado de trabajo. El tercero presenta el análisis de las características de la inmigración femenina a la Región Metropolitana de Santiago en los últimos cuarenta años e intenta identificar algunos factores específicos que se han vinculado con el volumen y el comportamiento de esa corriente migratoria. En el capítulo IV se expone la evolución del mercado laboral femenino en la metrópoli y sus condiciones de segregación por sexo, y en el quinto se analizan las características específicas de inserción económica de las mujeres inmigrantes recientes en tres momentos del período considerado (1962, 1970 y 1982). Por último, el capítulo VI presenta las principales conclusiones de la investigación y delinea las posibles tendencias de la inmigración femenina a la capital de Chile en los años noventa.

## I. LA MIGRACION FEMENINA, LA DIVISION DEL TRABAJO SEGUN SEXO Y LA GLOBALIZACION DE LA ECONOMIA

### 1. Enfoques orientadores del estudio de la migración en América Latina

En la segunda mitad del siglo XX, la región latinoamericana ha sido escenario de procesos masivos de movilidad espacial de la población que han jugado un papel fundamental en la transformación de sociedades rurales en países altamente urbanizados. Entre 1930 y 1990, la transferencia rural-urbana de cerca de cien millones de personas significó que países en su mayor parte rurales al inicio, llegasen a tener más del 70% de su población residiendo en zonas urbanas (Villa, 1992). Para comprender esta movilidad espacial de la población, se han utilizado diversos enfoques explicativos destacando, por una parte, la teoría de la modernización y los análisis de la economía neoclásica y, por otra, el enfoque histórico-estructural vinculado con la teoría de la dependencia y, más recientemente, con la concepción sistémica de la economía mundial.

Los distintos enfoques identifican como principales determinantes de la migración a las desigualdades estructurales en el grado de desarrollo de las distintas regiones, expresadas en diferencias de salarios, tasas de desempleo y bienestar. Desde la perspectiva del análisis sociodemográfico, la articulación del tamaño, crecimiento y estructura de una población —determinados por las tendencias de la fecundidad, la mortalidad y la migración— con el dinamismo de los procesos de desarrollo socioeconómico está en las raíces de los patrones de distribución espacial de esa población (Ebanks, 1991). En las zonas rurales, el crecimiento de la población sin un aumento correspondiente de las oportunidades de empleo —resultantes de estructuras restrictivas de tenencia de la tierra, baja productividad agrícola y procesos de mecanización

excluyentes de mano de obra— deja tras de sí una secuela de pobreza y se constituye en principal determinante de la migración (Ebanks, 1991). En las zonas urbanas de menor desarrollo relativo, como en las rurales, las diferencias en las oportunidades de empleo y remuneraciones, la insuficiencia de servicios básicos y de esparcimiento y la mala calidad de las condiciones de vida, han motivado los movimientos espaciales (Ebanks, 1991; Fergany, 1989). Estos determinantes socioeconómicos, demográficos, culturales, sociopolíticos y ambientales han afectado de modo diferente a los grupos sociales de las regiones de origen y han estado cambiando constantemente en relación con las transformaciones sociales y demográficas de las sociedades latinoamericanas. A su vez, los determinantes pueden ser afectados por políticas públicas de desarrollo rural, localización de enclaves productivos y distribución de la cobertura de servicios (Ebanks, 1991).

El enfoque neoclásico ha analizado los movimientos de población como respuestas a las diferencias interregionales de oportunidades socioeconómicas. Define los niveles desiguales de desarrollo entre regiones como determinantes de la magnitud y dirección de las corrientes migratorias y vincula las motivaciones para la migración con procesos racionales de toma de decisión individual. Desde la perspectiva de la modernización, las migraciones rural-urbanas en América Latina fueron analizadas como procesos de movilización social desde sociedades tradicionales a modernas, con significado semejante a las migraciones desde el campo a las ciudades europeas durante la revolución industrial, aunque con diferencias en el ritmo y secuencia de los procesos (De Oliveira y Stern, 1974; Muñoz y De Oliveira, 1974). Según esta corriente, los traslados de población desde zonas de menor a mayor desarrollo relativo constituyeron mecanismos de equilibrio que contribuyeron a la movilidad social de los individuos y al desarrollo (Hugo, 1991).

Por su parte, el enfoque histórico estructural cuestionó el énfasis dado a la racionalidad individual en la toma de decisión para migrar, rescatando la dimensión de clase de los fenómenos sociales y situando la explicación en la comprensión de las fuerzas estructurales que subyacen a las disparidades regionales. Este enfoque interpretó los grandes desplazamientos desde el campo a las ciudades en Latinoamérica en conexión con la dinámica concentradora de los procesos de industrialización sustitutiva y la polariza-

ción y estancamiento agrícolas, atribuyendo limitaciones a estos procesos en términos de movilidad social por las insuficiencias del desarrollo de los países periféricos relacionadas con su situación de dependencia con los países altamente industrializados (De Oliveira y Stern, 1974; Muñoz y De Oliveira, 1974; Singer, 1974). Ubicó los factores conducentes a la migración en los procesos que estructuran las distribuciones desiguales de oportunidades entre regiones: desarrollo dispar dentro de los países y en su relación con otras naciones; articulación de formaciones capitalistas y no capitalistas que afectan la distribución de costos de reproducción de la mano de obra (Hugo, 1991).

Como el enfoque neoclásico, el histórico estructural también considera que la migración es originada por diferencias estructurales entre regiones —expresadas en desigualdades salariales y de empleo—, pero atribuye su fundamento a relaciones de interdependencia —entre regiones y países— que son resultado de las estrategias para enfrentar las desigualdades internas. Constituye, por tanto, una visión sistémica que considera, en sus diferentes niveles de desarrollo y ajuste estructural, que los países están ligados en un sistema desigual, pero integrado, de relaciones en la economía internacional. Estima, además, que la migración tiene impactos diferenciados para distintos segmentos de la sociedad y que los traslados de población no modifican por sí solos las condiciones y la dinámica de relaciones entre regiones expulsoras y receptoras (Hugo, 1991; Lim, 1989; Simmons, 1989; De Oliveira, 1984; De Oliveira y Stern, 1974).

Más allá de los enfoques explicativos, la mayor parte de los análisis sobre migración interna en América Latina que han servido de base para las formulaciones de políticas con intenciones de reorientar la distribución de la población, han consistido en estudios descriptivos de la magnitud y características de la inmigración a las grandes ciudades o entre grandes divisiones territoriales. Los primeros análisis tendieron a desconocer la gran diversidad de movimientos de población, su heterogeneidad y la complejidad de sus determinantes (Lattes, 1989; Raczynski y Vergara, 1979). A mediados de los setenta, la mayor atención dada a la investigación del entorno rural permitió conocer la presencia de formas variadas de movilidad territorial y de relaciones entre diversos tipos de movimientos, y la importancia de las unidades domésticas de origen para la comprensión de la migración. Algunos estudios estadísti-

cos que usaron niveles de desagregación mayores encontraron que la migración rural-urbana representaba alrededor de un tercio de los movimientos espaciales de la población y que en los países más urbanizados eran más importantes las corrientes de origen y destino urbanos, coexistiendo con desplazamientos urbano-rurales, intrarrurales y temporales (Lattes, 1989; De Oliveira, 1984; Raczynski y Vergara, 1979).

Las informaciones más recientes indican una declinación en las tasas de crecimiento de algunas ciudades principales, un crecimiento discontinuo de ciertas ciudades intermedias, un incremento de los centros urbanos menores y una urbanización creciente del medio rural. Los estudios convergen hacia la presencia de un amplio y complejo espectro de movimientos de individuos y familias que se relacionan con los procesos laborales (Lattes, 1989; Varios autores, 1986). En el contexto de aumento de la pobreza en Latinoamérica desde fines de los años setenta, se expandieron los traslados temporales con fines de trabajo. Estos movimientos constituyen respuestas de la población a un entorno socioeconómico inestable y se relacionan con la internacionalización de la economía, la desconcentración de los segmentos de producción intensivos en mano de obra desde los países centrales a regiones periféricas y la agudización de los problemas de las grandes ciudades (incremento de la pobreza urbana, disminución de los gastos estatales con el consecuente deterioro de los servicios y escaso aumento del empleo formal estable). De acuerdo con Lattes, el creciente carácter temporal de los empleos está produciendo una masa de población flotante que se moviliza de acuerdo con las oportunidades laborales (Lattes, 1989).

La dinámica actual de una industrialización orientada a la exportación, la creciente integración de los países en desarrollo a la economía internacional, su mayor dependencia de los mercados internacionales y la exposición de las poblaciones a estándares internacionales de producción y consumo, refuerzan las diferencias internas entre sectores de la economía y segmentos de la fuerza de trabajo de los países. Esta dinámica de desarrollo desigual e integrado profundiza los estímulos para la migración entre grupos crecientes de la fuerza de trabajo (Lim, 1989; Sassen-Koob, 1984).

Los esfuerzos de investigación actuales se orientan a la comprensión de las repercusiones de la internacionalización de las economías sobre los movimientos migratorios, con los consecuentes

cambios en la inserción laboral de distintos miembros de los grupos familiares. Dentro de este contexto, algunos análisis examinan la migración como un conjunto de mecanismos familiares adaptativos a las nuevas condiciones económicas. Otros agregan nuevas dimensiones a la comprensión de la migración, incorporando las fuerzas culturales, ideológicas y políticas que delinean los procesos históricos de cambio. Señalan que, además de vivir situaciones económicas, los individuos y las sociedades enfrentan problemas existenciales que determinan su actuar (desarrollo de identidad, propósitos, valores, sentido, significación), advirtiendo que las principales fuerzas ideológicas y culturales, aunque manipuladas por los grupos dominantes, operan con una dinámica compleja que difiere de lo económico (Simmons, 1989).

## **2. La dimensión de género en el análisis de la migración y del mercado de trabajo**

Una de las dimensiones socioculturales que introduce nuevas complejidades al análisis de la migración es la de género. Desde fines de los setenta, y sobre todo durante los ochenta, se han realizado estudios específicos sobre la migración femenina, mostrándose que su diferenciación respecto de la migración masculina es compleja. La investigación no implica únicamente determinar su especificidad, sino identificar mecanismos significativos para el estudio de la subordinación de género. La segregación por sexo y por condición migratoria en el mercado de trabajo refuerza valores y prácticas que restringen a las mujeres a su rol reproductivo, en el ámbito privado, o a su inserción en labores que constituyen una extensión de ese rol, en el ámbito económico, y que se expresan en la particularidad de la migración femenina y en la actividad de las migrantes. Hasta fechas recientes, un problema central en la teoría sociológica —la comprensión de las raíces de la diferenciación social entre estratos o clases— omitía toda referencia a la desigualdad creada por la construcción social de género (Fanelli, 1989). La división del trabajo según sexo, que asigna a la mujer determinadas tareas, es en sí misma una distribución de valores y una manifestación estructural de su posición subordinada y discriminada. Los procesos de reproducción social de la fuerza de trabajo han si-

do definidos culturalmente dentro del ámbito de la mujer, entendiéndolos como inherentes a su naturaleza biológica, mientras los dominios conceptuales y prácticos de la cultura se han asignado a los hombres. Los fundamentos ideológicos que transforman las diferencias entre sexos en desigualdades se expresan en prácticas y relaciones sociales (Hola, 1988).

La posición de la mujer en el proceso de reproducción en situaciones históricas concretas constituye una noción central para comprender su especificidad en la esfera del trabajo. La exclusividad del rol reproductivo asignado a las mujeres y la ausencia de responsabilidad de la sociedad frente a la crianza de los niños determinan que su posición en la familia y las etapas de su vida condicionen sus posibilidades de participación laboral en una forma no experimentada por los hombres (Benería y Roldán, 1987; Ribeiro y De Barbieri, 1978). A su vez, los rasgos estructurales de la demanda de trabajo, determinados por las características de los modelos económicos y de dominación y la estructura social que generan, delinear opciones diferentes de ocupación para hombres y mujeres. Las desigualdades entre los sexos en la esfera económica y reproductiva determinan el comportamiento de unos y otros frente al trabajo (Hola, 1988; Muñoz, 1988).

Junto a las desigualdades en la apropiación de la riqueza producida socialmente, propias de cada modelo económico-político de dominación y de sus reestructuraciones, es importante reconocer la especificidad según sexo de los procesos que rigen el mercado laboral. Algunos análisis han intentado vincular los procesos de modernización socioeconómica asociados a la industrialización, la expansión del sistema educativo y el descenso de la fecundidad con mayores posibilidades de acceso de la mujer al trabajo remunerado (Krawczyk, 1990). Sin embargo, han encontrado que estas transformaciones en la oferta de mano de obra femenina —cuya escolaridad actual en Chile es semejante o superior a la de los hombres— no han significado su incorporación a actividades tradicionalmente desempeñadas por los hombres ni una equiparación de sus remuneraciones (Krawczyk, 1990; Muñoz, 1988). Únicamente han permitido un desempeño más eficiente en los empleos típicamente femeninos y el acceso a nuevas ocupaciones creadas para mujeres o que, después de haber sido ejercidas casi exclusivamente por hombres, han pasado a ser desempeñadas por mujeres y se han desvalorizado.

Las mujeres que se incorporan a la actividad remunerada lo hacen en un número limitado de ocupaciones consideradas de menor calificación, de bajas remuneraciones y en las que se interponen grandes obstáculos a la movilidad laboral ascendente. Si se trata de mujeres con hijos, no cuentan con apoyo social suficiente en las tareas de crianza. Dentro de un mismo tipo de ocupación, las mujeres son excluidas de los procesos de toma de decisión y dirección y sus remuneraciones promedio son inferiores a las de los hombres.<sup>2</sup> Las desigualdades no son únicamente un efecto de las leyes que rigen el mercado de trabajo, sino también de la complejidad de las relaciones de género que se construyen en los procesos productivos y que transforman a las mujeres en fuerza de trabajo secundaria y, además, subordinada. La oferta y la demanda en el mercado laboral actúan sobre una fuerza de trabajo cuya especificidad se relaciona con el valor que la sociedad le asigna a la mujer y a las tareas que desempeña (Muñoz, 1988; Deere y León, 1987). Esta valoración y normativa cultural con respecto al sexo se manifiesta en los tipos de empleos asignados a mujeres, en los lugares que ocupan en la estructura jerárquica interna de ellos, en la adecuación entre la calificación adquirida y las tareas desempeñadas, en las condiciones de trabajo y en las remuneraciones percibidas, entre otros aspectos.

En los países en desarrollo con elevados niveles de urbanización, particularmente en América Latina, existió un claro predominio femenino en los principales desplazamientos migratorios ocurridos durante el proceso de industrialización sustitutiva. Esta primacía fue bastante marcada en las corrientes rural-urbanas y en la migración que tuvo como destino a las ciudades principales. Los factores que condicionaron el éxodo rural en la región afectaron en

---

2 Las teorías microeconómicas, centradas en las motivaciones de los agentes, han intentado explicar las desigualdades con base en diferencias entre los individuos, que determinarían menor productividad para las mujeres. Sin embargo, las investigaciones han demostrado que las características de los trabajadores (educación, experiencia y entrenamiento) y la productividad consecuente no explican la diferencia salarial entre los sexos, y que la discontinuidad laboral que se atribuye al rol reproductivo de las mujeres no está asociada al sexo, sino al tipo de empleo en que son aceptadas. Las mujeres son contratadas en ocupaciones de escasa movilidad social ascendente, bajo status y reducida remuneración, razones por las que no tienen incentivos para continuar en ellas (Fanelli, 1989).

forma selectiva a la población femenina al transformar de preferencia a las mujeres en fuerza de trabajo excedente. Las mujeres migrantes eran más jóvenes que los varones migrantes y entre ellas había mayor cantidad de solteras. La migración femenina correspondió minoritariamente a personas dependientes que migraban con familiares. Existieron condiciones materiales que crearon una demanda particular de trabajadoras inmigrantes en las grandes ciudades: la configuración específica de los mercados de trabajo, en especial su segmentación por sexo, y la expansión de los servicios personales, fueron los determinantes directos de la migración femenina (De Oliveira, 1984; Elton, 1978; Raczynski y Vergara, 1978; Elizaga, 1970). A pesar de estos rasgos claramente diferenciados de la migración femenina, sólo algunas investigaciones describen por separado sus características; con excepción de algunos estudios de caso realizados en los años ochenta, la dimensión de género no aparece como un elemento conceptual incorporado en el análisis de la migración. Esto ha afectado el desarrollo de políticas y programas que han intentado modificar comportamientos migratorios femeninos (Hugo, 1991; Recchini de L., 1990).

El avance conceptual y de investigación que tuvieron los estudios de la mujer en América Latina en el último decenio, en especial aquellos referidos al empleo, la participación femenina en la fuerza de trabajo y las condiciones de vida en sectores populares, estimularon el reconocimiento de las mujeres como protagonistas del proceso migratorio. Entre las migrantes hacia grandes ciudades —además de haber una mayor proporción de jóvenes y solteras que entre los varones migrantes—, existe un comportamiento diferenciado frente a la actividad económica, tanto respecto de los hombres migrantes como de las mujeres no migrantes. En las metrópolis de América Latina, las migrantes se han concentrado en el pequeño número de ocupaciones reservadas a las mujeres —y vinculadas con su rol reproductivo, como sirvientas, enfermeras, maestras y profesoras— y se han agrupado más que las no migrantes en actividades manuales, en especial en el servicio doméstico (Recchini de L., 1990).

Los desplazamientos de población femenina hacia las grandes ciudades latinoamericanas tuvieron diferentes implicaciones para distintos ámbitos de la sociedad (De Oliveira, 1984). Desde

el ángulo de la expansión de las actividades urbanas industriales, comerciales y de servicios, la inmigración de mano de obra femenina constituyó un aporte a la producción de fuerza de trabajo urbana. Para los sectores medios y altos de la población urbana que surgieron durante los procesos de industrialización, las inmigrantes conformaron la mano de obra en prestación de servicios personales que no eran desempeñados por las mujeres urbanas de los sectores populares. Desde el punto de vista de las unidades domésticas rurales, la migración de sus hijas fue una manifestación de la organización familiar del trabajo, con disminución de presiones de consumo en el hogar y un aumento de expectativas de movilidad social para las migrantes dada la pérdida de alternativas en el medio rural. El servicio doméstico operó como puerta de entrada al medio urbano.

A pesar del predominio de migrantes de origen rural o semi-rural que se dirigieron a las ciudades principales y se insertaron en el servicio doméstico, la migración femenina del período de industrialización sustitutiva constituyó un fenómeno heterogéneo que asumió modalidades particulares en diferentes ámbitos y momentos históricos, existiendo también otros tipos de mujeres migrantes y otras corrientes minoritarias. Las características de los mercados de trabajo femeninos en los lugares de destino constituyeron una "mediación" importante en la conformación de las diferentes corrientes migratorias (De Oliveira, 1984; Herold, 1979; Raczynski y Vergara, 1979).

En la última década, la migración interna en América Latina ha crecido en variedad y complejidad. A la tradicional migración de mujeres hacia las grandes ciudades se agregaron los problemas generados por el aumento de la pobreza urbana y de la actividad económica femenina, los procesos de urbanización y de proletarianización rural, la "desregulación" de las condiciones de trabajo y las crecientes vinculaciones del empleo de mujeres de escasos recursos con la expansión de las industrias de exportación. Estas transformaciones recientes alteraron las pautas tradicionales de migración femenina y dieron origen a nuevas formas de desplazamiento (disminuyó ligeramente el predominio femenino y la proporción de adolescentes en la inmigración a las grandes ciudades y se incrementaron la movilidad temporal, los traslados cotidianos, las contracorrientes urbano-rurales, la mayor migración interurbana, la residencia urbana con empleo rural y la migración intrarrural).

Parece importante explorar la forma en que estas transformaciones han alterado las pautas de inserción laboral de las mujeres inmigrantes en las grandes ciudades. Se han modificado, además, las características de las migrantes por los intensos cambios en la escolaridad y en las normas de fecundidad ocurridos en los últimos decenios, y han cambiado también las condiciones del mercado de trabajo al que se pueden incorporar. Las ocupaciones desempeñadas por mujeres de sectores populares, tanto por las migrantes como por las que permanecen en los lugares de origen (servicio doméstico, industrias de confección de ropa y preparación de alimentos, cosecha y empaque de productos agrícolas) se caracterizan por sus bajos salarios, precariedad de las condiciones de trabajo y escasa sindicalización.

Desde el punto de vista teórico-conceptual, los enfoques desarrollados para el estudio de la migración en América Latina no han incorporado la dimensión de género y las tipologías elaboradas para el análisis de diversas corrientes migratorias no han hecho distinción entre movimientos masculinos y femeninos. La reflexión sobre la migración femenina es reciente y ha formulado algunas estrategias para avanzar en la comprensión del significado de distintos tipos de movimientos espaciales femeninos (Hugo, 1991; Findley y Williams, 1988). Así, dentro de la migración con destino urbano, Herold distinguió entre mujeres migrantes recientes y no recientes, y dividió a las primeras entre aquellas que migraban por primera vez, las que habían migrado más de una vez y las de retorno (Herold, 1979). De Oliveira ha propuesto estudiar la migración femenina a partir de las unidades domésticas de pertenencia, entendiéndola como manifestación de la organización familiar del trabajo (De Oliveira, 1984). Thadani y Todaro distinguen tipos de migración femenina según el estado civil, la autonomía o dependencia familiar del movimiento y las motivaciones de la migración: búsqueda de empleo urbano, percepción de diferencias salariales, razones matrimoniales o familiares (Hugo, 1991). Smith, Koo y Fawcett apuntan a otros factores tales como la educación y las estrategias de crecimiento industrial en las zonas receptoras (Morokvasic, 1984). Findley y Williams destacan la forma diferente en que hombres y mujeres se ven afectados por los determinantes económicos debido a las diferencias de género en la división del trabajo (Findley y Williams, 1988). Hugo propone la elaboración de tipologías que distingan entre migración autónoma de mujeres

y migración familiar o con fines matrimoniales.<sup>3</sup> Entre las primeras, sugiere distinguir los dos grandes grupos de migrantes actuales: las mujeres que se dirigen a las plantas ensambladoras instaladas por corporaciones transnacionales en países en desarrollo con bajo costo de mano de obra, y las que migran a las grandes ciudades de los países periféricos a trabajar como sirvientas (Hugo, 1991).

La búsqueda de interrelaciones entre la migración femenina, las construcciones culturales que definen sus roles y la situación social de las mujeres en contextos específicos, requiere comparar las características de las migrantes con aquellas de las no migrantes en el lugar de origen, con las de las no migrantes en el lugar de destino y con las de los varones migrantes en la misma corriente migratoria, e identificar los procesos que determinan sus patrones de comportamiento diferencial (Hugo, 1991). Entre las dimensiones de la migración que necesitan ser analizadas en forma diferenciada por sexo, son importantes: la condición social de las mujeres en los lugares de origen; la presencia, dimensiones y características de los mercados de trabajo en los lugares de origen —en particular, la segregación por género y la presencia y carácter de las oportunidades ocupacionales para las mujeres—; las características del mercado de trabajo en los lugares de destino; y, las especificidades de la construcción social de género en los lugares de origen y de destino (Recchini de L., 1990). La selectividad de la migración es, en parte, función de las desigualdades sociales según sexo, como también de las diferencias de inserción en la actividad económica y la distribución ocupacional entre hombres y mujeres migrantes (Hugo, 1991; Morokvasic, 1984).

El hogar como unidad de análisis, la situación marital y familiar, las decisiones individuales de migrar en relación con las estrategias familiares y las pautas de comportamiento frente a la nupcialidad son más importantes en el análisis de la migración femenina que en el de la masculina. La división del trabajo fami-

---

3 Tras las motivaciones matrimoniales pueden existir estrategias de movilidad social (Hugo, 1991; Elton, 1978). Los varones dependen más de los logros ocupacionales para alcanzar movilidad social que las mujeres, quienes la buscan principalmente a través del matrimonio (Hugo, 1991). Esto último está determinado también por los contextos sociales, la segregación sexual de los mercados de trabajo y la escasa movilidad existente en las ocupaciones femeninas.

liar y la decisión de migrar de miembros de un grupo doméstico dependen, en parte, de las características de los mercados laborales en los lugares de destino; también, en alguna medida, de la disponibilidad de fuerza de trabajo y recursos como de su adecuación al contexto cultural y productivo en las zonas de origen y, en parte, de la edad, la ubicación en la estructura de parentesco y el sexo de los integrantes del grupo doméstico. La interacción de la estructura y división del trabajo familiar con las transformaciones sociales ocurridas en el agro latinoamericano determinaron que durante décadas se le diera preferentemente a la hija joven la opción de migrar para buscar trabajo. Así como los deberes y obligaciones de las mujeres son distintos a los de los varones, los de la mujer-madre son diferentes de los de la mujer-hija. La estructura de autoridad y los componentes ideológicos en el ámbito doméstico constituyen una "mediación" importante entre los cambios económicos, sociales y culturales, la división intrafamiliar del trabajo y las migraciones femeninas (Hugo, 1991; Radcliffe, 1990; Szasz, 1990; Findley y Williams, 1988; De Oliveira, 1984; Arizpe, 1980).

La ausencia de la dimensión de género en los enfoques teóricos y conceptuales para el estudio de la migración interna plantea problemas complejos en la identificación de los procesos que sitúan a las mujeres inmigrantes en condiciones particularmente vulnerables en los mercados de trabajo. En el análisis de las causas de la emigración rural, los procesos de desplazamiento de mano de obra por la transformación de relaciones sociales de la producción, la modernización y la mecanización del agro han sido estudiados como neutrales desde el punto de vista de género. Sin embargo, —como se expone en el capítulo III— en el caso de Chile los efectos de estos procesos fueron claramente diferentes para hombres y mujeres y el movimiento de fuerza de trabajo rural fue más intenso entre las últimas. Un elemento clave en el desplazamiento de fuerza de trabajo femenina fue la separación física entre el hogar y las fuentes de empleo agrícola femenino, motivada por la sustitución del inquilinaje que imposibilitó la compatibilidad entre el trabajo remunerado y las tareas domésticas.

Además de poner de relieve la dimensión de género, el análisis de la migración de mujeres y de su inserción laboral permite destacar la ubicación de la migración dentro de procesos más amplios de cambio estructural. A nivel mundial, la comercialización de los productos agrícolas y el procesamiento de alimentos, que

han incrementado el porcentaje de fuerza de trabajo rural asalariada en los países periféricos, han tenido efectos más desventajosos para el segmento más débil de esa población: las mujeres (Hugo, 1991). Entre los procesos globales que estructuran la distribución desigual de oportunidades entre regiones y grupos de población, juegan un papel importante las funciones de reducción de costos de producción de la mano de obra migrante (Hugo, 1991). Los procesos de internacionalización y de desconcentración de plantas productoras de los países centrales hacia zonas de bajo costo de mano de obra han afectado intensamente la migración femenina y la inserción laboral de las mujeres en los países periféricos (Morokvasic, 1984; Sassen-Koob, 1984). En el caso de Chile, entre otros efectos de la internacionalización de la economía, la coexistencia de sectores campesinos con la agroindustria de exportación permite incorporar mano de obra femenina temporal de bajo costo que se reproduce en parte con la producción doméstica; análogamente, el trabajo a trato en el domicilio permite que ciertas ramas de la industria manufacturera urbana contraten mujeres a muy bajo costo por la posibilidad que tienen de compatibilizar sus tareas productivas con las domésticas.

Hugo plantea que si la migración es una forma de explotación de la periferia por el centro, en un contexto de dominación masculina las mujeres migrantes serán más explotadas que los hombres. De hecho, los actuales cambios en la división internacional del trabajo, con traslado de las producciones intensivas en mano de obra hacia los países periféricos, han tenido efectos selectivos en la migración femenina (Hugo, 1991).<sup>4</sup>

La reorganización de procesos de trabajo, para reducir costos de mano de obra y lograr precios competitivos en la manufactura, recurriendo a la subcontratación de talleres y al trabajo domiciliario, así como la combinación de producciones de alta tecnología

---

4 Según Hugo, esto ocurre principalmente porque las mujeres son consideradas trabajadoras más dóciles y de menores salarios que los hombres; generalmente se las mantiene en empleos inseguros e inestables como una forma de presión para lograr mayores rendimientos, aprovechando la amplitud de su oferta de mano de obra y su constante renovación a través de la migración. Grandes corporaciones manipulan los atributos definidos culturalmente como femeninos —pasividad, sumisión, sentimentalismo, atractivo sexual— para transformarlos en condiciones de productividad y sentimientos de lealtad hacia las empresas (Hugo, 1991).

con procesos intensivos en mano de obra de bajo costo —que además son de carácter temporal, como en el caso de la agricultura de exportación—, se asocian con una polarización creciente en la distribución de los ingresos por trabajo, un incremento de la demanda de mujeres trabajadoras de escasa calificación y una reorientación de las corrientes migratorias femeninas hacia las zonas en que se concentra esa demanda. Mientras que la producción industrial intensiva en capital, característica de los procesos de industrialización sustitutiva, desplazaba mano de obra femenina de los sectores primario y secundario, los actuales procesos de producción intensivos en mano de obra de bajo costo la prefieren. Se ha generado así una nueva forma de segmentación del mercado de trabajo y de concentración femenina en empleos de baja remuneración, que se suma al confinamiento de las mujeres migrantes de escasos recursos en el servicio doméstico (Morokvasic, 1984; Saasen-Koob, 1984).

Para comprender cómo la migración femenina contribuye a agudizar las condiciones desventajosas de inserción laboral de las mujeres en las grandes ciudades, es necesario rescatar las relaciones entre la construcción social del género femenino y el funcionamiento de los mercados de trabajo. La exclusión de mujeres de segmentos específicos del mercado laboral en los lugares de destino, como su reducción a trabajos no calificados de menor rango y con escasas perspectivas de promoción, tiene un claro impacto en la selectividad de la migración según sexo y grado de calificación. De este modo, a la desventaja de género derivada de su condición de mujer y a la desventaja de clase originada por su inserción desproporcionada en actividades manuales, las inmigrantes agregan los inconvenientes causados por su reciente abandono del lugar de procedencia. Entre estos últimos destacan la mayor proporción de migrantes que carecen de hogar, vivienda, relaciones familiares y afectivas y redes sociales de apoyo en el lugar de destino, en comparación con las no migrantes.

En la actualidad, los mecanismos de readecuación económica utilizan las ventajas —en términos de menores costos de producción— de la situación subordinada de las mujeres en el mercado de trabajo y del carácter anticíclico de la expansión de la oferta de mano de obra femenina. La posición asignada a las mujeres en la familia y en la reproducción social ha determinado que en los períodos de crisis y en las coyunturas recesivas se incremente la

oferta de mano de obra femenina que busca aportar ingresos para la subsistencia de sus hogares, como ocurrió en América Latina en los años ochenta. En el caso de Chile, la persistencia de los elevados niveles de pobreza urbana, la polarización de los salarios y la inestabilidad laboral, derivadas de la "desregulación" de los mercados de trabajo inherentes al nuevo modelo económico, han prolongado la expansión de dicha oferta más allá de la recesión. Estos elementos, unidos a la posición subordinada de las mujeres en el mercado laboral, están permitiendo a los sectores más dinámicos de la economía exportadora utilizar "la ventaja comparativa de la desventaja de las mujeres", privilegiando la contratación de mano de obra femenina en actividades intensivas en trabajo y carentes de protección social (León, 1991a y 1991b; Nash y Safa, 1986; Morokvasic, 1984; Saasen-Koob, 1984). A su vez, mujeres casadas de escasos recursos se sienten atraídas por el mundo "moderno" de la subcontratación industrial a domicilio y el trabajo a trato en la agroexportación, ante la posibilidad de hacer compatibles el empleo y su rol reproductivo (llevando las labores a su domicilio o los hijos a las faenas).

Históricamente, la construcción social del género femenino se expresa de manera diversa en distintos contextos. Las posibilidades prácticas de compatibilizar los roles reproductivos y productivos, las presiones sociales y de necesidades de subsistencia en favor o en contra de la inserción de las mujeres en actividades asalariadas o no asalariadas, las formas de estructuración de la familia y las redes de interacción familiar y comunitaria, así como la presencia o ausencia de apoyos sociales para las tareas domésticas, son elementos que influyen, entre otros, en las posibilidades y en el carácter de la inserción de mujeres en actividades remuneradas. La presencia y características de esas dimensiones sociales varían entre regiones y zonas de un país y entre áreas rurales y urbanas; su presencia y configuración, como los procesos que modifican o alteran esas condiciones en distintos contextos de un país, son esenciales en el análisis de las corrientes migratorias femeninas y de las potencialidades de atracción o expulsión de mujeres en determinadas zonas.

En este trabajo se exploran —a través de análisis comparativos de distintos períodos y considerando diferencias entre mujeres inmigrantes y no inmigrantes y entre mujeres y varones— las características del mercado laboral femenino en la Región Metropoli-

tana de Santiago en los últimos 40 años, enfatizando sus modificaciones a partir de la transformación económica iniciada en Chile en 1975 y la especificidad que reviste el caso particular de las mujeres inmigrantes recientes, que se incorporaron a la actividad económica en tres momentos: 1962, 1970 y 1982. El estudio no pretende abordar la complejidad de las vinculaciones entre la división según sexo de las tareas domésticas en la sociedad y las formas de inserción laboral. Su centro de preocupación consiste en investigar cómo la situación social de la mujer en la Región Metropolitana —resultante de la asignación de roles y valoraciones sociales— se proyecta en el mercado de trabajo adoptando manifestaciones concretas de inserción y segregación ocupacional, relacionadas estrechamente con las particularidades de la dinámica de desarrollo. Interesa, en particular, advertir cómo las transformaciones económicas y políticas han alterado la disponibilidad de las mujeres no migrantes y migrantes para desempeñar tareas remuneradas y han modificado las características de su inserción ocupacional. Las consideraciones precedentes cobran especial importancia al momento de definir cursos de acción deliberadores en materia de migración y empleo femeninos. Como ejemplos de políticas que deben contener la dimensión de género y que pueden afectar la migración, Hugo menciona las de educación, capacitación, empleo, seguridad social, previsión, tenencia de la tierra, asentamientos humanos y vivienda (Hugo, 1991). Pero, ha de reconocerse que las políticas y programas de desarrollo no son neutrales en términos de género y de los grupos sociales que afectan. Las políticas que busquen reducir las desigualdades sociales en el contexto de una transformación productiva con equidad deberán permitir el fortalecimiento de los grupos especialmente vulnerables en términos de salarios y de condiciones mínimas de seguridad en el trabajo (CEPAL, 1992). La proporción de migrantes en situaciones laborales desventajosas es mayor entre las mujeres que entre los hombres, en parte por la institucionalización de las desigualdades de género en el mercado laboral y en parte por los procesos económico-políticos que definen las orientaciones estructurales de los mercados. Las diferencias según grupos sociales y de edad y de acuerdo con la inserción en la estructura de parentesco familiar determinan que las mujeres inmigrantes tengan condiciones laborales más desventajosas que las no inmigrantes. En este contexto, mejorar la posición de las migrantes debe ser parte de los planes

de acción para defender a los grupos sociales más débiles y reducir las desigualdades de género en la sociedad chilena. La identificación de las condiciones presentes en que se manifiesta la desigualdad social de relaciones entre los géneros, entre grupos de mujeres y en particular en las inmigrantes, constituye un insumo indispensable para los intentos de construcción de una sociedad que incorpore con equidad a las mujeres.

## II. EL CONTEXTO. LA INSERCIÓN DE CHILE EN LA ECONOMÍA GLOBAL Y LA DIMENSIÓN SOCIAL DE LA TRANSFORMACIÓN PRODUCTIVA

### 1. De la sustitución de importaciones a la competitividad internacional

La estrategia económica de las sucesivas fracciones sociales dominantes en Chile durante la postguerra se caracterizó —hasta 1973— por el impulso estatal a un proceso de industrialización sustitutiva tendiente a lograr una dinámica de crecimiento económico autosostenido nacionalmente. En especial, durante la última fase de esa estrategia (1964-1973), el dinamismo del proceso descansó en las posibilidades de ampliar la demanda interna por la vía de expandir y fortalecer un mercado consumidor nacional, a través de cierta redistribución del ingreso —en favor de sectores medios y asalariados de la industria— y de los servicios asociados al desarrollo industrial. Esta estrategia conllevó procesos muy agudos de urbanización y concentración de la población. Se conformó un mercado de trabajo en el que predominaban ampliamente los asalariados de sexo masculino en los sectores secundario y terciario. También implicó un proceso creciente de escolarización de la población la cual pasó a ser en su mayoría alfabetizada.

En ese período de urbanización e industrialización, el mercado laboral urbano en Chile siguió una evolución caracterizada por los siguientes rasgos: disminución de la incidencia de la pobreza, expansión de los estratos de asalariados y trabajadores del sector moderno de la economía, descenso de la proporción de mano de obra subutilizada, participación creciente de los asalariados en el producto, aumento de los salarios en forma correlativa con la productividad (Díaz, 1991; García, 1991; PREALC, 1990). Junto con Argentina y Uruguay, Chile se caracterizó por el carácter temprano de sus procesos de urbanización, industrialización, escolarización, transición demográfica y, en general, por la adopción de pautas de

vida "modernas". Desde el punto de vista del comportamiento del mercado de trabajo y la distribución de los ingresos, la población chilena vivió entre los años cincuenta y los setenta un proceso de movilidad social ascendente, de consolidación y extensión de sectores medios y de crecimiento de un amplio sector de trabajadores asalariados urbanos relativamente calificados. Sin embargo, hacia fines de los sesenta, el modelo basado en el crecimiento de la manufactura industrial manifestó, como en el resto de la región latinoamericana, síntomas de agotamiento, producto de una intensificación de la dependencia del exterior, insuficiencia en la creación de empleo moderno, escasa articulación del aparato industrial con la producción agrícola, falta de competitividad internacional y déficit financiero del sector público.

A raíz del cambio político ocurrido a fines de 1973, Chile inició un proceso de transformación productiva orientado a fortalecer la producción de bienes exportables y a modernizar la infraestructura de apoyo a la exportación.<sup>5</sup> La aplicación de este nuevo modelo económico antes que en el resto de América Latina transformó al país en un escenario de observación de las consecuencias posibles de tal tipo de reestructuración en diversas esferas de la vida social, particularmente en las relativas al mercado de trabajo y al bienestar de la población.

Previo al inicio del modelo neoliberal, el gobierno militar impuso medidas drásticas que paralizaron el proceso de redistribución del ingreso impulsado por los gobiernos anteriores, y lo revirtieron. Los asalariados vieron reducir en un solo año (1974-75) su participación en el producto nacional desde un 43% a un 38%, mientras el producto per cápita decrecía en -22.8% (García, 1991; Todaro Y Gálvez, 1987). Estas medidas posibilitaron la implantación de una modalidad de reestructuración económica que presentó dos características particulares: la indisolubilidad del vínculo entre el modelo económico y la gestión política autoritaria y excluyente, y costos sociales prolongadamente elevados (García, 1991; Nef, 1991).

---

5 La estrategia implementada para reorientar la producción hacia la competitividad internacional se caracterizó por reducciones de las trabas arancelarias a la importación, privatización masiva de empresas públicas, incentivos de precios relativos para apoyar la producción de bienes transables (de exportación y competitivos con importaciones) y "desregulación" del sistema financiero y del mercado de trabajo ("flexibilización").

En todos los esfuerzos nacionales por lograr ajustes estructurales de la economía en América Latina se ha presentado una fase inicial en que los efectos sobre el mercado de trabajo son negativos. Luego de esta etapa se iniciaría otra de consolidación, con consecuencias positivas sobre ese mercado y respecto del bienestar de la población. La magnitud de los costos sociales de la primera etapa y el ritmo de incorporación social en la de consolidación han variado según la estrategia de reestructuración adoptada. Chile, país que se encuentra en etapa de consolidación del nuevo modelo —y por tanto en el que cabe esperar crecimiento, rápida generación de empleos y mejoría de los ingresos—, adoptó la estrategia más costosa en términos sociales, tanto por la intensidad de la regresión como por su prolongación en el tiempo, al punto que se señala que la implantación de la reorientación productiva no requería, por sí misma, tal intensidad de costos sociales (García, 1991).

La magnitud de los cambios ocurridos en Chile en los últimos veinte años remite también a otras dimensiones, tales como la esfera cultural, política y social.<sup>6</sup> La esfera política, estrechamente ligada en este país con la capacidad de negociación de los sectores trabajadores, experimentó modificaciones muy profundas. El desarrollo del modelo neoliberal se vio facilitado por la intervención estatal efectuada por los gobiernos anteriores al golpe militar, expresada en la creación de infraestructura para la producción, la formación de recursos humanos y de capacidad analítica, una fuerza de trabajo calificada y un conjunto de reformas modernizadoras que cumplieron un papel preponderante en la reorientación económica impulsada por el gobierno militar. El papel jugado por el Estado en estos campos fue sistemáticamente minado por el modelo económico neoliberal y la gestión autoritaria. El efecto

---

6 Dos autores caracterizan en los siguientes términos algunas de las transformaciones culturales: "El vuelco transformador que trajo consigo el imperativo económico consumista afectó profundamente la capacidad reflexiva y crítica de la sociedad en su conjunto. Las voces disidentes apenas tuvieron resonancia. La economía pasó a ser una especie de trascendental ontológico en torno al cual giró toda la actividad nacional; el ser se definió y actuó conforme a este nuevo trascendental descubierto por una generación de jóvenes economistas neoliberales.(...) Se debilitó tanto la conciencia política y la solidaridad social que toda acción emprendida en tal sentido no tuvo, prácticamente, ninguna repercusión. Pareció disolverse la capacidad de percepción de la realidad nacional. Todo lo que se hiciera para recuperarla era irrelevante y no concitaba el menor interés." (Ivelic y Galaz, 1988).

desindustrializador de los cambios económicos en los primeros años de la transformación, y sus consecuencias en el mercado laboral, destruyeron las bases económicas y sociales de los grupos trabajadores y la gestión política debilitó sistemáticamente sus organizaciones representativas. Los trabajadores manuales urbanos se vieron reducidos en número, pasaron por un prolongado período de desempleo agudo y una parte importante se transformó en mano de obra que osciló de un empleo a otro, disgregada y dispersa.<sup>7</sup> La reducción de las funciones económicas y de servicio social del Estado significaron también un debilitamiento de la clase media formada por profesionales y oficinistas. Estos grupos habían jugado un importante papel moderador en el proceso político chileno previo, mediatizando las tensiones socioeconómicas entre sectores empresariales y de trabajadores e institucionalizando los conflictos a través de mecanismos de negociación políticos y burocráticos.

Con el cambio en la función estatal y en las políticas de educación y seguridad social, las bases culturales y los recursos que sustentaban a esos grupos medios se desmoronaron.<sup>8</sup> En contraste, las organizaciones empresariales, ya poderosas, se hicieron aun más fuertes, no sólo en términos relativos sino absolutos. Su tamaño, capacidad financiera, organización, capacidad de control, representación en agencias gubernamentales, manejo de los medios de comunicación e influencia en las universidades generaron, por primera vez en la historia reciente de Chile, un estamento más fuerte que el Estado mismo.

De esta manera, el desarrollo del modelo económico y la gestión política agudizaron la segmentación de la sociedad chilena; más de un intelectual se ha referido a la presencia de "dos Chiles", separados social y espacialmente. Nef los caracteriza como dos

---

7 A fines de la década de los ochenta, la principal confederación sindical agrupaba cerca del 4% de la población activa (Nef, 1991).

8 Entre esas políticas destacan la privatización de los fondos de seguridad social y la transformación del sistema educacional. El sistema de educación pública, que había sido la cuna de la clase media profesional del país, fue municipalizado, desmembrado y desmantelado en recursos hasta deteriorarse gravemente en su calidad. Al mismo tiempo, se ampliaron las redes de educación privada, profundizándose la segmentación social y las diferencias en el acceso a la instrucción según recursos, con lo cual se limitaron las posibilidades de movilidad social a través de la educación.

mundos con sus propias estratificaciones, pero unidos estructuralmente; uno está formado por la población de ingresos medio-altos y altos, de origen europeo, bien educada, cuyas condiciones de vida y consumo se comparan a las del Primer Mundo. El otro es en su mayor parte mestizo, pobre, discriminado y con empleos precarios y acceso limitado a la educación, a la atención de la salud y a oportunidades de movilidad y su existencia transcurre ajena a los canales de poder y de influencia.<sup>9</sup>

En la dimensión microsocial, la organización de la vida comunitaria y familiar se modificó intensamente a partir de las respuestas de los grupos medios y populares ante los cambios contextuales que alteraron sus condiciones de vida y expectativas.

Los mecanismos de respuesta de los hogares de sectores populares al problema de satisfacción de necesidades básicas durante el período crítico de reordenación económica fueron múltiples y variados (Pollack y Villarreal, 1991; Raczinsky y Serrano, 1985). Estas réplicas produjeron cambios inmensurables en la dinámica interna de la vida de la familia y en la asignación de roles de sus diferentes miembros, en algunos porque no podían cumplirlos adecuadamente, en otros porque asumieron funciones que fueron abandonadas por las instituciones sociales responsables de su cumplimiento. Las respuestas populares —resistencia más que confrontación política— reformularon los ámbitos público y privado y cambiaron la relación entre lo societal y lo estatal, lo individual y lo colectivo (Feijoo, 1991).

La reorientación económica desplazó la oferta estatal de servicios a la autogestión de la sociedad, y algunas actividades individuales o familiares se colectivizaron. Ante la contracción o ausencia de los salarios y beneficios de seguridad social, la familia —o el ámbito doméstico y su red de apoyo— pasó a ser la organización responsable de los costos sociales de la reproducción de la fuerza de trabajo (Feijoo, 1991; Szasz, 1990; Smith, 1984). Se originaron cambios en la estructura y funcionamiento de las familias, adqui-

---

<sup>9</sup> Entre los “dos Chiles” se habría presentado una especie de “apartheid” económico, social, cultural e incluso racial, mediado únicamente por las exigencias de una economía de bajos salarios. Este proceso de polarización social, combinado con la transnacionalización de la economía y el debilitamiento estatal, volvieron vulnerable al contexto sociopolítico chileno (Nef, 1991).

rieron nuevos sentidos las diferenciaciones con base en el sexo y la edad, aumentaron drásticamente las mujeres casadas en la fuerza de trabajo y los hogares con jefatura femenina. Estas variaciones no se produjeron sólo en los sectores de más bajos ingresos, sino también en los medios. Durante la etapa crítica del proceso de reorientación económica, las familias de los grupos populares y de ciertos sectores medios vieron truncado el proceso intergeneracional de movilidad social ascendente que marcó su constitución como sectores sociales. Estas familias vivieron un contexto social de cambios acelerados pero, a diferencia del escenario optimista de los años sesenta, tuvieron que enfrentar fenómenos de estancamiento, movilidad social descendente y falta de expectativas; perdieron su modelo de vida —seguridad laboral, acceso a la educación, salud y seguridad social, movilidad de los hijos— y su ética de esfuerzo, fuerza motriz de las estrategias cotidianas y generacionales en la etapa de pre-ajuste (Feijoo, 1991).

La persistencia de elevados niveles de pobreza y de los fenómenos de precarización del empleo en la etapa de consolidación del nuevo modelo han mantenido los cambios en la vida familiar y la inserción económica de las mujeres más allá de la crisis. En este contexto, los estudios que han analizado los resultados de las políticas de ajuste sobre los diferentes actores sociales muestran que existe un impacto desigual de esas políticas sobre los integrantes con menor capacidad de negociación dentro de la estructura familiar y discriminados socialmente en su acceso al empleo e ingresos. Existe consenso entre los autores en que el mayor costo del ajuste es primordialmente un problema de las mujeres (CEPAL, 1991a. y 1991b; Feijoo, 1991; Pollack y Villarreal, 1991; UNICEF, 1990).

## **2. Efectos del modelo en el mercado laboral urbano**

El gobierno chileno inició en 1975 una estrategia económica y social de corte neoliberal que abarcó un conjunto de medidas: i) apertura comercial y financiera; ii) privatización masiva de empresas públicas; iii) redefinición del rol del Estado; iv) reforma del sistema financiero; v) cambios en los incentivos de precios relativos (se protege la producción de bienes transables en vez de la producción orientada al mercado interno); vi) mayor apertura a la in-

versión extranjera; vii) desarticulación de la actividad sindical y de su poder de negociación. Posteriormente, a inicios de 1980, se implantó el marco reglamentario para la flexibilización total del mercado laboral, aboliéndose los sistemas estatales de seguridad social y estableciéndose en su reemplazo aseguradoras privadas. Hacia 1984, se "focalizaron" los subsidios y gastos sociales hacia los sectores de extrema pobreza. El nuevo gobierno, a contar de 1990, mantuvo la orientación y los propósitos generales del modelo económico, aunque introdujo mayor énfasis en los programas de gasto social, procurando mitigar la situación de los grupos más pobres (García, 1991; Pollack y Villarreal, 1991).

Un análisis de los efectos del modelo descrito (García, 1991) expresa que, al cabo de diez años (1974-1984), la economía chilena retomó un ritmo de crecimiento basado en el dinamismo, la diversificación y la competitividad de las exportaciones y de la producción doméstica que sobrevivió a la etapa de desindustrialización. El esfuerzo modernizador (racionalización de tareas, flexibilización de costos laborales e innovación tecnológica) abarcó las actividades de producción de bienes transables y la infraestructura productiva, así como los servicios de apoyo (García, 1991). Diversos estudios coinciden en destacar los costos sociales del modelo. El desempleo abierto de la fuerza de trabajo urbana creció desde cerca de un 5% (tasa habitual en los años previos al cambio de estrategia) a un 21% entre 1974-83 (y hasta un 31% si se agregan los ocupados en programas de emergencia con muy bajas remuneraciones), decreciendo paulatinamente desde 1984 hasta alcanzar cerca de un 7% en 1990 (García, 1991; CEPAL, 1990a; Todaro y Gálvez, 1987; Raczynski, 1986). El impacto sobre los salarios reales significó reducciones que, entre 1982 y 1987, implicaron retrocesos de más de un decenio (García, 1991). A su vez, la participación de los salarios en el Producto Interno Bruto que había caído en cinco puntos en 1974-75, antes del inicio de la nueva estrategia económica, continuó descendiendo hasta 1985, cuando alcanzó el nivel más bajo de la historia reciente del país. En los años posteriores, esa participación mejoró ligeramente, llegando en 1989 a una proporción semejante a la de 1984 (37%), pero aún por debajo de los niveles previos al ajuste (García, 1991).

El análisis de indicadores macroeconómicos que hace García (1991) muestra que la casi totalidad del incremento del coeficiente de ahorro operado entre 1975 y 1989 se explica por el ahorro forzo-

so, derivado de la caída en la participación de los salarios en el producto, lo que implica que el grueso del costo social del ajuste fue asumido por los trabajadores. Estos cambios generaron efectos para la tasa neta de rentabilidad sobre el capital invertido, que se elevó de un 11% en 1975 a un 17.5% en 1985, aumento que no descansó sólo en cambios en los precios relativos de bienes y servicios, sino preferentemente en una profunda redistribución del ingreso en contra de los trabajadores (García, 1991). Los indicadores de pobreza, aunque controvertidos, sugieren que la proporción de hogares pobres aumentó desde cerca de un 20% a un 28% en 1970 hasta casi el 50% a fines del decenio de los ochenta. No solamente creció la proporción de estos hogares, sino la intensidad de la desigualdad social.<sup>10</sup>

Comparando con los efectos sociales y los logros macroeconómicos de otros países de América Latina, García concluye que en Chile los costos fueron más intensos y prolongados, existiendo un considerable rezago entre la consolidación de los logros macroeconómicos y el comienzo de sus efectos positivos sobre el empleo. Concluye que la magnitud y duración de esta exclusión social sugiere la inviabilidad de reproducir mecánicamente el "modelo chileno" ante su incapacidad social de sostener la productividad a largo plazo y sus riesgos de inestabilidad social, que podrían desalentar las inversiones (García, 1991). Otro autor destaca la vulnerabilidad social y política derivada de la profunda segmentación social que ha generado (Nef, 1991).

---

10 Pollack y Villarreal señalan que el porcentaje de hogares pobres de Chile aumentó de 28.5% a 48.6% entre 1969 y 1987, y los de indigentes, de 8% a 23% (Pollack y Villarreal, 1991); CEPAL estima que la proporción de hogares pobres era del 20% en 1970 y aumentó a 44.4% en 1987 (CEPAL, 1990); García señala que a fines de los ochenta, entre un 30 y un 44% de los hogares se encontraban bajo la línea de pobreza (García, 1991). Según cifras del INE, el consumo del 20% de hogares de altos ingresos sextuplicaba el consumo del 20% más pobre en 1969, y en 1978 era 10 veces mayor (Todaro y Galvez, 1987). En 1987, CEPAL estima que el decil de hogares de más altos ingresos percibía el 40.2% del ingreso nacional, mientras que los dos deciles más bajos apenas sumaban el 4.3% de ese ingreso, y el 50% más pobre de los hogares acumulaba el 17.7% de los ingresos (CEPAL, 1990a). Un estudio efectuado en 1984 señaló que las familias pobres de Santiago destinaban el 15.5% de su ingreso a compra de pan, el 33.4% a otros alimentos, el 28% a combustible, servicios y vivienda y el 11% a transporte (Cereceda y Cifuentes, 1987).

La recuperación del crecimiento económico en 1984 fue acompañada de una importante expansión del empleo formal privado, un descenso del desempleo abierto y un aumento de modalidades de empleo precario. Llama la atención que la recuperación de los niveles de empleo a tasas casi cercanas a las cifras previas al ajuste no se vio acompañada de una disminución equivalente de los niveles de pobreza. Hacia fines del decenio de los ochenta, la economía operaba con cerca de un 7% de desempleo abierto, mientras la pobreza abarcaba a cerca del 40% de la población (Díaz, 1991; Pollack y Villarreal, 1991). Una posible explicación estaría en la heterogeneidad de los salarios y la precarización del empleo; parte importante de los nuevos empleos creados se ubica en actividades de menor productividad y más bajas remuneraciones relativas. Durante la segunda mitad del decenio de los ochenta, la recuperación estuvo acompañada por un proceso de profundo aumento de las desigualdades sociales, derivadas de la creciente diferenciación en la estructura de los salarios y de la mayor participación del sector empresarial en el producto.<sup>11</sup> En la etapa de consolidación del nuevo modelo, el crecimiento del empleo no ha estado exento de una acentuada diferenciación de oportunidades, movilidad e ingresos. No se ha prestado suficiente atención a las limitaciones que presentan los sectores que producen bienes transables y la infraestructura correspondiente de apoyo para la absorción de mano de obra, ni a la vinculación que existe entre el tipo de modernización perseguida y el grado de heterogeneidad social que provoca (García, 1991).

Al hacer reflexiones prospectivas para el decenio 1991-2000 en la región, García señala que la modernización tenderá a generar presiones que acentuarán la heterogeneidad de oportunidades e ingresos durante un período prolongado, destacando la necesidad de acompañar el proceso con políticas activas que atenúen la escasa incorporación social de grandes sectores y la diferencia de oport-

---

11 De acuerdo con cifras del INE, en 1978 el 10% más rico de la población concentraba el 37% del ingreso nacional y diez años después, en 1988, su participación aumentó al 47% ; a la vez, el 50% más pobre accedía al 20% del ingreso nacional en 1978 y su participación bajó al 17% en 1988 (Díaz, 1991). Muñoz y Reyes, basándose en una cita de UNICEF, aseveran que el 20% más rico de la población concentraba en 1985 el 54% del ingreso total y que en 1988 esa participación había aumentado a 60.4%, mientras el 20% más pobre disminuía del 19.1 al 11.8% (Muñoz y Reyes, 1991).

tunidades, reforzando el ingreso de aquellos no insertados —de manera directa y estable— en los sectores más dinámicos del nuevo modelo. De otro modo, la transformación productiva conduciría a sociedades fragmentadas en las que solamente una parte de la población tendría acceso a los frutos de la modernización. Lo anterior —señala— podría generar conflictos sociales e inestabilidades que aumentarían la tasa de riesgo de decisiones de inversión privada poniendo en peligro las posibilidades de crecimiento (García, 1991). A su vez, como el sector moderno de la economía presenta rasgos de uso intensivo de mano de obra de bajo costo, asociado a nuevas tecnologías y nuevas formas de organización de la producción que tienden a la búsqueda de precios competitivos, hacia fines de los ochenta se estaba generando por esa vía un cambio estructural en la figura social de la pobreza. Es probable, entonces que, de perdurar tal situación, los pobres de los noventa no sean desempleados sino trabajadores de temporada que rotarán durante el año en diversos trabajos, o tendrán empleos precarios en pequeñas y medianas empresas subcontratistas, encontrándose vinculados orgánicamente con el gran capital por diversas vías. Se trata, por tanto, de una nueva composición de la clase obrera del sector moderno de la economía chilena (Díaz, 1991).

Un aspecto importante, y difícil de determinar en el caso chileno, son las características de la flexibilización del mercado laboral. Se expresó claramente en el comportamiento de los salarios, en la pérdida de estabilidad laboral y en la reducción y evasión de beneficios adicionales (seguridad social); pero ha implicado también el reemplazo de empleos permanentes por ocupaciones temporarias y de jornada parcial, una mayor rotación laboral en segmentos o edades críticas, un uso más intenso de la subcontratación de mano de obra y la reaparición del pago por pieza y del trabajo a domicilio. Algunas autoras señalan que, en estas condiciones, la participación femenina aumentó a costa de la aceptación de salarios más bajos, particularmente entre mujeres con niveles más altos de instrucción que se desempeñaban en ocupaciones de mayor prestigio (Pollack y Villarreal, 1991; Arriagada, 1987). A su vez, León (1991a y 1991b) constata tanto un aumento en el nivel de participación laboral de las mujeres por encima de las proporciones percibidas antes de la etapa de ajuste —especialmente entre las casadas— como un incremento femenino superior al masculino en el trabajo formal asalariado. Pero, en el marco de la flexibilización de las

reglas del mercado de trabajo, este aumento se ha asociado a la proliferación de modalidades de empleo precario, entre los que destaca el recurso al trabajo a domicilio que mengua los efectos positivos de la reorientación de la economía.

La persistencia de la pobreza, que afecta a una proporción cercana o superior al 40% de los hogares chilenos, con tasas de desocupación relativamente bajas, indica que quienes se encuentran en tal situación no son sólo desempleados, sino también asalariados cuyos ingresos son insuficientes para afrontar niveles mínimos de vida. Parte de esta escasez es atribuible a la inestabilidad y precariedad en las ocupaciones de los sectores más modernos y dinámicos del mercado de trabajo, que han involucrado particularmente a las mujeres (Díaz, 1991; Gálvez, 1987). El origen de este proceso está en la raíz de la transformación económica en curso: corresponde, por una parte, a la desprotección estatal del mercado laboral y, por otra, a la desconcentración vertical de etapas del proceso productivo que hacen grandes empresas mediante la subcontratación de las actividades intensivas en mano de obra. Esto ocurre especialmente en ciertas ramas de la industria manufacturera, la agroindustria y la agricultura, en que una gran cantidad de pequeñas empresas o de trabajadores independientes son subcontratistas de grandes empresas de comercialización (Díaz, 1991).<sup>12</sup> La práctica de la subcontratación establece nuevas relaciones capital-trabajo que ya no son institucionalizadas por el Estado, sino por compromisos entre trabajadores individuales y pequeños empresarios, lo que aumenta la flexibilidad y abarata los costos de la mano de obra para la empresa subcontratista.

Benería y Roldán (1989), como Díaz (1991), ponen énfasis en la necesidad de diferenciar entre el auto-empleo —generalmente equiparado con el trabajo informal— y el trabajo subpagado y no reglamentado —en el que destaca el de tipo asalariado por pieza.

---

<sup>12</sup> Díaz describe de la siguiente manera la segmentación del mercado de trabajo moderno en Chile: i) trabajadores que pertenecen al núcleo de la empresa, con empleo estable, que trabajan jornada completa y en forma permanente, y que son generalmente hombres; ii) trabajadores de la periferia que tienen contratos breves o trabajan jornadas parciales, en su mayoría mujeres; iii) trabajadores externos que son subcontratados directamente y que operan por su cuenta (Díaz, 1991). Debe agregarse que en este último grupo el subcontratado puede trabajar a domicilio y que el trabajo se paga por pieza; también las mujeres predominan entre ellos.

Las mujeres son atraídas por la subcontratación industrial porque, no obstante ofrecer salarios muy bajos y carecer de seguridad laboral, tiene la ventaja de permitirles permanecer en su hogar integrando tareas domésticas y productivas. El trabajo a domicilio, una forma particular de subcontratación, se ha generalizado en la industria del vestido, mientras que la subcontratación en general opera ampliamente en la agroindustria. En ambas ramas se destaca la presencia de trabajadoras mujeres, de manera que al rezago en los salarios de los sectores no vinculados a la producción de bienes transables debe agregarse la precarización del empleo de una parte de los trabajadores del sector más dinámico (lo que agudiza la segmentación del mercado laboral). Las causas que sitúan preferentemente a las mujeres en este tipo de empleos deben investigarse. Según Nash y Safa "con la internacionalización del capital y la expansión global de la industria, la posición desventajosa de las mujeres en el mercado de trabajo de los países subdesarrollados y su mayor disponibilidad les otorga un lugar preferencial en la búsqueda de mano de obra barata que hacen las grandes compañías" (Nash y Safa, 1986, p.11). A su vez, la introducción de tecnologías de los países industrializados, con una elevada absorción de empleo femenino, y la generalización del salario según rendimiento llevan a cambiar la discriminación del empleo femenino de negativa a positiva (León, 1991a).

### III. LA INMIGRACION FEMENINA A SANTIAGO

#### 1. Características de la corriente migratoria

Desde hace largo tiempo, la ciudad de Santiago ha sido el lugar de destino de una significativa corriente migratoria en la que predominan las mujeres. Se trata de una corriente continua, creciente en volumen, pero cuyo ritmo de incremento descendió desde la década de los setenta (Elizaga, 1970; Cuadro III.1). La selectividad femenina —que también ha tendido a declinar en los últimos decenios (Cuadro III.2)— ha sido muy acentuada, en especial en las edades jóvenes, esto es, entre los 15 y los 29 años de edad (Cuadro III.3). En su mayor parte, son mujeres que migraron directamente desde su lugar de origen.<sup>13</sup> Se trata de la única corriente migratoria del país en que predomina claramente el sexo femenino (Martínez, 1990; Raczynski, 1982).

La gran atracción ejercida por la capital sobre las mujeres del resto del país no ha sido suficientemente contrarrestada por la presencia de otras zonas urbanas con economías relativamente diversificadas. En un análisis de una muestra del Censo de Población de 1970, Herold encontró que un 50.1% de las migrantes interprovinciales absolutas residían en la zona urbana de Santiago, y que un 39.4% de las mujeres que habían cambiado de provincia entre 1965 y 1970 se habían dirigido a la capital (Herold, 1979). A su vez, Martínez observó que un 44.5% de las migrantes interregionales del período 1965-1970 y un 44.9% en el período 1977-1982 se trasladaron a la Región Metropolitana de Santiago (Martínez, 1990).

---

<sup>13</sup> Entre los inmigrantes absolutos detectados por una encuesta realizada en 1962, en especial en la corriente de origen rural y entre las mujeres, se encontró que cerca del 70% se habían trasladado a Santiago directamente desde su lugar de origen (Elizaga, 1970). Entre las mujeres llegadas en el quinquenio 1965-1970 se observó una proporción semejante (Herold, 1979).

Cuadro III.1

INDICADORES DE INMIGRACION ABSOLUTA A SANTIAGO <sup>a b</sup>

**A. EVOLUCION DE LA PROPORCION DE INMIGRANTES ABSOLUTOS  
SEGUN SEXO SOBRE LA POBLACION TOTAL  
(1952, 1960, 1970 y 1982)**

Sexo	Año			
	1952	1960	1970	1982
Hombres	-	27.5	30.0	27.4
Mujeres	-	33.2	34.3	31.9
TOTAL	33.3	30.5	32.2	29.8

**B. TASAS DE CRECIMIENTO ANUAL MEDIAS INTERCENSALES  
DE LOS INMIGRANTES ABSOLUTOS, SEGUN SEXO  
(PERIODOS 1952-1960, 1960-1970, 1970-1982)**

Sexo	1952-1960	1960-1970	1970-1982
Hombres	-	3.9	1.8
Mujeres	-	3.2	1.8
TOTAL	3.1	3.5	1.8

Cuadro III.1 (Conclusión)

**C. RELACIONES DE MASCULINIDAD DE LAS POBLACIONES  
NATIVA E INMIGRANTE ABSOLUTA  
(1960, 1970 y 1982)**

Población	1960	1970	1982
Nativo	96	96	97
Inmigrantes absolutos	73	79	78

*Fuente:* INE, Censos de Población y Vivienda de 1952, 1960, 1970 y 1982.

<sup>a</sup> La inmigración absoluta se refiere a las personas que a la fecha de los respectivos censos residían en Santiago y cuyos lugares de nacimiento se encontraban en otras divisiones territoriales.

<sup>b</sup> Los datos anteriores a 1982 corresponden a la antigua provincia de Santiago. Para 1982 se refieren a la Región Metropolitana de Santiago.

Cuadro III.2

**DISTRIBUCION PORCENTUAL POR SEXO DE LA POBLACION  
INMIGRANTE A SANTIAGO EN LOS QUINQUENIOS  
1965-70 y 1977-82**

Sexo	1965-1970	1977-1982
Hombres	44.5	45.1
Mujeres	55.5	54.9
TOTAL	100.0	100.0

*Fuente:* Martínez, 1990.

Cuadro III.3  
DISTRIBUCION DE LA POBLACION INMIGRANTE A SANTIAGO DE  
15 AÑOS Y MAS, POR SEXO Y GRUPOS DE EDADES, SEGUN  
DIFERENTES PERIODOS DE INMIGRACION <sup>a</sup>

Sexo y grupos de edades	Período de inmigración		
	1952-1962	1965-1970	1977-1982
<b>Hombres</b>			
15-19	26.5	24.3	15.2
20-24	23.8	22.3	24.2
25-29	13.7	15.0	18.6
30-34	8.3	9.2	11.6
35 y más	27.7	29.2	30.4
TOTAL	100.0	100.0	100.0
<b>Mujeres</b>			
15-19	32.4	29.4	20.2
20-24	21.2	21.9	26.1
25-29	14.8	13.5	16.4
30-34	6.3	8.4	9.6
35 y más	25.3	26.8	27.7
TOTAL	100.0	100.0	100.0

*Fuente:* Para 1952-1962, Elizaga (1970); para 1965-1970 y 1977-1982, CELADE, Muestra de los Censos de Población de 1970 y 1982.

<sup>a</sup> La información de 1952-62 se refiere al Gran Santiago; la información de 1965-70 a la Provincia de Santiago; la información de 1977-82 a la Región Metropolitana de Santiago.

En las primeras décadas del siglo, es altamente probable que la corriente migratoria hacia Santiago fuese predominantemente de origen rural, pero por lo menos desde 1940, cuando la mayoría de la población nacional devino urbana, la corriente de origen urbano ha pasado a ser más importante. En 1962, cerca del 50% de los inmigrantes a Santiago procedían de núcleos de 20 000 habitantes y más (Elizaga, 1970). Este flujo en su mayor parte urbano hacia la capital representaba más del 40% de la inmigración interregio-

nal del país en 1982 y, como ya se dijo, a diferencia de las corrientes entre otras regiones, es la única en la que predominan las mujeres (Martínez, 1990). Sin embargo, si el análisis de las corrientes migratorias del país se realiza con mayor desagregación, se observa que los movimientos entre regiones son una pequeña parte de la movilidad territorial de la población nacional (Raczynski, 1982).<sup>14</sup> En la migración del país en el quinquenio 1965-1970, las mujeres predominaron en todas las corrientes de origen rural, en las procedentes de ciudades pequeñas con fuerte componente agrícola y en las que tienen a Santiago y otras dos ciudades principales como destino (Raczynski, 1982).

La prevalencia femenina es particularmente marcada entre los inmigrantes santiaguinos provenientes de las zonas centro-sur y sur del país, en cuyas corrientes las mujeres representaban alrededor de un 60% de los inmigrantes en 1965-70 y 1977-82 (Martínez, 1990). Estas zonas, que han sufrido las mayores pérdidas de población entre 1960 y 1982, son las únicas que albergan una proporción todavía significativa de población rural y sus tasas de fecundidad son considerablemente más altas que las del promedio nacional.<sup>15</sup> La zona centro-sur (compuesta por las regiones VI, VII y parte de la VIII) posee tierras más fértiles, ha estado más comunicada e integrada a la economía urbana, está bien dotada de servicios escolares y de salud y ha sido escenario, desde hace décadas, de una agricultura moderna. Ella ha registrado emigración rural desde principios del siglo, pero su intensidad decreció durante los años treinta, para luego aumentar desde mediados de los cincuenta hasta los setenta, cuando se inició un ligero descenso. El destino

---

14 En un análisis de tabulaciones especiales del Censo de 1970 sobre la migración ocurrida entre 1965 y 1970 entre comunas del país, Raczynski encontró que un 40% de las corrientes eran urbano-urbanas, 28% rural-urbanas, 18% urbano-rurales y 14% rural-rurales. Entre las corrientes de origen urbano (58% del total), el 42% tuvo a la Región Metropolitana de Santiago como destino; y de los migrantes de origen rural (42% del total), un 23% se dirigió a Santiago (Raczynski, 1982).

15 Del total de mujeres que migraron a la Región Metropolitana en el período 1965-1970, un 59% procedía de las regiones VII, VIII, IX y X; en el quinquenio 1977-1982, en esas mismas regiones se originó el 62% de las migrantes con este lugar de destino. Mientras en aquellas regiones la tasa global de fecundidad excedía de 6 en el período 1960-1965, y se redujo a 4.5 en el quinquenio 1970-1975, en la Región Metropolitana ese indicador alcanzaba a 4.4 y 3.1, respectivamente.

fue principalmente urbano, y en el quinquenio 1965-70 entre un 30% y un 55% de los emigrantes eligieron el área metropolitana de Santiago como lugar de destino. La zona sur (parte de la región VIII y regiones IX y X) habría presentado una tasa de emigración baja hasta los años cuarenta, elevándose desde 1950 en adelante. En esta zona, el destino rural es más importante, como también la migración hacia las áreas urbanas distintas de la capital nacional. Cerca de un 30% de los emigrantes de la zona sur optaron por la ciudad de Santiago como lugar de destino (Raczynski, 1982; Raczynski y Vergara, 1979).

Al comparar las corrientes interprovinciales de migración femenina con destino urbano en 1965-70, se encontraron importantes diferencias entre las destinadas a Santiago y las que se dirigieron a otras ciudades: las mujeres jóvenes, con baja escolaridad, que migraban por primera vez desde su lugar de nacimiento, se movían más hacia la capital nacional que hacia otros destinos urbanos (Herold, 1979). Este tipo de selectividad ha estado fuertemente condicionado por la estructura por edad, ya que entre las migrantes interprovinciales de aquel quinquenio, Santiago fue el destino preferente sólo de quienes migraban por primera vez entre los 15 y los 24 años. La mayoría de las mujeres de 25 años o más, y aquellas con experiencia migratoria previa, se dirigieron hacia otros centros urbanos (Herold, 1979).

El análisis de Raczynski para 1965-1970 delimitó el carácter urbano o rural de las corrientes migratorias del país y mostró su complejidad y diversidad. Reveló que únicamente en la migración de origen rural y destino urbano predominaba el sexo femenino, que esta prevalencia era común a todas las áreas rurales del país y que era más pronunciada en el centro-sur, donde se concentra la actividad agropecuaria. La migración de origen y destino urbanos, que constituía la corriente mayoritaria a nivel nacional, presentaba predominio masculino, excepto cuando se originaba en ciudades menores con un fuerte componente agrícola o cuando se dirigía a las tres ciudades más grandes del país, en que nuevamente estaba compuesta en su mayor parte por mujeres. Esta selectividad era más marcada cuando el destino era la Provincia de Santiago (Raczynski, 1982). De lo anterior se concluye que la selectividad por sexo de la migración hacia Santiago está fuertemente condicionada por el origen rural-agrícola, por la edad de los migrantes y por la naturaleza del lugar de destino.

## 2. Características de las inmigrantes

Además de ser selectiva por sexo, la inmigración hacia Santiago lo ha sido respecto de la edad, el estado civil y la escolaridad. Para el análisis de las características sociodemográficas de los inmigrantes se cuenta con información procedente de muestras y éstas no son comparables entre sí, pero permite ilustrar tendencias generales que son coincidentes con los hallazgos expuestos en la literatura sobre el tema (Elizaga, 1970 y CELADE, s/f).

En cuanto a la selectividad por edad, hasta los años cincuenta la inmigración femenina estuvo muy concentrada en las edades jóvenes, especialmente en el grupo de 15 a 19 años; un autor estima que las inmigrantes de estas edades representaron el 38% de las mayores de 15 años que llegaron a Santiago entre 1910 y 1950 (Nieto, 1963). Entre 1952 y 1982 han predominado los inmigrantes jóvenes de 15 a 24 años y esta prevalencia ha sido mayor entre las mujeres, sobre todo las de origen rural (Elizaga, 1970; Cuadro III.3); entre los varones han sido tan numerosos los adolescentes (15-19 años) como los jóvenes (20-24 años), aunque estos últimos aumentaron en 1982; mientras que entre las mujeres, hasta 1970, las adolescentes superaban con creces a las jóvenes pero, después de 1970, este grupo de edades pasó a ser el más importante. El predominio de adolescentes y jóvenes ha disminuido para ambos sexos a causa del efecto de retención originado por la asistencia a instituciones de enseñanza en las áreas de origen.

En cuanto a su estado conyugal, un 67% de los inmigrantes que llegaron a Santiago entre 1952 y 1962 eran solteros. Las mujeres, además de ser en su mayoría solteras y a pesar de su origen eminentemente rural, una vez residentes en Santiago tuvieron una nupcialidad más tardía que las no inmigrantes, a la vez que menores tasas de fecundidad y una mayor proporción de no casadas después de los treinta años (Elizaga, 1970).

Los niveles de escolaridad de las mujeres inmigrantes han sido menores que entre los hombres inmigrantes hasta 1970, pero esta diferencia tendió a reducirse y se revirtió en los años ochenta (Cuadro III.4). Hasta los setenta, la concentración de mujeres en grupos de edades jóvenes y de baja escolaridad era más marcada entre las migrantes de origen rural (Raczynski, 1982; Elizaga, 1970). Respecto de la población de los lugares de origen, estas mi-

grantes de origen rural tenían mayor escolaridad que las mujeres que no migraron (Herold, 1979; Raczynski y Vergara, 1979). Sin embargo, en 1965-70, la ciudad de Santiago fue elegida como lugar de destino preferente de las emigrantes más jóvenes y con menos escolaridad (Herold, 1979).

En relación con la población del lugar de destino, hasta los años setenta, las inmigrantes a Santiago tuvieron, en promedio, menor escolaridad que las nativas de la capital (Cuadro III.5). Tal desventaja en relación con las no inmigrantes se redujo considerablemente en los setenta y tendió a desaparecer en los ochenta (Cuadro III.6). Entre los factores que contribuyeron a la reducción de las diferencias, se cuenta el notable incremento en la escolaridad de las mujeres del país, la disminución de la importancia relativa de las adolescentes en la corriente migratoria hacia Santiago y la creciente urbanización del país. De acuerdo con la muestra del Censo de 1982, más de la mitad de las mujeres inmigrantes entre

Cuadro III.4

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LOS INMIGRANTES A SANTIAGO DE 15 AÑOS Y MAS POR NIVEL DE ESCOLARIDAD, SEGUN SEXO EN DIFERENTES PERIODOS DE INMIGRACION<sup>a</sup>**

Años de estudio aprobados	Mujeres			Hombres		
	1952-1962	1965-1970	1977-1982	1952-1962	1965-1970	1977-1982
0 a 3	29.9	21.6	8.3	17.4	16.9	10.5
4 a 6	37.0	30.7	20.1	34.9	22.9	23.6
7 y más	33.1	47.7	71.7	47.7	60.3	65.9
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

*Fuente:* Para 1952-1962, Elizaga (1970); para 1965-1970 y 1977-1982, CELADE, Muestras de los Censos de Población de 1970 y 1982.

<sup>a</sup> La información de 1952-62 se refiere al Gran Santiago; la información de 1965-70 a la Provincia de Santiago; la información de 1977-82 a la Región Metropolitana de Santiago.

Cuadro III.5

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES URBANAS DE  
15 AÑOS Y MAS QUE HAN CURSADO ALGUN AÑO ESCOLAR,  
POR AÑOS DE ESTUDIO APROBADOS, SEGUN LUGAR DE  
RESIDENCIA EN 1970 Y CONDICION MIGRATORIA**

Años de estudio aprobados	Area urbana de Santiago		Otras áreas urbanas	
	Inmigr. 1965-1970	No Inmigr. 1965-1970	Inmigr. 1965-1970	No Inmigr. 1965-1970
Menos de 1	6.1	3.6	6.5	8.5
1 a 6	49.0	39.5	39.2	51.5
7 a 12	41.2	52.8	48.4	38.2
13 y más	3.7	4.1	5.9	1.8
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0

*Fuente:* Herold, 1979, con base en una muestra del Censo de Población de 1970.

1977-1982 habían completado la educación primaria, un 40% tenía 10 años de estudio o más, y más de un 10% había alcanzado algún año de educación superior (Cuadro III.6). El cambio educacional y en la composición por edad de las inmigrantes, como la creciente importancia del origen urbano en la corriente migratoria hacia Santiago han determinado mayor semejanza en la calificación y experiencia urbana entre la población inmigrante y la no migrante en los últimos años (Hojman, 1989; Saavedra, 1981; Raczynski, 1980; Arriaga, 1978).

La selectividad social de las inmigrantes respecto de su comunidad de origen ha sido poco analizada. Herold utiliza la escolaridad como aproximación a estrato social y esto le permite afirmar que, en 1965-1970, las migrantes interprovinciales pertenecían a los grupos más acomodados en los lugares de origen (Herold, 1979). Raczynski y Vergara observan que en la migración intercomunal de origen rural, en el mismo período, las tasas de emigración rural más altas correspondían a las comunidades rurales más

prósperas, mejor dotadas de servicios, y Conning llega a conclusiones similares en un estudio de caso referido a los años sesenta (Raczynski y Vergara, 1979; Conning, 1972). Sin embargo, entre las migrantes, las con menor escolaridad, más jóvenes y de origen rural se dirigieron preferentemente a la Región Metropolitana en 1965-70 (Herold, 1979). El grado de escolaridad mucho más alto de las inmigrantes a Santiago en 1977-1982 se puede atribuir a la am-

Cuadro III.6  
DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES DE 15 AÑOS Y MAS  
DE SANTIAGO POR NIVEL DE ESCOLARIDAD,  
SEGUN CONDICION MIGRATORIA  
(1962, 1970, 1982)

Años de estudio	1962		1970		1982	
	Inmi- grantes 52-62	No Inmi- grantes	Inmi- grantes 65-70	No Inmi- grantes	Inmi- grantes 77-82	No Inmi- grantes
0 a 3	29.9	13.2	21.6	20.1	8.3	11.0
4 a 6	37.0	35.8	30.7	34.9	20.1	20.4
7 y más	33.1	51.0				
7 a 9			26.2	13.1	27.7	18.0
10 a 12			16.2	26.3	31.1	34.9
13 y más			5.3	5.6	12.9	15.7
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

*Fuente:* Para 1952-1962, Elizaga (1970), con base en datos de la Encuesta de Inmigración al Gran Santiago de 1962; para 1965-1970 y 1977-1982, CELADE, s/f., Muestras de los Censos de Población de 1970 y 1982 para la Provincia y la Región Metropolitana de Santiago. Información en cintas.

*Nota:* La información de 1952-62 se refiere al Gran Santiago; la información de 1965-70 a la Provincia de Santiago; la información de 1977-82 a la Región Metropolitana de Santiago.

pliación de la cobertura educacional del país y a un incremento en la selectividad positiva de las emigrantes según escolaridad. Para los emigrantes varones ocurrió el fenómeno inverso.

### 3. Algunas consecuencias de la migración hacia la capital

La importancia y continuidad de la corriente migratoria hacia Santiago ha sido uno de los principales determinantes del patrón de distribución espacial de la población chilena. La concentración de la población nacional en la Región Metropolitana es alta y creciente: un 29.6% en 1952; en 1960, un 32.4; en 1970, un 35.5%; y en 1982, el 38.1%. De acuerdo con Martínez (1990), en los quinquenios 1965-70 y 1977-82, la migración neta representó la cuarta parte del crecimiento de la Región Metropolitana. Elizaga (1970) estima que la migración contribuyó con un 41% al crecimiento del Gran Santiago entre 1952 y 1962. Raczynski (1986) atribuye un 44% de dicho crecimiento a la migración entre 1952-1960 y un 32% a la ocurrida entre 1960-1970.

Otras consecuencias sociodemográficas de la migración, tales como el impacto en las estructuras por edad y sexo de las poblaciones, su escolaridad, nupcialidad y fecundidad, han sido algo más reducidas. La movilidad territorial de la población del país ha contribuido al incremento de la proporción de hombres entre la población rural y a su disminución en la Región Metropolitana (Raczynski, 1982). En cuanto a la estructura por edades, a pesar de la selectividad de la corriente migratoria hacia Santiago, su continuidad no ha significado mayores repercusiones en la distribución por edad de la población de la Región.<sup>16</sup> Las diferencias en la nupcialidad y la fecundidad de nativos y migrantes han sido muy pequeñas, por lo que sus efectos sobre las distribuciones de la población en el lugar de destino han sido reducidos.

---

<sup>16</sup> En un primer momento, los inmigrantes son, en promedio, más jóvenes que la población del lugar de destino, pero con el tiempo tal cohorte de inmigración será más "vieja" que el conjunto de esa misma población total porque entre aquellos llegaron proporcionalmente menos niños y sus hijos serán, en su mayoría, nativos del lugar de destino (Herold, 1979; Elizaga, 1970).

Otro efecto de la migración se refiere a la modificación de las tasas de crecimiento de la población, de aquella en edad de trabajar y de la fuerza de trabajo como tal. Los traslados netos de población rural a zonas urbanas entre 1940 y 1970 significaron que mientras la población rural decreció sostenidamente, a una tasa promedio anual de -0.56%, la población urbana del país aumentó a una tasa media anual de 3.13%. Entre 1970 y 1982 se redujo la emigración rural, ya que la población de estas zonas creció en promedio a un 0.15% anual (Pardo, 1987). La selectividad por sexo de la emigración rural significó, además, que la población femenina decreciera a una tasa promedio anual de -0.9% entre 1940 y 1970, mientras la tasa media masculina era de -0.25% anual (Pardo, 1987). La pérdida de población rural se concentró en mujeres en edad de trabajar. A su vez, la fuerza de trabajo femenina rural disminuyó a una tasa media anual de -3.27% entre 1952 y 1970, mientras que la de los hombres decreció en promedio a una tasa de -0.83%. En las zonas urbanas, al mismo tiempo, la fuerza de trabajo femenina creció en promedio a tasas de 1.42% anual y la masculina a 2.77% anual (Pardo, 1987). Estos datos, de origen censal, sugerirían que la drástica disminución de la fuerza de trabajo femenina en áreas rurales no se vio compensada por un incremento equivalente de la fuerza de trabajo femenina urbana, dando como resultado una mayor proporción de mujeres inactivas en el país. Las décadas de los cincuenta y sesenta —las de mayor pérdida de población femenina rural en edad de trabajar y de fuerza de trabajo en zonas rurales— fueron también aquellas en que, como se analiza en el capítulo IV, las mujeres de la Región Metropolitana registraron las tasas más bajas de participación en la actividad. Otro efecto de la migración femenina hacia Santiago, el impacto en la estructura del mercado de trabajo metropolitano, se considera en el capítulo V.

#### **4. Determinantes estructurales de la migración hacia Santiago**

En los decenios de los sesenta y setenta, se llevaron a cabo numerosos estudios que buscaron delimitar los determinantes de la presencia, volumen y continuidad de la corriente migratoria que tiene como destino la capital del país; sin embargo, prácticamente

ninguno de ellos intentó establecer diferencias específicas entre hombres y mujeres. En su mayor parte, esos trabajos fueron análisis estadísticos que establecieron relaciones entre crecimiento del empleo y tasas migratorias; ingreso per cápita de las provincias o regiones y flujos migratorios; políticas públicas, inversión en infraestructura, vivienda y servicios y migración; concentración del producto, dinámica del empleo y flujos migratorios; demanda de empleo en el sector secundario en Santiago y atracción de migrantes; heterogeneidades interregionales e intrarregionales y movilidad de la población; diversificación de la estructura productiva del centro —y sus relaciones con la periferia agrícola, minera y de industrialización incipiente— y dinámica de la ocupación, empleo y migración (Garayar y Sánchez, 1989; Cavallini, 1986; Raczynski, 1986; Bastías y Gálvez, 1983; Raczynski, 1982; Raczynski, 1981; Donoso, 1979; Harcha, 1979; Raczynski, 1979; Covarrubias y Franco, 1978; Raczynski, 1978b; Di Filippo y Bravo, 1977; Athanassiou, 1975).

Otros estudios se refieren a las condiciones de los lugares de origen que propician la emigración. Los factores de expulsión considerados fueron los cambios en las relaciones sociales de producción en la agricultura y las políticas gubernamentales y su impacto en la estructura agraria, expresados en diversos indicadores. Entre ellos, se analizó: la estructura y dinámica de la fuerza de trabajo y el empleo agrícolas; la concentración de la tierra, su redistribución, los cambios tecnológicos y procesos de mecanización; los cambios en las condiciones de trabajo, los niveles salariales y la estabilidad en los empleos; la participación gremial, aspectos culturales, las tasas de emigración precedentes, la concentración de la población rural en pueblos y aldeas, la dotación de servicios y la accesibilidad a lo urbano (Kay, 1989; Mlynarz, 1986; Gómez, Arteaga y Cruz, 1980; Raczynski y Vergara, 1979; Geisse y Valdivia, 1977; Gómez y Cruz, 1977; Argüello, 1976; Lira, 1976).

Aunque la mayor parte de los migrantes que se dirigen a Santiago proceden de centros urbanos, no hay análisis que intenten determinar las causas específicas de este comportamiento (Raczynski, 1981). Tampoco se ha prestado mayor atención a las corrientes de emigración desde la Región Metropolitana y desde otras ciudades importantes o a las de dirección urbano-rural. Sin embargo, como existe un claro predominio femenino en la migración hacia Santiago que procede desde zonas rurales y ciudades

ubicadas en áreas agrícolas, se considera importante reseñar brevemente los procesos vinculados con la estructura agraria que han afectado la migración interna. En Chile se ha detectado que una importante corriente migratoria rural-urbana, cuyo destino preferente era Santiago, existía ya antes de la consolidación del proceso de industrialización sustitutiva. A fines del siglo pasado y en los primeros dos decenios del presente, el país se encontraba inserto en la economía mundial mediante la exportación de productos primarios; en esta fase primario-exportadora, el proceso de urbanización alcanzó ritmos tan intensos como durante la industrialización sustitutiva, concentrándose en Santiago, y la emigración rural fue más aguda que en otros países en los que existió menor predominio de la agricultura capitalista (Geisse y Valdivia, 1980; Kay, 1980). Desde los años treinta hasta mediados de los sesenta hubo un estancamiento de la agricultura cuya forma de organización predominante era el complejo latifundio-minifundio; el crecimiento de la producción fue escaso e insuficiente para el consumo interno y la exportación y la participación en el Producto Nacional Bruto fueron decrecientes (Raczynski y Vergara, 1979). Las causas de este estancamiento se han vinculado con la estructura excesivamente concentrada de tenencia de los recursos agrícolas y los términos de intercambio desfavorables a la agricultura que generó el proceso de industrialización sustitutiva (al desviar los excedentes agrícolas hacia las actividades urbanas). Entre los trabajadores rurales prevalecían relaciones no salariales propias del complejo latifundio-minifundio (inquilinos), aunque se buscó reemplazar los trabajadores residentes en las haciendas y la mano de obra permanente por jornaleros y trabajadores temporales, evitando el pago de regalías como forma de hacer frente al deterioro de los precios agrícolas.

El estancamiento agrícola significó una importante y creciente subutilización de la mano de obra rural. En los años cincuenta más de un tercio de la mano de obra agrícola se encontraba desempleada (Hojman, 1989; Raczynski y Vergara, 1979). En un afán por superar el problema agropecuario, desde mediados de los cincuenta las políticas gubernamentales establecieron subsidios y créditos para la mecanización, lo que permitió a los grandes propietarios reemplazar mano de obra por capital. Estos procesos, que significaron intensificar la sustitución de mano de obra permanente por temporal, afectaron gravemente los niveles de vida y de empleo de

la población rural, cuyos ingresos eran notoriamente inferiores a los percibidos por los trabajadores urbanos. El proceso de industrialización y la mecanización agrícola fueron liquidando el sistema de inquilinaje, que fue reemplazado paulatinamente por fuerza de trabajo asalariada (Raczynski y Vergara, 1979). Entre 1955 y 1965, los asalariados aumentaron desde un 17% a un 41% de la PEA agrícola y los receptores de regalías disminuyeron de 112 000 a 62 000 (Kay, 1989). Hojman (1989) señala que entre 1955 y 1965, la subutilización de fuerza de trabajo aumentó del 53% al 62% en el sector de minifundios y se mantuvo estable en otro tipo de explotaciones, excepto en los grandes latifundios, que incrementaron ligeramente la utilización de mano de obra. En general, esta subutilización de la mano de obra rural asociada con la capitalización creciente de la agricultura han sido señalados como la causa principal de las intensas corrientes migratorias de origen rural ocurridas entre los años cuarenta y los setenta (Hojman, 1989; Kay, 1989; Mlynarz, 1986; FLACSO, 1979; Raczynski y Vergara, 1979; Geisse y Valdivia, 1977; Gómez, Arteaga y Cruz, 1977; Lira, 1976).

Durante los años sesenta y setenta, como reflejo de las persistentes insuficiencias del sector agrícola y de las crecientes presiones sociales, se desencadenaron las iniciativas de reforma agraria. Estas adquirieron especiales bríos en dos instancias de cambio político: 1966-1970 y 1971-1993. El impacto de estos procesos sobre la migración de origen rural fue complejo. Por una parte, existió un incremento de la demanda de trabajo permanente en las grandes explotaciones y en el sector reformado.<sup>17</sup> Por otra, disminuyeron las grandes diferencias entre los jornales y los horarios laborales de trabajadores agrícolas y no agrícolas. Sin embargo, en general, los ocupados en empleos temporales no se vieron beneficiados con los procesos de reforma agraria, incrementándose su potencial migratorio. Los beneficiados fueron los trabajadores permanentes de las explotaciones medianas y grandes y los pequeños agricultores comerciales con acceso a crédito y asistencia técnica y organizativa (Hojman, 1989; Weiss-Altaner, 1982; Gómez, Arteaga y Cruz, 1980; FLACSO, 1979; Raczynski y Vergara, 1979; Palma, Benavente y Yaksic, 1976). Raczynski y Vergara (1979), en el quinquenio 1965-1970,

<sup>17</sup> En un estudio de caso en la zona central en 1972, se observó una mayor propensión a emigrar entre los trabajadores de haciendas privadas que entre los trabajadores de los centros y asentamientos agrarios reformados (Argüello, 1976).

analizaron las asociaciones entre emigración rural, desde el centro y sur del país, y los cambios en la estructura agraria ocurridos durante la primera instancia de redistribución de la tierra e incremento de los salarios rurales. Los autores concluyeron que la expansión del empleo agrícola y no agrícola sólo ejerció algún efecto de retención de población en la zona sur (parte de la región VIII y regiones IX y X), de tierras menos fértiles, utilizadas principalmente para pastos y bosques, con escaso desarrollo de la agricultura moderna. En la zona centro-sur (regiones VI y VII y parte de la VIII), donde vive la mayor parte de la población vinculada a la agricultura del país, con suelos más fértiles y donde el proceso de modernización ha sido más intenso, el reparto de tierras y la política de remuneraciones vinculada con la reforma agraria tuvo efectos de retención para ciertas categorías laborales y de expulsión para otras, de tal manera que ambos efectos se compensaron. Al menos, el proceso de reforma agraria chilena no anticipó el éxodo rural como en otros países de América Latina. Los factores que presentaron mayor incidencia en la aceleración de la migración en las zonas centro-sur y sur fueron la concentración de la población rural en pueblos y aldeas, la oferta de servicios sociales básicos y la accesibilidad a lo urbano. Las tasas de emigración rural más altas correspondieron a las comunidades rurales más prósperas; su asociación con la presencia de servicios escolares y la accesibilidad a lo urbano permite sugerir que la emigración se vincula con aspiraciones de movilidad social y de consumo propios de la vida urbana (Raczynski y Vergara, 1979).

Al finalizar los procesos de reforma agraria, unos 450 000 trabajadores agrícolas no poseían tierras o las tenían en forma insuficiente (asalariados temporales y permanentes de los sectores privado y reformado y minifundistas); el gobierno militar, iniciado en 1973, reprivatizó una parte de las tierras y dividió otra parte en pequeñas parcelas de propiedad individual, creando 35 000 nuevas explotaciones. Así, las propiedades menores de 20 hectáreas de riego básicas se incrementaron desde el 22% al 53% de las unidades agrícolas del país entre 1966 y 1976 (Hojman, 1989). Hacia fines de los setenta, por vías administrativas y comerciales, la tierra que había sido repartida por el Estado a sectores campesinos había vuelto a manos del sector empresarial en un 75%, quedando aproximadamente una cuarta parte en posesión de los campesinos (Bastías y Gálvez, 1983). A su vez, la proporción de trabajadores

temporales entre los asalariados aumentó del 23% al 38% entre los inicios de la reforma agraria y 1976. Esta reprivatización de las tierras generó una nueva fase de expulsión de trabajadores permanentes (Hojman, 1989; FLACSO, 1979).

A pesar que el reemplazo de trabajadores permanentes, el incremento de los empleos temporales, las precarias condiciones de la agricultura minifundista y el crecimiento del desempleo rural se constituyeran durante la segunda mitad de los años setenta en presiones suficientes para incrementar la emigración rural, su presencia coincidió con coyunturas recesivas del empleo urbano, por lo que este tipo de movilidad se vio frenada y los desplazados rurales estuvieran obligados a permanecer y subsistir con base en la agricultura (Kay, 1989; Gómez, Arteaga y Cruz, 1980). Un análisis de las transformaciones de los mercados de trabajo regionales, en la primera etapa de la reorientación de la economía, emprendida a mediados de los años setenta, señala que la Región Metropolitana era la única (junto con la I región) en que el dinamismo de la ocupación superó al promedio nacional entre 1960 y 1970, y que esa fuerza la conservó después de esa fecha; este mayor dinamismo ha sido uno de los determinantes de la atracción migratoria de Santiago. En cuanto al desempleo agrícola como causa de expulsión, el mismo estudio señala que en las áreas agrícolas de las regiones VII, IX y X existió una recuperación del dinamismo de la ocupación entre 1970 y 1975, registrándose un nuevo descenso entre 1975 y 1978 (Bastías y Gálvez, 1983). Esta recuperación de las regiones agrícolas, en la primera parte del decenio, y el desempleo urbano, en la segunda parte, explicarían el relativo descenso de la expulsión rural entre 1970 y 1982.

Los escasos análisis sobre las corrientes migratorias entre 1970 y 1982 apuntan a la mantención de grandes volúmenes de migrantes y la persistencia en la dirección de esas corrientes, incluyendo el predominio de Santiago como centro de atracción, el de su entorno agrícola como zona de expulsión y la prevalencia de la emigración femenina. Algunas modificaciones, como la menor pérdida de población rural y la creciente atracción de las regiones extremas y de centros urbanos menores, no han sido suficientes para contrarrestar en lo fundamental esas tendencias (Martínez, 1990; Garayar y Sánchez, 1989; Cavallini, 1986; Raczynski, 1986; Romaggi, 1985). La relativa disminución de la intensidad de la emigración desde el campo ha coincidido con la transformación

del medio rural a raíz del fortalecimiento de villorrios poblados por trabajadores sin tierra que se desempeñaban en la agricultura, o habían perdido la posesión de la tierra en el sector reformado. Algunos autores plantean que estos pobladores de los villorrios han optado por no migrar a Santiago, permanenciando en sus zonas y sobreviviendo mediante la migración temporal y la combinación de trabajos urbanos y rurales que dependen de las condiciones locales y la demanda estacional (Hojman, 1989; Kay, 1989; Mlynarz, 1986; Rivera, 1982).<sup>18</sup> Las investigaciones no han analizado los determinantes estructurales de la migración de la población urbana que nutre las principales corrientes que se dirigen a la Región Metropolitana. La emigración desde centros urbanos menores hacia Santiago se ha visto facilitada por la extensión y el mejoramiento de las vías de comunicación y los medios de transporte, y muy especialmente por la expansión —desde hace unos treinta años— de la red de centros urbanos establecidos en los ámbitos rurales. Desde los años sesenta, estos poblados desarrollaron funciones de intermediación entre la producción agrícola y la industrial y en ellos se fueron concentrando trabajadores desplazados de ocupaciones permanentes en la agricultura durante las décadas de los cincuenta y los sesenta; una vez instalados, se integraron a trabajar en los servicios o se desempeñaron como trabajadores temporales en la agricultura (Raczynski y Vergara, 1979). Estos centros urbanos continuaron expandiéndose durante los procesos de reforma agraria y, en los setenta, al producirse nuevos desplazamientos de trabajadores agrícolas, por efecto de la reprivatización y la parcelación de las tierras distribuidas entre 1966-1973, se formaron nuevos villorrios y crecieron los ya existentes. Procurando entender la fuerte atracción migratoria de Santiago en relación con la de otros centros urbanos, se ha apreciado en el caso de Valparaíso, por ejemplo, que si bien la tasa de crecimiento de la población disminuyó, se incrementó la inmigración femenina en 1977-1982, lo que se vincula a una fuerte terciarización de la economía de la V región y a la disminución relativa de la industria manufacturera (Romaggi, 1986). También se ha señalado que la diversifica-

---

18 Una investigación hecha en Aconcagua reveló que en 1980 casi la totalidad de las trabajadoras temporales del procesamiento de frutas para exportación eran urbanas (Aranda, 1982). A su vez, León muestra que, a fines de los ochenta, la participación de mano de obra urbana en la agricultura ha sido importante y creciente (León, 1991b.).

ción productiva de la segunda zona industrial del país (VIII región), donde se ubica la ciudad de Concepción, no ha sido suficiente para limitar la emigración a Santiago (Cavallini, 1986). Otros autores observan disminución de la emigración en zonas de agroindustria de exportación, pero señalan que ésta ya se venía dando desde los sesenta (Rodríguez y Venegas, 1989; Aranda, 1982). Sin embargo, los escasos análisis a escala local y el nivel de agregación de los estudios interregionales impiden examinar adecuadamente los patrones de expulsión-atracción en el período posterior a 1970.

Se puede tener una aproximación a los cambios migratorios ocurridos con posterioridad a 1970 analizando las modificaciones en el crecimiento de la población de las zonas rurales y urbanas entre 1970 y 1982. En la zona agrícola del centro y sur del país, de donde proceden en su mayoría las emigrantes a Santiago, el despoblamiento rural continuó —con menor intensidad que antes de los setenta— y crecieron las ciudades menores. Entre 1970 y 1982, aumentaron en tamaño, de manera destacada, algunos centros urbanos menores vinculados con la fruticultura, la pesca y las actividades forestales y portuarias, así como ciudades periféricas de concentraciones urbanas mayores. Algunas ciudades mayores continuaron creciendo, pero un número considerable de las ubicadas en el centro y sur del país se estancaron (Raczynski, 1986). Como ya se dijo, mucho menos analizadas que las causas de la expulsión rural han sido las de la emigración urbana. Los estudios han vinculado la selección de Santiago como lugar de destino de la migración de origen urbano con los mismos determinantes que se mencionaron respecto de la migración interprovincial o interregional (diversificación productiva, grados de desarrollo industrial, composición sectorial del producto y del empleo, centralización, concentración de recursos y servicios, políticas gubernamentales, concentración de la inversión y del producto, dinámica de la fuerza de trabajo y del empleo, diferencias de salarios). En este sentido, desde los años cuarenta, los movimientos migratorios respondieron principalmente a los cambios en el peso económico relativo de las diferentes regiones; la intervención estatal permitió la industrialización sustitutiva de importaciones, rompiendo con la relativa homogeneidad de las distintas actividades económicas y privilegiando aquellas de localización urbana y base manufacturera. Por efectos de estas orientaciones, Santiago asumió una posición de

liderazgo que la reafirmó como el principal centro de atracción de migrantes del país. El inicio de un nuevo modelo económico que prioriza la producción de bienes transables, a contar de 1974, mantuvo la atracción migratoria del área metropolitana (Martínez, 1990; Garayar y Sánchez, 1989; Raczynski, 1986). Al menos, los determinantes macroeconómicos y la centralización han permanecido. La dinámica de las regiones en 1974-1982 fue resultado de la política económica del gobierno militar, que tuvo impactos diferenciados según las ventajas comparativas en recursos naturales y accesibilidad a los canales de exportación. En todo el país, el crecimiento del empleo fue muy bajo y se concentró en el sector terciario.<sup>19</sup> Las políticas económicas se originaron a nivel central y los agentes económicos que operaron en las regiones procedían del centro o del exterior. El debilitamiento de las actividades orientadas al mercado interno afectó a los agentes que tenían mayor base e identidad locales o regionales (Raczynski, 1986). La contribución de la Región Metropolitana al producto geográfico bruto continuó siendo creciente, con breves excepciones en las coyunturas recesivas (Raczynski, 1986; Bastías y Gálvez, 1983). Los patrones migratorios interregionales observados en 1977-1982, aunque presentaron tasas menores, propendieron a reafirmar las direcciones y las características esenciales de las tendencias observadas en el período previo a la reorientación económica de corte neoliberal. Continuó existiendo centralización en la generación y participación de los excedentes y se mantuvo la hegemonía política, social y económica del centro. El auge de algunas producciones especializadas, orientadas al mercado externo, en ciertos focos regionales no fue suficientemente significativo en la generación de empleos como para alterar sustantivamente los patrones migratorios, al menos hasta 1982 (Martínez, 1990). Se estima que la expansión del empleo temporal en la agroindustria de exportación, durante la segunda mitad de la década de los ochenta, habría tenido un impacto más importante en la retención de población rural y semi-rural de la zona central.

---

<sup>19</sup> Raczynski estima en 0.1% la tasa media anual de crecimiento del empleo en el país entre 1974 y 1982, mientras la población en edad de trabajar crecía a tasas promedio cercanas al 2.0% anual y la población económicamente activa crecía sobre el 3.0% anual promedio (Raczynski, 1986).

## 5. Determinantes específicos de la migración femenina

La especificidad de los determinantes de la migración femenina hacia Santiago ha sido poco explorada. El análisis estadístico de Raczynski y Vergara (1979) sobre la migración intercomunal en 1965-1970 señaló la presencia de estímulos diferentes para la migración femenina y la masculina; la última responde, en mayor grado, a las características de la estructura agraria, a la concentración espacial de la población en pueblos y aldeas y a la oferta de servicios en los lugares de origen; en cambio, la migración femenina responde más a las facilidades de transporte y de vías de comunicación desde los lugares de origen a los centros urbanos importantes. A su vez, las características de los lugares de origen determinan más la migración de los varones, mientras que las del lugar de destino son más determinantes de la migración femenina (Raczynski y Vergara, 1979). Las altas tasas de participación en la actividad económica de las jóvenes inmigrantes en Santiago y la preferencia por esta ciudad como lugar de destino para mujeres de origen rural, sin experiencia migratoria y de baja escolaridad, sugieren que las características del mercado de trabajo de la metrópoli son especialmente atractivas para ellas. Entre esas características cabe mencionar la terciarización de la economía, la capacidad del sector de servicios para absorber mano de obra de baja calificación y las tasas comparativamente altas de participación femenina en la fuerza de trabajo. Un aspecto significativo que debe ser considerado es la concentración de "ocupaciones femeninas" en el mercado laboral de Santiago, como el servicio doméstico y, en menor medida, el trabajo a domicilio en la manufactura.<sup>20</sup> De allí que si se aspira a prever las tendencias de la migración de mujeres a Santiago, es preciso conocer cómo evoluciona el mercado de trabajo femenino en esta ciudad. Además, el predominio de mujeres en la emigración rural, y especialmente en la corriente que se dirige a Santiago, apunta a la conveniencia de examinar brevemente los cambios de las características de inserción laboral de las mujeres rurales.

---

<sup>20</sup> En 1980, la Región Metropolitana de Santiago concentraba al 39% de la población femenina del país, pero reunía proporciones mucho mayores de la fuerza de trabajo femenina y de las mujeres activas en el servicio doméstico: 45.2% y 49.7%, respectivamente (Todaro y Gálvez, 1987).

La proporción de mujeres en la fuerza de trabajo del país parece haber sido bastante más elevada a principios de siglo, cuando vivían principalmente en zonas rurales, que en las décadas comprendidas entre 1930 y 1970; la disminución en su participación se debió a una drástica caída del empleo femenino en la agricultura desde el decenio de los treinta (Pardo, 1987). Aranda, basándose en análisis de los censos agropecuarios, señala que hasta antes de los años treinta la participación económica de mujeres en la agricultura se daba de preferencia en las categorías de inquilinos e inquilinos medieros.<sup>21</sup> La mano de obra femenina fue muy importante en la organización de la producción del sistema de haciendas; ellas amasaban pan y hacían de comer para las faenas, ordeñaban, hacían mantequilla y quesos, esquilaban, cosían sacos, trabajaban en la encierra de animales, en la avienta y barrido del trigo y en la siembra y cosecha de las chacras. Sin embargo, la participación femenina en esas categorías decreció en un 81.4% entre 1935 y 1955, y en otro 41.5% entre 1955 y 1975 (Aranda, 1982). Las mujeres fueron desplazadas desproporcionadamente respecto de los trabajadores varones en la fuerza de trabajo de las haciendas a raíz de los procesos de mecanización (Deere, 1986; Garret, 1982). Este proceso tuvo tal magnitud que la masiva migración rural-urbana ocurrida en el período 1952-1970 y la elevada participación de mujeres inmigrantes en la fuerza de trabajo urbana no fueron suficientes para compensar la caída de la participación económica de las mujeres rurales.

La introducción de maquinaria y las innovaciones tecnológicas significaron variaciones en el tipo de mano de obra contratada en la agricultura. La de tipo permanente que residía en las haciendas fue paulatinamente reemplazada por trabajadores no residentes; la mujer no residente ya no pudo hacer trabajos en la hacienda, porque esto habría significado dejar la casa y los hijos. Los varones

---

<sup>21</sup> Los inquilinos eran trabajadores agrícolas que residían dentro de la hacienda donde prestaban sus servicios; parte del pago por su trabajo consistía en el derecho a ocupar una vivienda y un pedazo de tierra para su siembra familiar; debían cumplir con determinados trabajos, pudiendo desempeñarlos directamente o con ayuda de un peón remunerado por ellos mismos. El mediero es un trabajador agrícola que se asocia con el propietario de alguna porción de tierra; este último aporta los recursos agrícolas y el mediero, su trabajo e implementos de labranza, pudiendo contratar los peones que necesite; el producto obtenido se reparte entre el dueño de la tierra y el mediero, en una proporción previamente convenida.

no residentes debían desplazarse diariamente a su trabajo en la hacienda y ya no podían enviar un peón en su lugar mientras se ocupaban de su siembra familiar, tarea que debió ser asumida por sus mujeres. De esta manera, ellas fueron desapareciendo de las categorías de inquilino e inquilino-mediero y crecieron en las de "ayudantes familiares no remunerados". Según los censos agrícolas, las trabajadoras familiares no remuneradas aumentaron de un 38.1% de la fuerza de trabajo femenina rural en 1935, al 85% en 1965 (Aranda, 1982). Así, en las zonas rurales, una parte importante de las mujeres activas dejaron de trabajar y las que permanecieron activas se vieron privadas de remuneración por su trabajo. Los procesos de reforma agraria de 1966-70 y 1971-73 no significaron cambios cualitativos en la situación de las mujeres rurales. Para participar en los asentamientos agrícolas (cooperativas de pequeños productores del sector reformado) se requería ser jefe de familia y se suponía que necesariamente éste era varón; las mujeres asalariadas agrícolas eran casi exclusivamente trabajadoras temporales. En el período 1971-1973 se ampliaron los beneficios a los trabajadores temporales y se eliminaron las restricciones para la participación de individuos según sexo y estado civil; no obstante, la actividad femenina en los centros de reforma agraria fue reducida y se limitó a labores de asistencia social (Hojman, 1989; Deere, 1986; Garret, 1982). Los procesos de reparto y colectivización de tierras beneficiaron aproximadamente a un tercio de los hogares rurales, de manera que si detuvieron en algo la emigración de mujeres fue porque algunas de ellas pertenecían a un hogar en que un trabajador varón fue favorecido por la reforma agraria (Hojman, 1989).

En los decenios anteriores a los sesenta, la emigración femenina coincidió con descensos en la participación económica de las mujeres rurales (Pardo, 1987). Entre 1952 y 1970, la fuerza de trabajo femenina rural se redujo más intensamente que la masculina; como este decrecimiento del empleo femenino rural fue de una magnitud superior a la del crecimiento de la actividad femenina urbana, el resultado fue un aumento de la proporción de inactivas en el país. Después de 1970, en cambio, la fuerza de trabajo femenina creció a un ritmo superior al de la población, pero también aumentó desproporcionadamente la desocupación entre las mujeres activas (Pardo, 1987). Este nuevo incremento implicó que, en los ochenta, la proporción de mujeres en la PEA volvió a situarse

alrededor del 30%, como parecería haberlo sido a principios de siglo. Entre la participación femenina en la actividad en el modelo agro-exportador de hace un siglo y la actual hubo un traspaso masivo de población rural al medio urbano, causado tanto por la migración como por la urbanización. Existió también un traslado del grueso de las mujeres activas de escasa calificación que participaban en faenas agrícolas a trabajadoras urbanas del servicio doméstico y de la manufactura, mientras que las mujeres con instrucción se incorporaron en los servicios sociales y comunitarios. Estas formas de inserción laboral caracterizaron la participación de mujeres en el período de sustitución de importaciones. Actualmente, el nuevo modelo de crecimiento hacia afuera ha significado mayor crecimiento de la actividad femenina rural e incorporación de mujeres urbanas en labores agrícolas, junto con un gran aumento de las activas urbanas en el sector terciario. Se hace necesario explorar el impacto de esos cambios en la migración femenina.

En la historia de la participación femenina en labores agrícolas se observa que las mujeres no han estado marginadas de ningún tipo de faenas por razones de orden cultural, pero que las casadas han visto dificultada su actividad cuando ésta ha requerido separación física del hogar. En la actualidad, el estudio de Aranda (1982) sobre la zona central revela que existen variadas formas de participación en la actividad de las mujeres rurales.<sup>22</sup> La proporción más significativa de las que tienen trabajo asalariado se encuentra en áreas de explotaciones agrícolas comerciales, especialmente en cultivos destinados a la exportación, muy intensivos en mano de obra estacional, sobre todo en la zona central del país (León, 1991a y 1991b).

El auge agroexportador, que se inició en 1976, tuvo lugar cuando el 53% de la fuerza de trabajo agropecuaria era asalariada (66% en la zona central); la actual expansión del número de asalariados temporales no ha representado una absorción de trabajadores independientes, sino de familiares no remunerados, principal-

---

<sup>22</sup> Participan en el cuidado, alimentación y aseo del ganado menor, la ordeña, la limpieza de granos secos, la deshierba de hortalizas y la cosecha de frutas. Obtienen algunos ingresos de la venta de los productos del ganado menor y aves de corral. Desarrollan otras actividades asalariadas ocasionales, confección y venta de tejidos u otros, lavado de ropa y servicio doméstico. Como asalariadas, trabajan en las lecherías y en las cosechas de productos hortícolas y frutales.

mente mujeres (León, 1991b.). Este fenómeno, que ha significado una participación importante y creciente de mujeres entre las asalariadas temporales de la agricultura, se da en forma más intensa en la zona central del país (regiones V y VI, parte de la región VIII y en la Región Metropolitana), donde los asalariados constituyen el 76% de la fuerza de trabajo agropecuaria. En las zonas agroexportadoras, la tasa de participación en la actividad de la población rural aumentó entre 1976 y 1990: la proporción de activos en la agricultura pasó del 63% al 80% y la proporción de trabajadores agrícolas de origen urbano aumentó del 26% al 40%. En contraste, en el resto del país la tasa de participación de la población rural permaneció casi estable (León, 1991b.).

Las tendencias anteriores permiten situar el éxodo rural femenino desde los años treinta a los setenta en un contexto de cambio de las condiciones de inserción de las mujeres en la actividad en el medio rural. El proceso de industrialización sustitutiva, el estancamiento y la mecanización agrícolas concomitantes y la progresiva sustitución del inquilinaje por trabajadores asalariados no residentes modificaron sus condiciones laborales, reduciéndolas a la categoría de ayuda familiar no remunerada. En la actualidad, la preferencia de los empleadores por mano de obra femenina en ciertas actividades del procesamiento de la fruta, con uso del trabajo a trato, ha abierto una nueva forma de inserción en la actividad para mujeres de zonas rurales y semi-urbanas que ya estaban reduciendo sus tasas de expulsión de población femenina desde décadas anteriores (centro del país); esas mismas prácticas pueden estar contribuyendo a una retención adicional de población de escasos recursos con pocas perspectivas de movilidad social. En las zonas de agroexportación incipiente (región VII y parte de la VIII), en que la emigración rural femenina ya estaba descendiendo y se asociaba a la importante presencia de centros urbanos y servicios escolares cercanos, el crecimiento de la actividad asalariada temporal pudo contribuir a una continua desaceleración de la emigración de las más pobres. En cambio, parte de la región VIII y las regiones IX y X, en las que no hay potencial agroexportador —salvo en la explotación forestal, que no es intensiva en mano de obra y no ocupa mujeres—, conforman la zona sur del país, en que la emigración femenina ha sido creciente desde los años cincuenta; esta zona ha mantenido hasta los ochenta las condiciones de exclusión femenina de la actividad agropecuaria y, por tanto, una parte significati-

va de los determinantes económicos para su expulsión permanece estable.<sup>23</sup> Hace veinte años, el determinante que más se asociaba con la expulsión de mujeres en la zona sur del país era el acceso —transportes y vías de comunicación— a centros urbanos importantes; como esta accesibilidad ha continuado incrementándose, puede esperarse una intensificación de la emigración desde esa zona. La Región Metropolitana de Santiago no ha sido el lugar de destino preferente de las emigrantes del sur, debido a la presencia de importantes centros urbanos más cercanos, aunque ha de señalarse que varios de ellos han perdido dinamismo en los últimos años (Raczynski, 1986).

En la década de los noventa, en condiciones de creciente escolarización femenina, de importantes cambios en la participación económica de las mujeres rurales y semi-urbanas en la zona central, cabría esperar que continuaran operando los patrones que se venían observando en la migración interregional; esto es, una paulatina disminución de la emigración de mujeres de las zonas central y centro-sur y un incremento de la misma en el sur, conjuntamente con una disminución de la intensidad de la corriente inmigratoria femenina hacia Santiago y un aumento de aquella que se dirige a centros urbanos menores. En estudios más desagregados, es probable que se observen incrementos de la migración intrarregional y de las corrientes urbano-rurales e intrarrurales, que ya eran importantes a fines de los sesenta.

Las consideraciones anteriores se refieren a la posible evolución de la migración femenina de origen rural y semi-urbana (centros poblados de menos de 20 000 habitantes, ubicados en entornos agrícolas). Sin embargo, actualmente las principales corrientes proceden de zonas urbanas y, en el caso de la femenina hacia Santiago, las características del lugar de destino son un determinante principal. Durante el período de sustitución de importaciones, la atracción de la metrópoli para mujeres jóvenes de escasa calificación se vinculaba con la relativa expansión del mercado de trabajo,

---

23 El censo de reducciones indígenas seleccionadas, llevado a cabo por CELADE, INE y la Universidad de la Frontera en la IX región en 1988, indicó la presencia de tasas de emigración femenina tan altas entre 1982 y 1988 que, de mantenerse en los niveles actuales por tiempo prolongado, llevaría a la extinción de la población indígena en las reducciones estudiadas. El análisis reveló que la emigración era selectiva, concentrándose en las mujeres adultas jóvenes (Martínez, 1990a).

las mayores tasas de participación femenina respecto del resto del país, la estructura del mercado laboral, las dimensiones del sector terciario y la demanda de mano de obra en servicios de baja calificación (específicamente “femeninos”).

## 6. Motivaciones individuales de las inmigrantes

Los determinantes de la migración femenina hacia Santiago han sido analizados a nivel micro con base en los datos de la encuesta levantada por CELADE en 1962 (Elizaga, 1970) y en algunos estudios de caso. La primera reveló que poco más del 43% de las mujeres que inmigraron a Santiago entre 1942 y 1962 eran activas en sus lugares de origen y que otro 12% buscaba trabajo por primera vez antes de emigrar. Entre las activas en el lugar de origen, el 75% habían sido trabajadoras manuales, especialmente en el servicio doméstico. Una alta proporción (56%) migró a Santiago en forma independiente, es decir solas o junto a hijos pequeños, y esta proporción fue aún mayor (66%) entre las procedentes de áreas rurales. A su vez, un 56% de las mujeres indicaron razones laborales —especialmente búsqueda de trabajo— como la motivación principal de su migración.

Las que señalaron esta razón, si eran activas en su lugar de procedencia, luego se desempeñaron, en su gran mayoría, en actividades manuales (96% de las originarias de áreas rurales, económicamente activas), y el 72% de las que trabajaron en Santiago comenzaron a hacerlo en menos de tres meses. Un 80% de las activas con menos de 4 años de estudio empezaron a trabajar en el servicio doméstico y más de un 70% del total se integraron como trabajadoras manuales. El 73% de las inmigrantes en ocupaciones manuales en el lugar de destino comenzaron como domésticas, proporción que se eleva al 83% para las jóvenes de 15 a 24 años. Nueve de cada diez mujeres que fueron trabajadoras manuales al llegar, seguían siendo manuales en la fecha de la encuesta y la proporción de domésticas entre las activas no se había alterado (Elizaga, 1970; Cuadro III.7).

De acuerdo con las muestras de los Censos de Población de 1970 y 1982 para la Región Metropolitana de Santiago, la proporción de trabajadoras domésticas entre las inmigrantes recientes

activas era del 63.5% y del 59.6%, respectivamente (Cuadro III.8). Los resultados de la encuesta de 1962 y los censos posteriores pusieron en evidencia que la migración femenina es preponderantemente un movimiento independiente de mujeres jóvenes, fuertemente motivadas por la búsqueda de empleo, y que la ocupación

Cuadro III.7

**TIPO DE OCUPACION DE LAS MUJERES ACTIVAS INMIGRANTES AL GRAN SANTIAGO EN TRES MOMENTOS: ANTES DE MIGRAR, AL LLEGAR A SANTIAGO Y EN EL MOMENTO DE LA ENCUESTA (1962)**

Tipo de ocupación	Antes de migrar	Al llegar	En 1962
No manuales	27.1	26.6	25.0
Manuales Servicio doméstico	43.1	53.4	52.8
Otros manuales	29.8	20.0	22.2
TOTAL	100.0	100.0	100.0

Fuente : Elizaga (1970), p. 116-117.

Cuadro III.8

**PROPORCION DE TRABAJADORAS DEL SERVICIO DOMESTICO ENTRE LAS MUJERES ACTIVAS DE SANTIAGO EN 1970 Y 1982, POR CONDICION MIGRATORIA <sup>a</sup>**

Condición migratoria	1970	1982
Inmigrantes recientes	63.5	59.6
No inmigrantes	25.2	26.3

Fuente: CELADE, s/f., Muestras de los Censos de Población de 1970 y 1982.

<sup>a</sup> Para 1970 la información corresponde a la Provincia de Santiago. Para 1982 se refiere a la Región Metropolitana de Santiago.

preferente de las inmigrantes sin educación superior ha sido, hasta comienzos de los ochenta, el servicio doméstico. A fines de los setenta, se llevaron a cabo algunos estudios de caso sobre expectativas migratorias entre jóvenes de 15 a 22 años, hijos de trabajadores agrícolas en zonas rurales de pequeños propietarios, cercanas a Santiago y provincias del centro del país (Jünemann, 1979). Estas investigaciones revelaron importantes diferencias de expectativas según sexo: mientras que menos de la mitad de los jóvenes consideraban a las ciudades como lugares laborales atractivos, esa condición era identificada por casi el 80% de las jóvenes (en especial Santiago); a su vez, el lugar de residencia actual, apenas un 7% de las últimas trabajaban; en cambio, más del 85% de los varones eran económicamente activos; la principal opción laboral femenina era el servicio doméstico, los jóvenes se dedicaban a las actividades agrícolas casi en su totalidad; un 51% de los jóvenes aspiraba a trabajar en el futuro y un 35% deseaba estudiar una carrera corta vinculada con tecnología agrícola, mientras apenas el 20% de las jóvenes querían trabajar, un 38% tenía la expectativa de estudiar en la universidad —en su mayoría como parvularia, pedagoga o asistente social— y el resto deseaba capacitarse, estudiando cursos breves, en modas o peluquería. De los hombres que aspiraban a trabajar, casi el 70% quería hacerlo en el lugar de origen y en la agricultura; de las pocas jóvenes que querían trabajar, la mitad deseaba hacerlo en el lugar de origen y, aunque su opción real era el servicio doméstico, éste era muy rechazado como expectativa (Jünemann, 1979). Tales actitudes estaban fuertemente apoyadas por los padres de los entrevistados, que presionaban de diversas maneras a los hijos varones para que abandonaran los estudios y trabajaran desde los 15 años, mientras las hijas eran alentadas a continuar sus estudios, aun fuera de la localidad.

En otro estudio efectuado por Jünemann (1979), en la zona rural de la Región Metropolitana, más del 50% de los hermanos y hermanas de los entrevistados habían emigrado del lugar de origen.<sup>24</sup> El 58% de los emigrados eran mujeres que se habían dirigido en un 79% de los casos a Santiago, mientras que apenas un tercio de los varones lo había hecho a este lugar. Más del 80% de las

---

<sup>24</sup> Análogamente, en la zona de Putaendo, Aranda encontró que cerca de un 60% de los hijos de campesinos entrevistados y cerca de un tercio de los hijos de obreros agrícolas habían emigrado (Aranda, 1982).

hermanas emigradas trabajaban, el 75% de ellas en el servicio doméstico y el resto como modistas o empleadas en servicios. En entrevistas levantadas en O'Higgins y Colchagua, la proporción de emigrantes a la capital fue mucho menor (alrededor del 30%), pero de ellas más de la mitad trabajaban y el 75% de las activas lo hacía en el servicio doméstico. Más de un 60% de los emigrantes de ambas zonas eran hijos de campesinos minifundistas y los demás, de trabajadores agrícolas sin tierra.

Otra encuesta llevada a cabo a fines de los setenta en el área de Putaendo, en la que se entrevistó a mujeres incorporadas al trabajo asalariado de la fruticultura (en "packings" y predios agrícolas), mostró interesantes diferencias entre las trabajadoras con hijos y las solteras. Mientras las primeras expresaron que trabajaban por necesidad, que si pudieran elegir preferirían cuidar a sus hijos, por lo que consideraban el trabajo pagado como una carga difícil que les gustaría evitar, las solteras manifestaron que les agradaba trabajar, señalando como motivación principal la de ampliar su círculo de relaciones humanas y tener independencia y, en segundo lugar, la necesidad económica de ayudar en su hogar. En cuanto a sus apreciaciones y preferencias, lo que más disgustaba a las madres era el trabajo en el campo por ser más pesado, y lo que preferían era estar en el hogar con sus hijos. Las solteras elegían ser secretarías o continuar en los "packings", pero con trabajo estable todo el año, y entre lo que menos les gustaba mencionaron ser sirvientas domésticas o trabajar en el campo (Aranda, 1982). Franco, Llona y Arriagada (1978), señalan que las diversas formas de actividad económica de la mujer en la agricultura (especialmente el trabajo familiar no remunerado) son percibidas de modo negativo, considerándolas sacrificadas, duras, sin comodidades, poco gratificantes y más pesadas que los trabajos urbanos.

De los estudios de caso se desprende que, además de los cambios estructurales que desplazaron mano de obra femenina de la agricultura entre los treinta y los setenta, la emigración hacia zonas urbanas ha significado una forma de movilidad social para las jóvenes rurales y ha estado fuertemente vinculada con intenciones de participación en la actividad económica. Se ha elegido la inserción laboral en el contexto urbano tanto por la falta de empleos femeninos en ciertos contextos rurales como por la preferencia por las actividades no agrícolas. Junto con la importante motivación laboral para migrar, han existido otros factores; éstos se vinculan

con las características de la familia de origen, la edad y posición en la familia, las aspiraciones de continuar los estudios, las expectativas matrimoniales y las posibilidades de acceder a una vivienda propia. Un análisis cualitativo sobre migrantes rurales que han hecho su vida en Santiago confirma la pobreza y el exceso de mano de obra como determinantes de expulsión en la agricultura tradicional, así como el acceso relativamente expedito —vía relaciones primarias— al empleo urbano estable para los inmigrantes de décadas pasadas. Además, ilustra sobre la importancia de las estrategias matrimoniales entre los microdeterminantes de la migración femenina hacia Santiago y la aspiración a una vivienda propia como una fuerte motivación (Fernández, 1983). Otra encuesta que se llevó a cabo en 1986 entre trabajadoras del servicio doméstico resaltó también la significación de los factores familiares, la búsqueda de independencia a través de la emigración femenina y la posesión de una vivienda como factores de arraigo o expectativas de atracción (Hojman, 1989).

Llama la atención la fuerte motivación de las jóvenes por trabajar o estudiar en un contexto donde la mayor parte de las mujeres casadas no eran económicamente activas (o al menos no eran reconocidas como tales) entre los años treinta y los sesenta. Elton señala, para otras áreas de América Latina, el cambio de estado civil como motivación subyacente a la emigración de mujeres jóvenes de zonas rurales. La presión familiar para que no migraran era débil, pues ante la posibilidad de que se casaran con un obrero agrícola sin tierra, la emigración, con el fin de trabajar en el servicio doméstico, abría opciones de contraer matrimonio con miembros del proletariado urbano, cuyos ingresos eran mayores y más estables (Elton, 1978). Al examinar los determinantes a nivel micro de las migraciones internas en América Latina, Ebanks señala que son los más jóvenes, con mayor escolaridad, con mayor deseo de independencia y con menos ataduras emocionales en el lugar de origen, los más propensos a emigrar (Ebanks, 1991).

En conjunto, los indicadores sobre determinantes a nivel macro y micro de la emigración de mujeres jóvenes desde las zonas rurales y semi—rurales —que son las que se dirigen preferentemente a Santiago— coinciden en la insuficiencia de opciones laborales y de movilidad social existentes para ellas en los lugares de origen. Las oportunidades de trabajo femenino remunerado en la agricultura que existían a comienzos del siglo —aunque duras y

escasas— fueron reemplazadas por trabajo familiar no remunerado durante los procesos de mecanización, industrialización y sustitución del inquilinaje, siendo la gran fuerza impulsadora del éxodo rural femenino de las zonas central y sur del país desde los años cuarenta a los setenta, ya que no sólo empeoraron las condiciones de trabajo, sino que las mujeres dejaron de percibir remuneraciones, con consecuencias negativas incluso para su situación intrafamiliar. Paralelamente, cambiaron las condiciones culturales debido a la extensiva escolarización y urbanización del país.

La segunda conclusión importante de los estudios sobre determinantes a nivel micro es la presencia de una fuerte motivación en las jóvenes por trabajar en el medio urbano, muy vinculada con los cambios en la visión del mundo derivados de la mayor escolaridad de las jóvenes rurales y semi-rurales y de la influencia de los medios de comunicación. Aunque existe también un incentivo muy importante para continuar estudios en el medio urbano, las elevadas tasas de participación económica de las adolescentes y jóvenes inmigrantes y su inserción, en la mayoría de los casos, en el servicio doméstico metropolitano permiten pensar que las que migran para adquirir educación superior son una minoría. La opción del servicio doméstico "puertas adentro", aunque siguió siendo la principal para las inmigrantes pobres de comienzos de los ochenta, aparece rechazada en términos de expectativas por las jóvenes entrevistadas en estudios de caso más recientes.

Queda planteada la interrogante sobre la forma en que se han modificado estos determinantes de la migración femenina a causa, por un lado, del aumento de la pobreza y la precarización del empleo urbanos durante los ochenta y, por otro, de la expansión de ciertos mercados de trabajo regionales, en especial los vinculados a la agroindustria de exportación que demanda gran cantidad de empleo temporal femenino.

#### **IV. LA PARTICIPACION DE LAS MUJERES DE SANTIAGO EN LA ACTIVIDAD ECONOMICA ENTRE 1952 Y 1990**

##### **1. El crecimiento de la fuerza de trabajo y la absorción ocupacional**

En los últimos cuarenta años, alrededor de un tercio de las mujeres en edad de trabajar de la metrópoli ha intervenido en la actividad económica; sin embargo, la tasa de participación no ha sido constante entre 1952 y 1990. Las cifras censales indican que la inserción femenina en la economía era más alta en 1952 que en las dos décadas siguientes, alcanzando su punto más bajo en 1970; luego se recuperó ligeramente en 1982. En 1990, los datos de la encuesta de hogares (PIEH) indican una cifra superior a la de 1952.

A diferencia de otros países de América Latina, los procesos de industrialización, urbanización y modernización en Chile, —que lograron un ritmo muy intenso entre 1950 y 1970—, no fueron acompañados de un progresivo incremento de la participación femenina. En cambio, la transformación económica iniciada a mediados de la década de los setenta significó un aumento en la inserción laboral de las mujeres (Cuadro IV.1).

A partir de 1950, la escolarización de las mujeres del país se expandió considerablemente, adquiriendo primacía los valores propios de la vida urbana. Entre 1950 y 1970, la estructura del empleo urbano se caracterizaba por el predominio de los sectores secundario y terciario, cierto dinamismo en el crecimiento de la población activa masculina y movilidad de la mano de obra. Hubo aumento de los estratos de obreros manuales calificados y de las ocupaciones no manuales (PREALC, 1990; CEPAL, 1989a y 1990; INE, Censos de Población y Vivienda de 1952, 1960 y 1970). Estos cambios, en lugar de propiciar una creciente inserción de mujeres en el trabajo remunerado, fueron acompañados de una disminución re-

lativa durante parte del período. En los años cincuenta, la participación femenina se daba principalmente en actividades de bajo prestigio y escasa remuneración (servicio doméstico y trabajo industrial asalariado y por cuenta propia), pero las dinámicas de escolarización, urbanización y crecimiento industrial disminuyeron la participación de mujeres de escasos recursos como consecuencia de la movilidad social de los sectores de bajos ingresos, el escaso aumento del empleo y el ingreso masivo de las mujeres jóvenes a la educación secundaria.

Los cambios en el mercado de trabajo, derivados de las políticas de ajuste y del proceso de reorientación de la economía, afectaron en sentido inverso la inserción laboral femenina. Estas transformaciones, que generaron inicialmente una desindustrialización,

Cuadro IV.1  
INDICADORES DE LA PARTICIPACION FEMENINA EN LA ACTIVIDAD ECONOMICA DE SANTIAGO (1960, 1970, 1982, 1990) <sup>a</sup>

Indicadores	1952	1960	1970	1982	1990
Tasa de participación <sup>b</sup>	33.2	28.1	25.2	28.6	35.2
Proporción de mujeres en la PEA Total	31.5	30.8	29.4	31.1	35.9
	1952-1960	1960-1970	1970-1982	1982-1990	
Tasa de crecimiento de la PEA femenina	1.5	1.8	3.4	4.9	

*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, Resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a la Provincia de Santiago; los de 1982 y 1990 corresponden a la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>b</sup> Tasa refinada de participación (razón entre mujeres económicamente activas y el total de las mujeres en edad de trabajar). Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a mujeres de 12 años y más, en 1982 y 1990 aluden a mujeres de 15 años y más.

significaron un prolongado período de elevadas tasas de desocupación, cambios en la composición del desempleo (menos jóvenes y mujeres y más jefes de familia varones), aumento del subempleo, reducción de los salarios y terciarización, informalización y precarización del mercado laboral (Díaz, 1991, García, 1991; Pollack y Villarreal, 1991; PREALC, 1990).<sup>25</sup>

Mientras en el conjunto de la región latinoamericana cambios similares ocurrieron entre 1980 y 1990, en Chile se iniciaron hacia 1975, se intensificaron a comienzos de los ochenta y modificaron su carácter desde 1984 en adelante. Se establecieron, como rasgos sistémicos y estructurales, el carácter precario de una parte del empleo en el sector moderno y los bajos salarios en los sectores no integrados a generar o apoyar la producción de bienes transables (Díaz, 1991; García, 1991). Las transformaciones en el mercado de trabajo urbano trajeron aparejados un aumento de la inserción en la actividad de las mujeres metropolitanas, primero en el sector terciario y después, una vez iniciada la etapa de consolidación del nuevo modelo económico, también en los sectores de producción de bienes. El volumen de mujeres activas, que hasta 1970 había crecido a tasas promedio anuales inferiores a 2%, desde la década de los setenta ha aumentado a tasas medias superiores a 3%, (Cuadro IV.1)

Estas tendencias se ilustran mejor al analizar los cambios en las tasas específicas de participación femenina (Cuadro IV.2). Desde 1952 en adelante, las menores de 20 años disminuyeron notablemente su participación en la economía. Este cambio se atribuye al incremento en la escolarización de mujeres jóvenes, entre los 15 y 19 años y, a veces, entre los 20 y 24 años que, en vez de trabajar, estudian (Arriagada, 1987). Este último grupo de edades era el que registraba la tasa de participación más alta en los años cincuenta, por tratarse en su mayor parte de mujeres solteras. A partir de los 25 años, la participación económica decrecía progresivamente, coincidiendo con la etapa en que las mujeres iniciaban la formación de familias. La disminución en la inserción laboral de mujeres jóvenes, al no estar contrarrestada por aumentos en otros grupos de edades, determinó el descenso de la tasa global de participación en los años sesenta y setenta. Desde 1980 en adelante, se observó

---

<sup>25</sup> La precarización del empleo se refiere al aumento proporcional del empleo ocasional, a tiempo parcial y exento de beneficios previsionales.

un incremento notable en la actividad laboral de mujeres mayores de 25 años, especialmente de quienes tenían hasta 44 años. Este aumento incidió en el crecimiento de la tasa global de participación en el último decenio.

La mayor inserción laboral de mujeres de 25 años o más aparece vinculada con una más intensa participación de mujeres casadas en la actividad económica. Además, es probable que el descenso de las tasas de fecundidad, observado desde los años sesenta,

Cuadro IV.2  
TASAS ESPECIFICAS DE PARTICIPACION FEMENINA EN LA  
ACTIVIDAD ECONOMICA EN SANTIAGO,  
POR GRUPOS DE EDADES  
(1952, 1960, 1970, 1982, 1990) <sup>a b</sup>

Grupos de edades	1952	1960	1970	1982	1990
12 a 14	6.0	4.2	2.3	–	–
15 a 19	36.5	30.2	20.4	15.0	11.9
20 a 24	45.4	43.2	39.1	40.1	42.7
25 a 29	40.5	37.3	36.5	42.5	47.2
30 a 34	37.3	32.3	32.5	38.5	44.8
35 a 39	36.5	31.1	31.8	37.5	46.8
40 a 44	35.9	30.7	30.1	36.4	48.9
45 a 64	28.6	27.4	22.7	24.9	33.9
65 y más	13.4	8.8	7.5	5.5	5.9

*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, Resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Tasas específicas (razón entre mujeres activas de la edad x y el total de mujeres de la edad x).

<sup>b</sup> Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a la Provincia de Santiago, los de 1982 y 1990 corresponden a la Región Metropolitana de Santiago.

haya contribuido a reducir una de las restricciones para el trabajo de las mujeres casadas y de edades superiores a los 25 años. Al analizar la composición de las mujeres activas por estado civil, se encuentra una transformación sustantiva en el período estudiado. En 1960, más del 60% de las mujeres activas eran solteras, proporción que descendió al 50% en 1982 y apenas al 40% en 1990 (Cuadro IV.3). Las mujeres recién integradas a la actividad son, en su mayoría, no solteras y tienen principalmente entre 25 y 44 años. Por lo común son mujeres casadas, unidas, separadas o viudas en edad reproductiva, de manera que aunque en 1952 y 1990 la tasa de participación femenina sea semejante (33.2% y 35.2%), su composición según estado civil y edad es muy diversa.

Sin embargo, los determinantes de la inserción o retiro de diversos grupos de mujeres de la actividad económica no han sido homogéneos. Son conocidas las dificultades que enfrentan las mujeres de escasos recursos de Santiago para poder trabajar. Por una parte, su baja escolaridad únicamente les permite recurrir a empleos de poco prestigio y escasa remuneración. Además, ellas desempeñan solas las tareas domésticas en sus hogares y, en atención a los bajos ingresos familiares, la cantidad de servicios que deben

Cuadro IV.3  
DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES ECONOMICAMENTE  
ACTIVAS DE SANTIAGO, POR ESTADO CIVIL <sup>a</sup>  
(1960, 1970, 1982, 1990)

Estado civil	1960	1970	1982	1990
Solteras	61.6	54.6	50.4	40.2
No solteras <sup>b</sup>	38.4	45.4	49.6	59.8
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0

*Fuente:* De 1960 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, Resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> En 1960 y 1970 los datos se refieren a la Provincia de Santiago, los de 1982 y 1990 corresponden a la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>b</sup> Casadas, convivientes, viudas, divorciadas (anuladas), separadas.

producir en el hogar y el número de horas empleadas para ello es muy alto. El balance entre lo que ganarían en un trabajo de baja remuneración y el costo de los servicios que dejarían de producir en el hogar desalienta a muchas de las más pobres en la búsqueda de trabajo. Por otra parte, estas mujeres no pueden contratar servicio doméstico y en Santiago no existen suficientes servicios alternativos que permitan resolver socialmente la atención de los niños pequeños por jornadas de ocho horas o más.<sup>26</sup> En los sectores de extrema pobreza, la cooperación y ayuda entre familiares y vecinos son significativas y en ocasiones juegan un rol imprescindible para la sobrevivencia. En estos casos, se vive en un contexto de extrema inseguridad y acentuada dependencia de otros (Raczynski y Serrano, 1985).

Desde el punto de vista de la demanda, son también las mujeres de escasos recursos las que ven dificultado su acceso al empleo. Las cifras de la Encuesta de Empleo y Desempleo (Cuadro IV.9), analizadas por Cáceres (1980) y Rosales (1979), y las de la Encuesta de Empleo del INE, citadas por Pollack y Villarreal (1991), coinciden en mostrar sistemáticamente tasas de desempleo mucho mayores entre las mujeres de escasos recursos, desde 1957 hasta 1984. Como en Santiago los sectores de ingresos bajos y medio-bajos son ampliamente mayoritarios, los obstáculos que dificultan la participación laboral de las mujeres de estos grupos son un elemento determinante de la baja participación global femenina en la economía.<sup>27</sup> De esta manera, la estructura social, conjuntamente con la cultura patriarcal, aparece coartando las posibilidades futuras de acceso igualitario de mujeres al empleo y a las oportunidades económicas. Las barreras culturales que asignan a las mujeres la ex-

---

26 En 1976, el total de jardines infantiles del país (públicos y privados, gratuitos y pagados) atendieron al 12.3% de los niños en edad preescolar (Fischer *et al.*, 1978). Un estudio cualitativo realizado en 1983 en hogares con jefes desocupados reveló que la mayor parte de las mujeres no tenían un acceso regular a servicios sociales que resolvieran el cuidado de los hijos para que ellas pudieran trabajar. En los hogares entrevistados, el 21% de los niños menores de 6 años asistía a un jardín infantil (Raczynski y Serrano, 1985, p.277).

27 Según estimaciones de la CEPAL, la población chilena que vivía en la pobreza aumentó del 20% al 44.4% (de 1 millón 777 mil personas a 5 millones 493 mil) de la población nacional entre 1970 y 1987, creciendo a una tasa promedio anual del 6.0% (CEPAL, 1990).

clusividad de las tareas domésticas son fácilmente superables por aquellas pertenecientes a los grupos de altos ingresos, pero son virtualmente insalvables para las de escasos recursos. La distribución desigual de condiciones de vida y de opciones, derivada de la estructura socioeconómica y de dominación de la sociedad chilena, define una gran heterogeneidad en la participación laboral femenina. Esta disparidad puede ser observada a partir de dos indicadores: las diferencias en la participación según escolaridad de las mujeres y según estratos de ingreso de los hogares.

En el período analizado (1952-1990), la participación económica de mujeres con elevados niveles de escolaridad ha sido notablemente mayor que aquella con bajo grado de educación (Cuadros IV.4 y IV.5). El aumento en el número de mujeres que han realizado estudios técnicos o universitarios y, sobre todo, de las que han completado la enseñanza media, ha influido en la inserción laboral progresivamente mayor de mujeres de más de 25

Cuadro IV.4

TASA DE PARTICIPACION FEMENINA EN LA ACTIVIDAD ECONOMICA  
DE SANTIAGO, POR NIVELES DE ESCOLARIDAD  
(1960, 1970, 1982, 1990)

Nivel de escolaridad	1960 <sup>a</sup>	1970 <sup>b</sup>	1982 <sup>c</sup>	1990 <sup>c</sup>
Sin instrucción	23.21	9.21	7.8	7.4
1 a 6 años	25.8	22.2	22.8	17.6
7 a 12 años	26.4	26.9	29.2	30.5
13 o más años	49.4	48.0	57.1	52.0

*Fuente:* De 1960 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, Resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Mujeres de 10 años y más de la Provincia de Santiago.

<sup>b</sup> Mujeres de 12 años y más de la Provincia de Santiago.

<sup>c</sup> Mujeres de 15 años y más de la Región Metropolitana de Santiago.

años.<sup>28</sup> Además de sus altas tasas de participación, y de haber incrementado su volumen por una elevación general de los niveles de escolaridad, probablemente la proporción de mujeres con estudios secundarios y postsecundarios entre las activas aumentó en las últimas décadas debido a que al disminuir los ingresos en los hogares de sectores medios muchas debieron ingresar al mercado de trabajo (García, 1991; Pollack y Villarreal, 1991; PREALC, 1990).

Cuadro IV.5  
DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES ECONOMICAMENTE  
ACTIVAS DEL PAIS, POR NIVELES DE ESCOLARIDAD  
(1960, 1970, 1980, 1990)

Años de estudio aprobados	1960	1970	1980	1990
0 a 3	30.6	16.8	11.3	7.6
4 a 6	35.1	29.4	23.9	17.9
7 a 9	12.6	13.3	17.8	12.3
10 y más	15.2	33.8	44.3	62.2
No especificado	6.5	6.7	2.7	-
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0

*Fuente:* De 1960 a 1970: INE, Censos de Población y Vivienda. 1980: Todaro y Gálvez, 1987, p.93 (basadas en cifras del INE). 1990: INE, Resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>28</sup> De acuerdo con cifras censales, entre 1970 y 1982, la proporción de mujeres de 15 años y más con más de diez años de estudio aprobados aumentó del 21.6 al 29.9% (Censos de Población y Vivienda de 1970 y 1982). A su vez, entre 1960 y 1982, las mujeres activas residentes en áreas urbanas del país con uno a seis años de instrucción secundaria crecieron del 26.5% al 46.9% y aquellas con instrucción post-secundaria aumentaron del 2.3 al 11.5% (Díaz y Hala, 1988). Las mujeres económicamente activas de Santiago con menos de 4 años de estudio disminuyeron de 31% a 8% entre 1960 y 1990, y aquellas con 10 o más años de estudio aumentaron del 15 al 62% en el mismo período (Cuadro IV.7).

Al analizar las diferencias en la participación económica de las mujeres según estratos de ingreso de sus hogares, surge la misma tendencia. Dos estudios basados en los resultados de la Encuesta de Empleo y Desempleo en el Gran Santiago entre 1957 y 1978 documentan una tasa de participación promedio del 40% entre mujeres de 20 a 45 años. No obstante, observan que entre las mujeres del estrato de más altos ingresos, la participación supera al 60% en algunos grupos de edades (acercándose a las tasas masculinas) y en los de más bajos ingresos fluctúa alrededor del 25% (Cáceres, 1980; Rosales, 1979). Las mujeres de hogares de altos ingresos, además de acceder a estudios de nivel superior, se encuentran en condiciones de contratar servicio doméstico para las tareas del hogar, lo que les ha permitido tener tasas muy altas de participación.<sup>29</sup> Las mujeres de los estratos medio-bajo y bajo son las que tuvieron menor acceso al empleo remunerado entre 1957 y 1977 (Cuadro IV.6).

La participación de las mujeres de distintos grupos sociales ha sido sensible a las fluctuaciones económicas. Las variaciones coyunturales se encuentran documentadas en los dos estudios mencionados anteriormente (Cáceres, 1980; Rosales, 1979). Las tasas de participación femenina no fueron homogéneas en el período, observándose un comportamiento diferenciado por estratos frente a circunstancias económicas recesivas<sup>30</sup> (Cuadro IV.6). Las mujeres de estratos de ingreso bajo y medio-bajo han tenido un comportamiento contra-cíclico, incrementando su participación en el mercado de trabajo en los períodos en que aumentó el desempleo y disminuyéndola nuevamente en los de recuperación económica. En cambio, las de los estratos alto y medio-alto reaccionaron disminuyendo su actividad en las coyunturas recesivas e incrementándola en períodos prósperos (Cáceres, 1980; Rosales, 1979). Otro análisis indica la misma tendencia para los períodos 1980-1984 y 1984-1987 (Pollack, 1990). Entre 1980-1984, cuando la economía chilena expe-

---

29 El 66% de las trabajadoras domésticas "puertas adentro" de la Región Metropolitana de Santiago en 1990 trabajaban en hogares cuyo jefe de familia era profesional o directivo y un 17% en hogares de oficinistas. El 88% desempeñaba sus servicios en hogares en que había más de un miembro activo (INE, Encuesta de Empleo del Programa Integrado de Encuestas en Hogares, resultados para el cuarto trimestre de 1990).

30 Los autores caracterizan estas coyunturas, entre otros elementos, por una contracción de los salarios reales y un aumento en el desempleo.

rimentó una profunda recesión, la participación de mujeres jefas de hogar y cónyuges en hogares indigentes aumentó bruscamente, mientras que en los demás sectores pobres y en los sectores medios las cónyuges experimentaron sólo un ligero incremento en su participación. En la fase de recuperación de 1984-1987, la participación de jefas de familia y cónyuges de hogares indigentes se redujo en forma notable, mientras que aumentó considerablemente la de las cónyuges de los demás hogares pobres y las de hogares no pobres, especialmente de estas últimas (Pollack y Villarreal, 1991; Pollack, 1990).

Cuadro IV.6  
**TASAS DE PARTICIPACION DE MUJERES NO JEFES DE FAMILIA  
 DE 20 AÑOS Y MAS EN EL GRAN SANTIAGO,  
 SEGUN ESTRATO DE INGRESOS  
 (1957-1978)**

Años	Estratos de ingreso <sup>a</sup>			
	Bajo	Medio-bajo	Medio-alto	Alto
1957-58	24.24	25.19	35.81	49.54
1959-61	22.83	25.42	33.68	50.17
1962-64	19.28	21.65	34.20	50.88
1965-67	19.81	22.53	34.42	51.82
1968-70	21.18	25.05	36.09	50.94
1971-73	20.35	25.40	37.53	51.24
1974-76	22.00	25.65	34.15	44.90
1977-78	20.24	25.43	37.66	51.37
Promedio	21.03	24.47	35.32	50.09

*Fuente:* Encuesta de Empleo y Desempleo en el Gran Santiago, de la Universidad de Chile. (Cáceres, 1980).

<sup>a</sup> Para calcular los estratos se distribuyeron los hogares según deciles de ingreso, agrupando en el estrato bajo a los dos deciles inferiores, en el medio-bajo a los tres siguientes, en el medio-alto a los tres deciles posteriores y en el alto los dos deciles superiores (Cáceres, 1980).

Los elementos que permiten explicar estas distintas reacciones a las coyunturas económicas son las diferencias en los determinantes y obstáculos para la participación femenina entre mujeres de distintos grupos socioeconómicos. Para las de bajos ingresos, las expectativas de salario y prestigio ocupacional son siempre escasas y las necesidades de producción de servicios en el hogar y cuidado de los hijos son más significativas (Arriagada, 1987). Esto hace que el costo de oportunidad de marginarse del mercado de trabajo sea muy pequeño, motivando su inserción únicamente en circunstancias familiares críticas (desempleo del jefe de familia, reducción drástica de los ingresos familiares). Otro rasgo diferencial de la participación de la mujer según estratos sociales está dado por la magnitud del desempleo femenino. Aunque éste descendió en la etapa de consolidación del modelo, siguió mostrando niveles superiores a los del período previo al ajuste (Cuadro IV.7 y IV.8). El desempleo es un problema que afecta mucho más a las mujeres de bajos ingresos (Cuadro IV.9).

La adopción del modelo económico neoliberal en Chile estuvo acompañada, en su primera década, por un aumento sin precedentes de las tasas de desempleo en el mercado de trabajo de la Región Metropolitana de Santiago. A este fenómeno, unido a la contracción de los salarios, se ha atribuido gran parte del actual comportamiento del mercado laboral femenino. Sin embargo, en los últimos años, las tasas de desempleo han tendido a disminuir mientras que ciertos cambios en el mercado de trabajo femenino se han hecho evidentes. Entre los rasgos que caracterizan este mercado después de 1982 se encuentran una tasa mayor de participación y una tasa de desempleo algo superior a los niveles históricos, concentrada en los sectores de bajos ingresos. En las secciones siguientes se analizarán las modificaciones en las condiciones de contratación y en la distribución sectorial y ocupacional.

La nueva orientación de la economía produjo hondas transformaciones en el mercado de trabajo de Santiago, originando un cambio cualitativo en su composición por género, en el modelo de reproducción de la fuerza de trabajo —que cada vez depende menos de la remuneración del empleador y de los apoyos sociales del Estado, y más de los esfuerzos conjuntos de varios miembros del hogar para generar entre todos el ingreso familiar— y en las características de la inserción laboral femenina.

En los años ochenta, cerca de un 20% de las mujeres en la fuerza de trabajo eran jefas de hogar y, en 1990, un 61% vivían en hogares con más de un trabajador (Gálvez, 1989; INE, Encuesta de Empleo del PIEH, resultados del cuarto trimestre de 1990). En 1985, la mitad de los buscadores de empleo eran mujeres (Gálvez, 1987);

Cuadro IV.7  
TASAS DE DESEMPLEO FEMENINO EN SANTIAGO  
(1952, 1960, 1970, 1982)

1952 <sup>a</sup>	1960 <sup>a</sup>	1970 <sup>a</sup>	1982 <sup>b</sup>
3.3	5.3	3.2	18.6

*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, Resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Mujeres de 12 años y más de la Provincia de Santiago.

<sup>b</sup> Mujeres de 15 años y más de la Región Metropolitana de Santiago.

Cuadro IV.8  
TASAS ANUALES MEDIAS DE DESEMPLEO EN SANTIAGO  
DE 1970 A 1990<sup>a b</sup>

Año										
1970	1980	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1990
4.1	11.7	9.0	20.0	19.0	18.5	17.0	13.1	11.9	10.2	7.4

*Fuente:* De 1970 a 1988: Datos de encuestas de hogares, CEPAL (1990); Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe, ed.1989. 1990: INE, Resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> De 1970 a julio de 1983: Gran Santiago; de octubre de 1983 a 1990: Región Metropolitana de Santiago.

<sup>b</sup> Desde octubre de 1985 las cifras no son estrictamente comparables por un cambio en el diseño y tamaño de la muestra de la Encuesta Nacional de Empleo del Instituto Nacional de Estadística de Chile.

Cuadro IV.9  
**TASAS DE DESEMPLEO DE MUJERES ACTIVAS QUE NO SON JEFES  
 DE FAMILIA EN EL GRAN SANTIAGO, SEGUN ESTRATOS  
 DE INGRESO DE SUS HOGARES  
 (1957-1978)**

Años	Estratos de ingreso <sup>a</sup>			
	Bajo	Medio- bajo	Medio- alto	Alto
1957-58	15.3	8.3	5.1	2.1
1959-61	16.3	10.3	5.1	2.4
1962-64	10.1	7.7	3.2	2.0
1965-67	15.9	8.8	4.8	1.8
1968-70	17.4	10.5	7.3	2.1
1971-73	9.7	6.1	4.3	1.9
1974-76	40.2	25.3	13.0	4.9
1977-78	34.8	21.8	9.4	3.5
Promedio	20.0	12.4	6.5	2.5

*Fuente:* Encuesta de Empleo y Desempleo en el Gran Santiago, de la Universidad de Chile. (Cáceres, 1980).

<sup>a</sup> Véase el Cuadro IV.5

cerca de un 45% de las trabajadoras de Santiago en 1990 pertenecían a familias con tres activos o más (INE, Encuesta de Empleo del PIEH, resultados del cuarto trimestre de 1990). Las cifras antes citadas indican que el patrón de familia con jefe varón activo, cónyuge en el hogar e hijos en la escuela se está haciendo cada vez menos frecuente en la sociedad santiaguina.

En síntesis, al iniciarse el decenio de los noventa, el mercado laboral femenino de la Región Metropolitana de Santiago está compuesto en su mayor parte por dos grupos de mujeres. Uno, de estratos medios y altos, con niveles relativamente elevados de es-

colaridad, que en una importante proporción ha participado en la actividad económica desde largo tiempo atrás. Este grupo se ha incrementado por factores vinculados con la oferta y la demanda de trabajadoras de tales características. Desde el punto de vista de la oferta, influye el aumento de mujeres con instrucción secundaria y postsecundaria y el crecimiento de hogares de sectores medios que requieren más de un miembro activo como respuesta a la disminución en los ingresos y a cambios en las pautas de consumo. Desde el punto de vista de la demanda, más adelante se analizará el efecto de la transformación económica en la expansión de ciertas actividades en que se contrata preferentemente a mujeres instruidas (secretarías de establecimientos financieros y de servicios a empresas, dependientes del comercio al detalle), y en otras actividades —que se han ido privatizando— que contratan gran cantidad de mujeres con educación post-secundaria (servicios de salud y enseñanza).

El segundo grupo del mercado laboral femenino de la Región Metropolitana de Santiago lo integran mujeres casadas o separadas de sectores de bajos ingresos, que se han incorporado en los últimos años a trabajar para hacer el aporte principal o complementar el ingreso familiar. Su participación ha sido mayor en las coyunturas recesivas, pero parte de ellas ha permanecido en el mercado laboral aun después de superados los años más críticos. Este tipo de aumento de la inserción femenina en la actividad no siempre se vincula con progresos en la situación social de las mujeres ni con la superación de elementos de la cultura patriarcal. Los niveles de precariedad económica de los hogares de bajos ingresos han significado que las mujeres se hayan visto impelidas a trabajar fuera del hogar en las coyunturas más críticas aun con la insuficiencia de servicios sociales de apoyo a sus tareas domésticas.<sup>31</sup>

---

31 El estudio de Raczinsky y Serrano en hogares de trabajadores desempleados en 1983 revela que el trabajo fuera del hogar es desempeñado por las mujeres en un estado de tensión y preocupación constantes; no cuentan con suficiente apoyo del Estado o la comunidad para el cuidado de sus hijos, ni es fácil tener la ayuda de algún familiar o un hijo mayor. En sus testimonios expresan:

“...yo, cuando salgo es un martirio... hace poco la niña se me quemó... con la cocinilla”; “los niños quedaban solos toda la mañana...era una preocupación terrible”; “los niños quedan solos...en las tardes una vecina me les echa una miradita...pero me da miedo que les vaya a dar la corriente, que se vayan a quemar, que hagan fuego...” (Raczinsky y Serrano, 1985, p.96-98).

En la primera etapa de implantación de políticas de ajuste, estas mujeres se insertaron preferentemente en el servicio doméstico, el comercio ambulante o los programas de empleo de emergencia. Durante el período de consolidación del modelo económico continuó la expansión del servicio doméstico "puertas afuera" y del comercio ambulante, pero aumentaron también las mujeres de la metrópoli en la industria de confección de ropa y otras manufacturas y en el empleo agrícola. Mientras no se incrementen las plazas de trabajo estables para mujeres en el sector moderno de la economía, el aumento de la escolaridad no será suficiente para mejorar las opciones laborales de las de bajos ingresos. En 1970, un 3.4% de las trabajadoras urbanas del servicio doméstico en Chile tenían algún año de educación secundaria. Esa proporción creció al 25.5% de las domésticas en 1982 (Díaz y Hola, 1988). Desde 1983 en adelante, se han incorporado también como jornaleras ocasionales en la actividad agrícola orientada a la exportación o como trabajadoras industriales en pequeñas empresas o a domicilio.

No es fácilmente previsible el desarrollo de condiciones que puedan mejorar la calidad de la inserción laboral de mujeres de bajos ingresos en el futuro próximo. Las políticas sociales actuales han propuesto reorientar el apoyo social a pequeños grupos "focalizados" de extrema pobreza y seguir privatizando o descentralizando el conjunto de los servicios sociales (tales como educación, salud y pensiones). Si continuara la tendencia al aumento de la participación de mujeres pobres, ésta sería impulsada por la mantención de la inestabilidad de los ingresos familiares. Esta situación plantea complejos desafíos para las propuestas de crecimiento con equidad y de extensión de los beneficios del desarrollo para las mayorías. Desde el punto de vista de la oferta de mano de obra, si persiste la participación femenina sin apoyos sociales suficientes para las tareas de crianza y reproducción, el tipo de empleos alternativos al servicio doméstico que pueden incrementarse son el trabajo a domicilio, el autoempleo y el empleo ocasional —y por tiempo parcial— en labores que requieran uso intensivo de mano de obra por temporadas.

En las propuestas destinadas a hacer más equitativa la reorientación económica, surge entonces la conveniencia de incorporar medidas que permitan mejorar las condiciones de inserción laboral de las mujeres de bajos ingresos, tales como la ampliación, a nivel de toda la sociedad, de servicios de apoyo a las tareas do-

mésticas. Debe pensarse en la creación de mecanismos de acceso a los servicios sociales para trabajadoras ocasionales, que laboran por tiempo parcial, por tarea realizada o por rendimiento, sin contrato o que desarrollan las tareas en su domicilio, incorporándolas a servicios de jardines infantiles, salud, enseñanza, fondos de retiro y pensiones y buscando los medios para que sus remuneraciones se incrementen en conformidad con los aumentos de la productividad en el sector moderno de la economía.

## 2. Características de la inserción laboral femenina

### a) *Distribución por sectores y ramas de actividad*

Como corresponde al carácter urbano de la Región Metropolitana de Santiago, casi toda la población activa femenina se encuentra en los sectores secundario y terciario de la economía. Sin embargo, existe una prevalencia muy clara de este último. Durante todo el período de referencia (1952-1990), las mujeres activas se han concentrado en este sector y, dentro de él, en los servicios. En 1952, cerca del 70% de las mujeres incorporadas a la actividad en la Provincia de Santiago se agrupaban en el terciario y esta concentración se fue incrementando progresivamente hasta alcanzar su punto más alto en 1982, en que el 82% se encontraba en este sector de la economía: en 1990, la proporción femenina en el comercio y los servicios descendió levemente, pero se mantuvo sobre el 80% (Cuadro IV.10). La tasa de crecimiento de la población económicamente activa femenina en el sector terciario ha sido superior a la de incremento de las mujeres activas, siendo éste el único sector en que el volumen de mujeres ha aumentado a través de todo el período analizado (Cuadro IV.11). Dentro del sector terciario, las mujeres se agrupan de preferencia en los servicios personales y de los hogares, particularmente en el ámbito doméstico.<sup>32</sup> Los subsec-

---

<sup>32</sup> Las mujeres en ocupaciones manuales de los servicios se han insertado en el servicio doméstico en el 80% de los casos (Cuadro IV.15). El número de mujeres cuya ocupación es el servicio doméstico tuvo una tasa decreciente entre 1960 y 1970, pero creció a tasas altas en el resto del período, especialmente en la fase de consolidación de la transformación productiva entre 1982 y 1990 (Cuadro IV.16).

Cuadro IV.10  
DISTRIBUCION SECTORIAL DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE  
ACTIVA FEMENINA DE SANTIAGO,  
(1952, 1960, 1970, 1982, 1990)<sup>a</sup>

Sector económico	1952	1960	1970	1982	1990
Primario	1.8	1.1	1.0	1.0	2.4
Secundario	29.8	24.7	24.4	16.5	17.0
Terciario	68.4	74.2	74.6	82.5	80.5
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, Resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a la Provincia de Santiago; los de 1982 y 1990 corresponden a la Región Metropolitana de Santiago.

tores y ramas que han aumentado su importancia relativa en el sector terciario<sup>33</sup> son el comercio, los servicios de salud y de enseñanza y los establecimientos financieros y servicios a empresas (Cuadros IV.12 y IV.13).

Al inicio del período que se analiza, en 1952, cerca de un 30% de las mujeres activas de Santiago se ubicaban en el sector secundario. No obstante, su importancia relativa fue decreciendo hasta llegar al 16% en 1982 y luego experimentó una pequeña recuperación (Cuadros IV.10 y IV.12). Mientras que en 1952 y 1982 el volumen de las ocupadas en la industria oscilaba entre 59 y 67 mil, entre 1982 y 1990 ellas aumentaron de 65 a 111 mil (Tabla A.1). Por último, aunque el primario representa una proporción muy pequeña de la población activa femenina de la metrópoli (y el volumen

<sup>33</sup> Entre 1970 y 1982, se produjo un crecimiento inusual en el volumen de mujeres activas en tareas administrativas del gobierno y en las fuerzas armadas, pero descendió nuevamente a sus niveles históricos en 1990. Estas actividades fueron incluidas en los cuadros dentro de los servicios sociales y comunitarios (INE, Censos de Población y Vivienda de 1970 y 1982; INE, Resultados de la Encuesta de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990).

de mujeres integradas a él fue decreciente hasta 1960 con un ligerísimo aumento entre 1960-1970), este sector se expandió luego para convertirse en el de más rápido crecimiento (Cuadros IV.11 y IV.12).

Esta evolución de la distribución sectorial de la población económicamente activa femenina de la metrópoli se inserta en los procesos económicos y sociopolíticos que ha experimentado la sociedad chilena entre 1952 y 1990. Durante la etapa de crecimiento hacia adentro, con énfasis en la sustitución de importaciones, la participación en la actividad de las mujeres metropolitanas se concentró en el comercio y los servicios (especialmente los personales, sociales y comunitarios) y, en menor medida, en la industria. La segmentación por género del mercado de trabajo significó la ubicación de mujeres en muy pocas ramas del sector secundario, particularmente en la fabricación de ropa y calzado, así como en el servicio doméstico y en los empleos no manuales de menor movilidad ascendente y más baja remuneración del sector terciario (Cuadro IV.12).

Cuadro IV.11

**TASA DE CRECIMIENTO MEDIO ANUAL DE LA POBLACION FEMENINA  
ECONOMICAMENTE ACTIVA DE SANTIAGO, POR SECTORES DE  
ACTIVIDAD ECONOMICA  
(1952-1990)**

Sector económico <sup>a</sup>	1952-1960	1960-1970	1970-1982	1982-1990
Primario	-4.8	0.6	3.1	14.0
Secundario	-1.2	1.5	-0.2	6.5
Terciario	2.1	1.7	3.9	5.8
TOTAL	1.1	1.6	3.1	6.2

*Fuente:* Elaboración a partir de la Tabla A.1

<sup>a</sup> Se excluyen las personas que no especificaron su rama de actividad.

Cuadro IV.12  
**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION FEMENINA  
ECONOMICAMENTE ACTIVA DE SANTIAGO,  
POR RAMA DE ACTIVIDAD <sup>a</sup>**  
(1952, 1960, 1970, 1982, 1990)

Rama de actividad	1952	1960	1970	1982	1990
<b>Agricultura y minería</b>	1.8	1.1	1.0	1.0	2.4
<b>Industria</b>	29.5	24.5	23.7	15.9	16.3
Alimentos	1.2	1.6	1.4		
Ropa y calz.	18.6	10.2	10.5		
Papel e imp.	0.7	0.7	1.0		
Químicas	1.2	1.4	1.2		
Otras	2.8	2.0	2.1		
<b>Construcción</b>	0.3	0.2	0.7	0.6	0.7
<b>Comercio</b>	11.1	10.8	13.0	15.3	19.3
<b>Servicios</b>	57.4	63.4	61.6	67.2	61.2
Pers. y hogar	41.3	30.7	27.2		
Socs. y comun. <sup>b</sup>	16.7	26.1	22.0		
Apoyo producc. <sup>c</sup>	3.0	7.0	9.0		
Otros servicios	2.3	3.3	3.0		
<b>TOTAL</b>	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, Resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a la Provincia de Santiago; en 1982 y 1990 corresponden a la Región Metropolitana de Santiago. No incluye personas con rama de actividad insuficientemente especificada.

<sup>b</sup> Servicios sociales y comunitarios incluye servicios de salud y enseñanza, administrativos del gobierno y defensa, asistenciales y de esparcimiento.

<sup>c</sup> Servicios de apoyo a la producción incluye establecimientos financieros, transporte, comunicaciones, compañías de seguros, bienes inmuebles y servicios a empresas (legales, contables y de asesoría). La mayor proporción de mujeres en esta rama se ubica en servicios a empresas.

La incapacidad del sector secundario de generar empleos suficientes para la creciente población metropolitana en edad de trabajar determinó la terciarización del mercado laboral femenino y la ubicación de una elevada proporción de activas en el servicio doméstico.

En el período de reorientación de la economía, las ramas más dinámicas en el crecimiento de la actividad femenina se ubican en los sectores terciario y primario: los servicios de apoyo a la producción, el comercio, las actividades agrícolas, los servicios sociales y comunitarios y los personales agruparon las mayores proporciones de incremento del volumen de mujeres activas en los últimos 20 años (Cuadro IV.12 y IV.13). Sin embargo, la importancia relativa del comercio, los servicios sociales y comunitarios y los servicios personales y de los hogares se mantiene, pues concentran a dos tercios de las mujeres activas.

Las políticas de reconversión económica aplicadas desde 1975 acarrearón inicialmente un proceso de terciarización aun más intenso que alcanzó su más alta expresión en los momentos de mayor desempleo urbano masculino, esto es, en 1982. Las ramas de la industria que se vieron más afectadas por la liberalización del comercio exterior fueron precisamente aquellas en que se concentraban las mujeres: textiles, confección de prendas de vestir y calzado. Algunas mujeres activas debieron desplazarse a otros sectores de la actividad y un volumen importante de quienes habían sido inactivas, generalmente casadas en edades reproductivas, se incorporaron al sector terciario como una reacción frente a las altas tasas de desempleo y a la reducción de los ingresos del sector asalariado.

En la etapa de consolidación del nuevo modelo económico, algunas de estas tendencias se modificaron ligeramente. Entre 1982 y 1990 se produjo cierto crecimiento de la mano de obra femenina en el sector secundario y se intensificó el aumento en el primario, en el comercio al detalle y en los servicios de apoyo a la producción (Cuadros IV.12 y IV.13).<sup>34</sup> Las ramas de la industria en

---

<sup>34</sup> Cabe destacar que la caída relativa del empleo femenino en servicios generales y comunitarios entre 1982 y 1990 se debe, en parte, a que entre ellos se incluyó, en 1982, a la mayoría de las mujeres contratadas en los programas de empleo de emergencia del gobierno militar. (Cuadros IV.12 y IV.13)

Cuadro IV.13  
**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION FEMENINA  
 ECONOMICAMENTE ACTIVA EN EL SECTOR TERCIARIO DE  
 SANTIAGO, POR RAMA DE ACTIVIDAD <sup>a</sup>**  
 (1952, 1960, 1970, 1982 Y 1990)

Ramas de actividad del sector terciario	1952	1960	1970	1982	1990
<b>Comercio</b>	16.1	14.5	17.4	18.6	24.0
Por mayor				2.1	1.8
Al detalle			16.5	22.2	
<b>Servicios:</b>					
Personales y hogares	60.3 <sup>d</sup>	55.7	47.7 <sup>a</sup>	37.3	33.7
Sociales y comunit. <sup>b</sup>	17.6 <sup>d</sup>	22.6	25.9 <sup>a</sup>	31.7	27.4
Enseñanza y Salud		18.1		24.8	23.1
Admin. y Defensa		3.3		5.9	3.0
Esparcimiento		1.2		1.0	1.3
Apoyo a producción <sup>c</sup>	1.7 <sup>d</sup>	2.5	3.1	6.3	8.3
Bancos y financ.		0.8		1.7	1.7
Seguros		0.2		1.0	0.6
Serv. a empresas		1.5		3.6	6.0
Transporte y Comunic.	1.5	1.6	2.5	2.3	2.3
Restaurantes y hoteles	2.8 <sup>d</sup>	3.1	3.3	3.8	3.7
<b>TOTAL</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>

*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, Resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a la Provincia de Santiago; en 1982 y 1990 corresponden a la Región Metropolitana de Santiago. No incluye personas con rama de actividad insuficientemente especificada.

<sup>b</sup> Servicios sociales y comunitarios incluye servicios de salud y enseñanza, administrativos del gobierno y defensa, asistenciales y de esparcimiento.

<sup>c</sup> Servicios de apoyo a la producción incluye establecimientos financieros, compañías de seguros, bienes inmuebles y servicios a empresas (legales, contables y de asesoría).

<sup>d</sup> Estimaciones a partir del número de mujeres en subdivisiones de ocupación.

que se ha reactivado la participación femenina indican que se mantiene un patrón altamente discriminatorio por sexo, concentrándose las mujeres en las actividades de confección de prendas de vestir y calzado y, en mucha menor medida, en las alimenticias, químicas y de producción de papel e impresión.

A pesar de esta reactivación del sector secundario, la inserción de mujeres metropolitanas en la industria está lejos de recuperar la importancia relativa que tuvo durante el proceso de industrialización sustitutiva (Cuadro IV.12). En cambio, la participación femenina en el comercio al detalle y en los servicios vinculados al proceso productivo (establecimientos financieros, servicios a empresas, transporte, comunicaciones, seguros, bienes inmuebles), así como en la agricultura, ha alcanzado niveles sin precedentes. Con excepción del comercio, estas ramas agrupan proporciones muy pequeñas de mujeres activas. Los servicios personales y de los hogares y los de salud y enseñanza continúan concentrando a cerca de la mitad de las mujeres activas, aunque su dinamismo es menor (Cuadro IV.12).

No solamente se han modificado los sectores y ramas de la actividad en que participan las mujeres, sino también las condiciones de su inserción laboral. Existen indicios claros de precarización del empleo femenino en el sector moderno. Parte del relativo dinamismo de la actividad secundaria femenina posterior a 1982 corresponde a empleos ocasionales, ofrecidos por pequeñas industrias como subcontratistas de empresas mayores en la rama de confección de ropa, y a trabajo por pieza a domicilio (Díaz, 1991; León, 1991a.). La Encuesta de Empleo en el Gran Santiago, levantada por el Programa de Estudios del Trabajo en 1988, indicó que el 28% de las mujeres asalariadas no tenían contrato y el 32% no contaba con previsión. Una encuesta (OFASAN) sobre condiciones de trabajo, realizada en 1988 por el Centro de Estudios de la Mujer en el sector industrial de Santiago, reveló que un 41.4% de las mujeres trabajaban a trato, contra un 15.7% de los hombres; las que tenían contrato temporal duplicaban la proporción de hombres con ese tipo de trabajo; además, las mujeres de la industria trabajaban un número elevado de horas (51 horas semanales, en promedio), de manera que la precariedad de sus condiciones laborales no se justificaba por el desempeño de jornadas parciales (Gálvez, 1989). A su vez, el trabajo de mujeres en el sector primario es estacional y

exento de beneficios previsionales (Díaz, 1991; León, 1991a y 1991b; Valdés, 1988).

Los factores que han determinado estos cambios en la actividad femenina se vinculan con transformaciones en la sociedad que han afectado tanto a la oferta como a la demanda de trabajo femenino. Como ya se indicó en la sección anterior, desde el punto de vista de la oferta se incrementó el volumen de mujeres de sectores medios y bajos que requería trabajar para aportar ingresos al hogar, disminuyó su fecundidad y aumentó su nivel de escolaridad. Estas características condicionaron los cambios en la edad y el estado civil de la mano de obra femenina. A su vez, la demanda de trabajo femenino se ha modificado de acuerdo con los cambios en la inserción de la economía chilena en el contexto mundial y con las diferentes estrategias de crecimiento económico adoptadas. Durante el período de sustitución de importaciones existió demanda en ciertas ramas del sector secundario, en los servicios de salud y enseñanza y en el servicio doméstico. La relativa amplitud del mercado de trabajo doméstico entre 1950 y 1970 estuvo relacionada con la expansión de los sectores medios urbanos (jefes de familia en actividades no manuales) y con el escaso dinamismo de la demanda de mano de obra femenina en el sector secundario. La contracción de esta demanda en la industria entre 1970 y 1982 se ha vinculado, como se señaló, con la apertura hacia el comercio exterior y la crisis de aquellas ramas que incorporaban a la gran mayoría de las mujeres del sector secundario. A su vez, la expansión de los servicios sociales y comunitarios entre 1970 y 1982 se ha relacionado, por una parte, con el nivel de escolaridad alcanzado por las mujeres que buscaban trabajo y, por otra, con los programas de emergencia implementados frente a la cesantía.

Las tendencias más recientes de la demanda de fuerza de trabajo femenina aparecen vinculadas con la reorientación económica propia de la inserción del país en la economía global. Se expandieron las actividades dirigidas a la exportación (agricultura y agroindustria frutícola), las ramas de producción que han alcanzado niveles de competitividad internacional, los servicios financieros y otros ligados a los procesos productivos y el comercio al detalle. Con excepción del comercio, estas actividades más dinámicas agrupan pequeñas proporciones de activas de la

metrópoli.<sup>35</sup> Las mayores concentraciones siguen estando en otras ramas que no aparecen directamente relacionadas con el proceso de reestructuración económica: servicio doméstico y servicios sociales y comunitarios.

En términos de ingresos, la concentración de mujeres en el servicio doméstico y las bajas remuneraciones recibidas por este tipo de empleo condicionan el hecho que durante todo el período analizado (1952-1990) una mayor proporción de mujeres que de hombres activos trabaje por debajo de los niveles mínimos de subsistencia (Elizaga, 1970; Cuadro IV.27). El proceso de reorientación económica parece haber acentuado la diferencia en los ingresos, en desmedro de las mujeres. Por una parte, entre las ramas de actividad que experimentaron mayor disminución de los ingresos reales se encuentran las que agrupan de preferencia a las mujeres con alto grado de escolaridad (servicios de salud y de instrucción pública) y aquellas con ocupaciones típicamente femeninas (por ej., secretarías) o que, después de haber sido desempeñadas casi exclusivamente por hombres, han pasado a ser femeninas y se han descalificado (dependientes del comercio). Entre las trabajadoras manuales, la precarización del empleo industrial y agroindustrial femenino ha significado ganar comparativamente mucho menos que los hombres en la industria; a la vez, la nueva expansión del servicio doméstico puertas afuera ha influido en la baja remuneración promedio de las mujeres de la Región Metropolitana en 1990 (Cuadro IV.26).

Hacia 1952, el mercado de trabajo femenino de la metrópoli se distinguía por un predominio de personas de baja escolaridad concentradas en el servicio doméstico y en la industria. En 1990, ese mercado se caracteriza por un nivel promedio de instrucción notablemente mayor y por la ubicación de la mayoría de las trabajadoras en los servicios sociales y comunitarios, el servicio doméstico y el comercio minorista. Si bien esto pareciera sugerir una mejoría en términos del prestigio de las ramas de actividad en que predominan las mujeres, se observa que no existe gran diferencia

---

<sup>35</sup> Además, estas mujeres se ubican en actividades de menor status dentro de cada rama y categoría de actividad. Una encuesta reciente del Centro de Estudios de la Mujer, realizada en los establecimientos financieros y compañías de seguros del país, indicó que apenas un 6.1% de las gerencias en esta rama de actividad y un 1.5% de los cargos de directores de filiales bancarias pertenecían a mujeres (Seguel, 1991).

entre el ingreso medio de las profesionales en servicios sociales y comunitarios o las secretarias y el de los varones trabajadores de la industria o dependientes del comercio.

Parte importante del crecimiento del empleo femenino entre 1982 y 1990 se debió a la expansión del comercio al detalle, de los servicios de salud y enseñanza y, en menor proporción, de los financieros y los ofrecidos a empresas. El dinamismo del servicio doméstico, la agricultura de temporada (que ocupa una cantidad muy pequeña pero creciente de mujeres) y la pequeña y mediana industrias (que contratan trabajo ocasional y a domicilio), corresponden a la inserción laboral de mujeres de escasa escolaridad y bajos ingresos en el último decenio, mientras que el crecimiento de los servicios sociales y de los ofrecidos a empresas absorbe el incremento de la inserción de mujeres con estudios universitarios y secundarios.

#### *b) Distribución por grupos y subgrupos de ocupación*

La mayor parte de las mujeres activas de la metrópoli se ubican en las ocupaciones manuales. Sin embargo, entre 1952 y 1990, la concentración en este tipo de empleos descendió del 78.5 al 61.6% como consecuencia del crecimiento de la importancia relativa de las ocupaciones profesionales y técnicas, directivas y de oficinistas. El mayor aumento de las ocupaciones no manuales se produjo entre 1960 y 1982, ya que después de 1982 se observó una pequeña recuperación del peso relativo de las manuales (Cuadros IV.14 y IV.15).

Entre las trabajadoras no manuales, el grupo principal está conformado por las empleadas de oficina —en especial secretarias— y el crecimiento de su peso relativo se dio precisamente entre 1960 y 1982; las profesionales, técnicas y directoras incrementaron su posición relativa durante todo el período, con un aumento muy marcado entre 1970 y 1982. Entre 1960 y 1970, las trabajadoras manuales calificadas se mantuvieron más o menos constantes, pero existió una marcada disminución de la importancia relativa de las manuales no calificadas; entre 1970 y 1982, son las manuales calificadas las que perdieron importancia, aunque volvieron a aumentar su participación proporcional después de 1982 (Cuadro IV.14). Los subgrupos de ocupación que han tenido mayores incrementos en su importancia relativa son las empleadas de oficina y

las vendedoras y, en menor medida, las profesionales y técnicas. A su vez, la disminución relativa más significativa se observó entre las obreras calificadas (Cuadro IV.15 y IV.16). A pesar de su paulatina disminución, el subgrupo de ocupación que concentraba la proporción más importante de mujeres en 1990 continuaba siendo el servicio doméstico (25% de las activas y 54% de las manuales).

El crecimiento del volumen de mujeres activas por grupos y subgrupos de ocupación revela que hasta 1982 existió una tendencia de movilidad ascendente entre las trabajadoras (disminución de las manuales e incremento de las no manuales), la que se modificó ligeramente desde 1982, en la etapa de consolidación del nuevo modelo económico. El aumento del volumen de mujeres activas, inferior a 2% anual hasta 1970, correspondió casi exclusivamente al de ocupaciones no manuales antes de 1970 (profesionales y técnicas hasta 1960 y oficinistas desde 1960). Después

Cuadro IV.14

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION FEMENINA  
ECONOMICAMENTE ACTIVA DE SANTIAGO, POR CARACTER  
MANUAL O NO MANUAL DE LA OCUPACION<sup>a</sup>  
(1952, 1960, 1970, 1982 Y 1990)**

Tipo de ocupación	1952	1960	1970	1982	1990
<b>No manuales</b>	<b>21.5</b>	<b>23.8</b>	<b>30.9</b>	<b>39.8</b>	<b>38.4</b>
Profes., téc. y direct.	8.3	10.8	12.9	17.8	17.4
Oficinistas	13.2	13.0	18.0	22.0	21.0
<b>Manuales</b>	<b>78.5</b>	<b>76.2</b>	<b>69.1</b>	<b>60.2</b>	<b>61.6</b>
Calificadas	31.1	29.0	27.7	20.8	25.3
No calificadas	47.4	47.2	41.4	39.4	36.3
<b>TOTAL</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>

*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a la Provincia de Santiago; los de 1982 y 1990 corresponden a la Región Metropolitana de Santiago.

Cuadro IV.15  
**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION FEMENINA  
ECONOMICAMENTE ACTIVA DE SANTIAGO, POR  
GRUPOS Y SUBGRUPOS DE OCUPACION  
(1952, 1960, 1970, 1982 Y 1990)**

Grupos y subgrupos de ocupación	1952	1960	1970	1982	1990
Profesionales y técnicas	8.3	11.2	12.9	15.6	14.6
Prof. científico-técnicas	0.3	0.5	0.7	1.3	1.5
Médicas y dentistas	0.3	0.3	0.4	0.5	0.8
Abogadas y Juezas	0.1	0.1	0.2	0.3	0.3
Profesoras y Maestras	3.5	4.7	5.2	7.3	6.5
Enfermeras, parteras y paramédicos	2.7	4.2	5.2	4.8	4.4
Artistas, religiosas y otras	1.4	1.4	1.2	1.4	1.0
Gerentes y directoras	1.6	1.4	1.3	2.2	2.9
Administración pública	0.2	0.1	0.1	0.1	0.2
Comercio	0.4	0.2	0.3	1.0	1.1
Otros	1.0	1.1	0.9	1.1	1.6
Empleadas de oficina	11.6	12.2	16.7	22.0	21.0
Secretarias y afines	10.4	9.6	14.3	17.9	15.8
Contadoras	0.2	0.4	0.3	1.1	1.9
Cajeras	0.9	1.6	0.6	2.1	2.3
Otras	-	0.5	1.6	0.9	1.0
Vendedoras	7.8	8.1	9.2	11.2	14.7
Vendedoras-propietarias	4.5	3.8	3.5	3.5	3.5
Dependientes y ambulantes	3.2	4.1	5.5	7.1	10.3
Viajantes y otras	0.1	0.2	0.2	0.6	0.9

Cuadro IV.15 (Conclusión)

Grupos y subgrupos de ocupación	1952	1960	1970	1982	1990
Operarias y artesanas calificadas	23.3	20.0	18.5	9.6	10.6
Modistas, costureras y peleteras	16.8	12.1	11.2	5.9	6.1
Hilanderas y tejedoras	4.5	3.9	3.4	1.7	1.7
Zapateras	—	1.6	1.1	0.7	1.0
Otras	2.0	2.4	2.8	1.3	1.8
Obreras no calificadas	5.9	4.7	4.5	4.3	4.4
Trabajadoras de los servicios	41.5	42.4	37.0	35.1	31.9
Servicio doméstico	32.6	36.6	30.0	28.9	25.3
Otros servicios personales	8.9	5.8	7.0	6.2	6.6
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Elaboración con base en la Tabla A.2.

de 1970, el volumen de mujeres en actividades no manuales, especialmente de oficinistas, aceleró su crecimiento, pero también se reactivó el de las trabajadoras manuales. Entre éstas, aumentaron más las no calificadas (domésticas) entre 1970 y 1982, y las calificadas entre 1982 y 1990, (Cuadro IV.16). En este último lapso, el crecimiento del volumen de trabajadoras manuales fue superior al de profesionales y oficinistas. Considerando el mayor peso relativo que tienen las trabajadoras manuales, este incremento de su volumen explica que las profesionales y oficinistas disminuyeran ligeramente su importancia proporcional en 1990, a pesar de la tendencia a una mayor escolaridad de las mujeres.

Los cambios antes descritos se vinculan con la dinámica de los procesos socioeconómicos del país en el período analizado (1950-1992). El progresivo aumento en la escolaridad de las mujeres metropolitanas se conjugó con un cierto incremento de la de-

manda de trabajo femenino no manual durante la etapa de industrialización sustitutiva; este crecimiento se dio especialmente entre empleadas de oficina (secretarias), maestras y enfermeras, cuya expansión se relacionó con el aumento de los servicios públicos de salud y enseñanza y del aparato administrativo estatal.<sup>36</sup> En esta etapa, las trabajadoras manuales calificadas y no calificadas disminuyeron su importancia relativa, lo que se reflejó en tasa muy bajas de crecimiento de la fuerza laboral femenina en tales ocupaciones, especialmente entre 1960 y 1970. Esto puede deberse, desde el punto de vista de la demanda, tanto a las limitaciones estructurales que presentaba la expansión del sector industrial como al lento crecimiento de los ingresos y del volumen de los sectores medios que contrataban servicio doméstico; desde el punto de vista de la oferta, puede haber existido una tendencia a ocupar puestos de mayor calificación gracias al aumento de la escolaridad de las mujeres.

Entre 1970 y 1982 se registró un incremento muy significativo en la importancia relativa —y en las tasas de crecimiento— de las mujeres activas en ocupaciones no manuales, tanto profesionales como directoras y oficinistas (Cuadros IV.15 y IV.16). Otro rasgo importante de este período es un significativo crecimiento de las trabajadoras manuales no calificadas. Desde el punto de vista de la demanda, el aumento de las profesionales (siempre concentradas en ocupaciones de maestras y enfermeras) y de las secretarias correspondió a un crecimiento del aparato administrativo y de seguridad del gobierno militar, a los programas de empleo de emergencia en servicios comunitarios de las municipalidades, a un aumento de los servicios privados de salud y enseñanza y al desarrollo de establecimientos financieros y de servicios a empresas. Desde el punto de vista de la oferta, además del incremento en el volumen de mujeres con educación secundaria y postsecundaria, influyó la contracción del empleo y de los ingresos de los sectores medios cuya manifestación más intensa tuvo lugar en 1982. En el crecimiento de las ocupaciones manuales no calificadas (especialmente servicio doméstico) puede haber incidido un incremento en la demanda causada por el mayor volumen de mujeres profesionales incorporadas al mercado de trabajo, así como por una ampliación de la oferta generada por los altos índices de desempleo y la reducción de los ingresos de los sectores populares.

---

<sup>36</sup> Estas tendencias se mantuvieron hasta 1973, pues entre 1971 y 1973 aumentó la participación de mujeres de estratos medios y altos (Cuadro IV.5).

Por último, en el período 1982-1990, la pequeña reducción de la importancia relativa (y del crecimiento) de las trabajadoras no manuales puede vincularse con una cierta rigidez en la expansión de los servicios de salud y enseñanza, tanto públicos como privados, como con una declinación de la demanda de trabajo en los

Cuadro IV.16  
**TASAS DE CRECIMIENTO MEDIO ANUAL DE LA POBLACION  
 FEMENINA ECONOMICAMENTE ACTIVA DE SANTIAGO,  
 POR GRUPOS DE OCUPACION**  
 (1952-1960; 1960-1970; 1970-1982; 1982-1990)

Grupos de ocupación	1952-60	1960-70	1970-82	1982-90
No Manuales	3.2	3.1	5.6	5.5
Profesionales y téc.	5.0	2.3	5.1	5.1
Gerentes	-0.2	0.3	7.3	9.1
Oficinistas	2.0	4.0	5.7	5.4
Manuales	0.9	0.1	2.5	6.2
Manuales calificadas	0.2	0.8	1.3	8.2
Vendedoras	1.9	2.2	5.1	9.0
Obreras calificadas	-0.4	0.1	-1.8	7.1
Manuales no calificadas	0.3	-0.3	3.2	5.0
Obreras y jornaleras	-1.5	0.5	3.2	6.2
Servicio doméstico	3.0	-1.0	3.3	4.3
Otros servicios pers.	-0.5	-0.2	2.8	6.6
TOTAL	1.5	1.8	3.4	4.9

*Fuente:* Elaboración con base en la Tabla A.2.

servicios financieros y de apoyo a la producción. Desde el punto de vista de la oferta, esa ligera atenuación del ritmo de crecimiento de las trabajadoras no manuales se asocia con una menor presión, en relación con 1982 y especialmente sobre las mujeres de sectores medios, para contribuir a los ingresos familiares; sin embargo, esta situación también se puede atribuir a un menor interés de las mujeres con estudios universitarios por trabajar dadas las exiguas remuneraciones de los empleos disponibles para ellas. A su vez, el aumento de las trabajadoras manuales se debe principalmente al de las vendedoras y, en menor medida, de las obreras calificadas y agrícolas. Este incremento se relaciona con la expansión del comercio al detalle y la agroindustria, con ocupaciones que han pasado a ser femeninas (como vendedora-dependiente y jornalera agrícola) y con la recuperación de la industria textil de ropa.

El panorama descrito ilustra una movilidad ascendente de las mujeres activas en el período analizado, acorde con los procesos de crecimiento económico, concentración metropolitana y creciente escolarización. Sin embargo, un complejo conjunto de factores relativiza, en parte, ese mejoramiento, indicando que existe una fuerte segmentación del mercado de trabajo que asigna a las mujeres las tareas peor remuneradas, que algunos aspectos de la inserción laboral femenina han empeorado y que otros han progresado menos de que lo que cabría esperar al observar el conjunto de la evolución socioeconómica. Los indicadores disponibles esbozan unas condiciones de inserción laboral de las mujeres en Santiago que siguen siendo desfavorables al final del período de estudio. Uno de esos indicadores se refiere al tipo de ocupaciones en que se concentran las mujeres profesionales y técnicas, así como las empleadas de oficina. Aunque más del 50% de los profesionales, técnicos y oficinistas de la metrópoli son mujeres, ellas son mayoritarias únicamente en las ocupaciones de inferior jerarquía y remuneración.<sup>37</sup> Esta distribución implica que a pesar que entre 1952 y 1990 las mujeres aumentaron del 42% a más del 50% de los profesionales activos, casi todas ellas se ubican en los grupos de ocupación peor remunerados (Cuadros IV.15, IV.22 y IV.23). Entre las empleadas de oficina, las secretarías y mecanógrafas superaban

---

<sup>37</sup> En 1990, por ejemplo, el 62% de las profesoras y maestras lo eran de la enseñanza primaria (INE, Encuesta Nacional de Empleo del Programa Integrado de Encuestas en Hogares, resultados del trimestre octubre-diciembre de 1990).

el 75% en todo el período analizado (Cuadro IV.15). En Chile, el trabajo de secretaria presenta pocas posibilidades de desarrollo profesional y es altamente discriminado por edad y apariencia física.

Los elementos anteriores señalan que, no obstante el incremento en la escolaridad de la población metropolitana y la semejanza de niveles de instrucción alcanzados por hombres y mujeres, la mayor parte de las trabajadoras no manuales de Santiago se ubican en los tramos más bajos de la escala ocupacional, condición que no ha tendido a mejorar. Al contrario, los ingresos del tipo de ocupaciones no manuales en que se concentran las mujeres siguen siendo los más bajos y es precisamente en éstas donde su ingreso es muy inferior al de los varones (Cuadros IV.22 y IV.26). Entre las trabajadoras manuales, la ocupación que ha tenido mayor crecimiento es la de vendedora (Cuadro IV.16), fenómeno que se vincula con otros atributos derivados del reciente modelo económico chileno: expansión del comercio al detalle, feminización de la ocupación de vendedora-dependiente y crecimiento del comercio ambulante. Las vendedoras-propietarias (dueñas de un pequeño comercio que atienden sin dependientes remunerados) disminuyeron desde el 38% del total de las vendedoras en 1970 al 23% en 1990, mientras que las dependientes y ambulantes aumentaron; las dependientes superaban el 60% de las vendedoras en 1990 y las ambulantes presentaron la mayor tasa de crecimiento entre 1982 y 1990 (Cuadro IV.17). Las demás trabajadoras manuales también han presentado cambios significativos. Las obreras calificadas del sector industrial perdieron mucha importancia a partir del cambio económico iniciado en los setenta, pero experimentaron un fuerte crecimiento entre 1982 y 1990 (Cuadro IV.16). Se han señalado algunas evidencias de que las condiciones de trabajo de estas mujeres han evolucionado hacia los empleos ocasionales subcontratados y el trabajo por pieza. Entre las no calificadas, en los últimos veinte años han aumentado las jornaleras agrícolas y las trabajadoras domésticas (cuya importancia relativa disminuyó entre los cincuenta y los setenta).

Surgen como rasgos recientes del empleo femenino, en la etapa de consolidación del nuevo modelo económico, algunas actividades que, de ser antes casi exclusivamente masculinas, pasan a ser femeninas (vendedor-dependiente, jornalero agrícola), la precarización de las condiciones de trabajo femenino en la industria y el cambio de carácter del empleo doméstico. En síntesis, al final

Cuadro IV.17

**DISTRIBUCION PORCENTUAL Y TASA DE CRECIMIENTO DE LAS  
MUJERES ECONOMICAMENTE ACTIVAS DE SANTIAGO EN LA  
OCUPACION VENDEDORAS, POR SUBGRUPOS DE OCUPACION <sup>a</sup>  
(1970-1990)**

Subgrupos de ocupación	1970	1982	1990	Tasa de Crecimiento	
				1970-1982	1982-1990
Vendedora-propietaria <sup>b</sup>	38.2	29.4	23.4	3.0	6.0
Dependiente <sup>c</sup>	48.1	58.9	61.0	6.5	9.6
Ambulante <sup>d</sup>	13.6	11.6	15.5	3.8	12.1
TOTAL	100.0	100.0	100.0	5.1	9.0

*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Los datos de 1970 se refieren a la Provincia de Santiago; los de 1982 y 1990 a la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>b</sup> Dueñas de un pequeño comercio que atienden personalmente sin ayuda de dependientes asalariados.

<sup>c</sup> Vendedoras asalariadas en comercios pequeños o grandes.

<sup>d</sup> Vendedoras por cuenta propia no propietarias de comercio.

del período analizado, un 2.6% de las mujeres activas de la Región Metropolitana se ubicaban en ocupaciones profesionales de alto prestigio y remuneración (científicas, médicas, dentistas, abogadas) y un 2.9% eran gerentes y directoras; el 94.5% restante se ubica en actividades de menor prestigio y remuneración: profesiones "femeninas" mal remuneradas (maestras, profesoras, enfermeras y parteras), secretaria, vendedoras-dependientes y ambulantes, operarias de la industria (en condiciones de trabajo más precarias que los hombres), obreras no calificadas, y trabajadoras de los servicios personales, (Cuadro IV.15). Este panorama contrasta fuertemente con la evolución positiva de los niveles de escolaridad de las mujeres activas (Cuadro IV.4).

c) *Distribución por categoría en la ocupación*

Tanto al inicio como al final del período comprendido entre 1952 y 1990, las trabajadoras asalariadas representaron alrededor del 80% de la población femenina activa de la metrópoli. Sin embargo, la evolución de la PEA femenina indica que la composición de esa distribución en ambas fechas es muy diversa. En 1952, casi la totalidad de las no asalariadas eran trabajadoras por cuenta propia. Las asalariadas, con amplio predominio de las obreras, fueron aumentando su importancia relativa hasta superar el 86% de las activas en 1982, mientras que las trabajadoras por cuenta propia disminuyeron hasta alcanzar su punto más bajo (10%) en ese mismo año. Desde 1952, sobre todo después de 1960 y hasta 1982, el incremento de las asalariadas correspondió a un aumento de las empleadas, que llegaron a representar cerca de la mitad de la población femenina activa de la capital en 1982. También, hasta 1982, las obreras perdieron importancia relativa. Mientras la contracción de las obreras en la industria se produjo en la primera fase de la reorientación de la economía (1970-1982), las sirvientas domésticas disminuyeron durante el período previo (1960-1970) de industrialización sustitutiva (Cuadro IV.18).

Hacia 1990, las no asalariadas llegaron a representar algo más del 20% de las activas, pero ya no únicamente como trabajadoras por cuenta propia, sino también como familiares no remuneradas y empleadoras.<sup>38</sup> La composición de las trabajadoras por cuenta propia ha cambiado, pues disminuyeron proporcionalmente las vendedoras-propietarias y aumentaron las dependientes. Las asalariadas decrecieron del 86% en 1982 al 79% en 1990 a causa de una importante disminución de las empleadas que descendieron hasta una proporción similar a la que representaban en 1970 (mientras la proporción de mujeres activas con instrucción secundaria y postsecundaria continuaba aumentando). A su vez, las asalariadas obreras en 1990 mantuvieron una proporción semejante a la de 1982, pero creciendo las trabajadoras en tareas productivas y disminuyendo el peso relativo de las domésticas (Cuadro IV.18).

---

<sup>38</sup> Como la captación del empleo no remunerado en tanto actividad económica mejoró después de 1960, es difícil distinguir cuál ha sido el aumento real de estas trabajadoras. Las cifras de 1990, por su parte, corresponden a una encuesta de empleo que permite identificar una mayor proporción de trabajadores no remunerados.

Cuadro IV.18  
**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION FEMENINA  
 ECONOMICAMENTE ACTIVA DE SANTIAGO,  
 POR CATEGORIA EN LA OCUPACION  
 (1952, 1960, 1970, 1982 Y 1990)<sup>a</sup>**

Categoría en la ocupación	1952	1960	1970	1982	1990
<b>No asalariadas</b>	<b>20.0</b>	<b>16.0</b>	<b>16.8</b>	<b>13.9</b>	<b>21.4</b>
Patrona o empleadora	1.0	0.7	1.2	2.1	2.5
Trab. por cuenta propia	19.0	14.5	14.6	10.2	14.3
Familiares no remuneradas		0.8	1.0	1.6	4.6
<b>Asalariadas</b>	<b>80.0</b>	<b>84.0</b>	<b>83.2</b>	<b>86.1</b>	<b>78.6</b>
Asalariadas empleadas	22.8	27.5	39.5	48.9	42.4
Asalariadas obreras	57.2	56.5	43.7	37.3	36.2
-Obreras		22.1	18.0	11.6	14.6
-Domésticas		34.4	25.7	25.7	21.6
<b>TOTAL</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>

*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre 1990.

<sup>a</sup> Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a la Provincia de Santiago; los de 1982 y 1990 corresponden a la Región Metropolitana de Santiago.

El aumento del número de mujeres en cada categoría ilustra también la complejidad de los cambios ocurridos. Las asalariadas —el segmento más significativo— tuvieron tasas de crecimiento positivas durante todo el período siendo especialmente altas entre 1970 y 1982. Sin embargo, mientras entre 1952 y 1982 el componente principal de ese aumento estuvo formado por las empleadas (profesionales, oficinistas y vendedoras-dependientes), desde 1982

el mayor ritmo de crecimiento correspondió a las obreras. Las domésticas, que presentaron tasas decrecientes hasta 1970, aumentaron después a un ritmo semejante al conjunto de mujeres activas. Las trabajadoras no asalariadas disminuyeron hasta 1960 y después aumentaron; desde 1960, el ritmo de crecimiento fue alto y constante para las patronas o empleadoras, mientras que las trabajadoras por cuenta propia y las familiares no remuneradas presentaron un brusco crecimiento a partir de 1982, en la etapa de consolidación del nuevo modelo económico (Cuadro IV.19).

Cuadro IV.19  
TASA DE CRECIMIENTO DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE  
ACTIVA FEMENINA DE SANTIAGO, POR CATEGORIA  
EN LA OCUPACION  
(1952-1960; 1960-1970; 1970-1982; 1982-1990) <sup>a</sup>

Categoría en la ocupación	1952- 1960	1960- 1970	1970- 1982	1982- 1990
<b>No asalariadas</b>				
Patronas o empleadoras	-2.3	7.4	7.6	7.0
Trab. por cuenta propia	-5.9	1.6	0.6	9.2
Familiares no remuneradas		4.4	7.1	16.0
<b>Asalariadas</b>				
Asalariadas empleadas	3.8	4.9	5.2	3.6
Asalariadas obreras	1.2	-1.0	2.3	4.9
-obreras		-0.5	-0.1	8.0
-Domésticas		-1.3	3.6	3.2
<b>TOTAL</b>	<b>1.5</b>	<b>1.8</b>	<b>3.4</b>	<b>4.9</b>

*Fuente:* Elaboración con base en la Tabla A.4.

<sup>a</sup> Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a la Provincia de Santiago; los de 1982 y 1990 corresponden a la Región Metropolitana de Santiago.

Nuevamente, la ubicación de estos indicadores en el contexto histórico permite apreciar los procesos que expresan. Durante el período de sustitución de importaciones, creció en la metrópoli la oferta de mano de obra femenina con niveles de escolaridad relativamente elevados y aumentó la demanda de trabajadoras no manuales, principalmente por la expansión de los servicios sociales, comunitarios y de administración. A la vez, los mayores niveles promedio de escolaridad de las mujeres hicieron menos atractivos los empleos manuales en la industria, el servicio doméstico, y en las actividades por cuenta propia. Por su parte, las características del modelo de industrialización sustitutiva adoptado y sus limitaciones estructurales, como la escasa demanda de empleo femenino en la industria intensiva en capital, limitaron la expansión de la demanda de trabajadoras manuales calificadas.

Después de 1970 y hasta 1982, el crecimiento de las empleadas fue más acentuado. Este período corresponde a la primera etapa de ajuste y de apertura hacia el mercado externo en la adopción del nuevo modelo económico en Chile. El incremento de las empleadas se puede vincular tanto con la continuidad en la expansión de la oferta por aumento de la escolaridad promedio, como con la caída de los ingresos de sectores medios y la cesantía registradas en 1982, que aumentaron la propensión de mujeres unidas o separadas a incorporarse al mercado de trabajo para contribuir al ingreso familiar. A su vez, la disminución de las trabajadoras por cuenta propia y de las obreras en ese lapso (1970-1982) parece relacionarse con factores asociados con la contracción de la demanda de empleo en las ramas industriales en que se concentraban las mujeres. El refugio laboral para aquellas sin escolaridad con necesidad de aportar ingresos a sus hogares fue el servicio doméstico—que presentó una tasa de crecimiento alta en el período— y los programas de empleo de emergencia del gobierno de la época.

Por último, en la siguiente etapa del proceso de reorientación de la economía, entre 1982 y 1990, muchas de las tendencias observadas se revirtieron. Las trabajadoras por cuenta propia aumentaron nuevamente, las empleadas perdieron importancia relativa (su tasa de crecimiento fue la menor de todo el período analizado), las obreras crecieron a un ritmo muy elevado y las sirvientas domésticas aumentaron luego de haber disminuido hasta 1970. Estas tendencias se inscriben en un marco de continuo incremento del nivel de escolaridad y descenso de la fecundidad de las mujeres, por lo

que su explicación debe buscarse más en las características de la demanda de trabajo que en las de la oferta. Como consecuencia del proceso económico experimentado por el país, se ha expandido la demanda de trabajo femenino poco calificado, pero ha ocurrido en una situación en que la mano de obra es, en su mayoría, calificada. En términos de ingresos de la mano de obra, estas nuevas tendencias, unidas a la segmentación por género del mercado laboral —que concentra a las mujeres calificadas en las actividades peor remuneradas—, significan que los ingresos de las mujeres son considerablemente menores que los de los varones (Cuadro IV.26).

d) *La transformación del servicio doméstico*

El grupo de las trabajadoras del servicio doméstico presenta especial significación para este estudio: incluye el mayor número de activas, ha representado una actividad preferente para las jóvenes y solteras y ha tenido una importancia central en la inserción laboral de mujeres inmigrantes a la Región Metropolitana de Santiago. En 1952, más de 71 000 mujeres, cerca de un tercio de la población femenina económicamente activa de Santiago, se ocupaban en el servicio doméstico. Al final del período analizado, en 1990, éstas habían aumentado a más de 170 000, representando alrededor de la cuarta parte de las activas de la metrópoli (Cuadro IV.20). Entre 1960 y 1970, su número disminuyó, pero a partir de 1970 han tenido una tasa de crecimiento semejante a la del conjunto de la población femenina económicamente activa (Cuadros IV.16 y IV.20). Sin embargo, han aumentado las domésticas que no residen en el lugar de trabajo ("puertas afuera"), sobre todo desde 1974 en adelante (Cuadro IV.20).

Tradicionalmente, el servicio doméstico ha sido el primer trabajo de la mayor parte de las mujeres de los sectores populares. Muchas de ellas lo desempeñaron con la expectativa de cambiar hacia uno mejor o formar su propia familia. Parte significativa de la oferta de trabajadoras domésticas "puertas adentro" estaba compuesta por jóvenes inmigrantes, para quienes su ocupación suponía salario, vivienda y alimentación. La oferta ha estado muy ligada, además, al ciclo de vida de las mujeres de escasos recursos; mientras las jóvenes solteras tendían a preferir el empleo "puertas adentro", las mujeres mayores con hogar propio elegían el trabajo "puertas afuera". Las características de la demanda en el servicio

Cuadro IV.20

**INDICADORES DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA  
EN LA OCUPACION SERVICIO DOMESTICO DE SANTIAGO  
(1952, 1960, 1970, 1982 Y 1990) <sup>a</sup>**

Indicadores	1952	1960	1970	1982	1990
Número total	71 381	90 529	81 574	121 850	173 155
Proporción por total de activas	32.6	36.6	30.0	8.9	25.3
Tasa de crecimiento		3.0	-1.0	3.3	4.3

*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre 1990.

<sup>a</sup> Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a la Provincia de Santiago; los de 1982 y 1990 corresponden a la Región Metropolitana de Santiago.

doméstico y en otros trabajos poco calificados de mayor prestigio han orientado las preferencias de las que ofrecen trabajo doméstico.

El tipo de modelo económico adoptado por el país en diversos períodos y el éxito alcanzado en su gestión han definido la demanda de trabajo asalariado en otros empleos, los niveles de remuneraciones, las tasas de desempleo y las posibilidades de acceder a viviendas de bajo costo. La disponibilidad de empleos mejor remunerados y el acceso a vivienda tendieron a deprimir el crecimiento del servicio doméstico hasta los setenta. La contracción de los ingresos del sector asalariado y las altas tasas de desempleo incrementaron la oferta, sobre todo de trabajadoras "puertas afuera", desde el inicio del proceso de reorientación de la economía (Cuadro IV.20). La demanda ha estado muy concentrada en las ciudades, especialmente en Santiago. En 1980, el 32.9% de la fuerza de trabajo de ambos sexos se encontraba en Santiago, donde residía también el 45.2% de la fuerza de trabajo femenina y el 49.7% del personal de servicio doméstico (Todaro y Galvez, 1987).

Como ya se indicó, este grupo de ocupación estaba declinando entre 1960 y 1970, pudiendo vincularse su disminución, en parte, al mejoramiento en los niveles de escolaridad de la población femenina y de la población femenina activa (Cuadro IV.5). Sin embargo, la apertura hacia los mercados internacionales y la reorientación económica y social iniciada a mediados de la década de 1970 influyeron en una nueva expansión del servicio doméstico. Desde entonces, las trabajadoras domésticas han crecido a tasas similares a las de la población femenina activa (Cuadro IV.16). Por una parte, la caída de la producción industrial y el incremento del desempleo femenino pueden haber expandido la oferta de trabajadoras de sectores populares para emplearse en el servicio doméstico; además, en la etapa de mayor aumento del desempleo masculino y mayor contracción de los ingresos del sector asalariado, se incrementó la oferta de mujeres unidas y jefas de hogar que requerían aportar entradas para sus familias. Por otra parte, la demanda de servicio doméstico puede haberse expandido por el crecimiento de la actividad de mujeres de sectores medios que aumentaron su participación por haber accedido a mejores niveles de escolaridad o de empleo, por haber modificado sus pautas de consumo, o presionadas por la necesidad de complementar los ingresos familiares. La convergencia de estos factores desde mediados de los setenta determinó un profundo cambio en las características del servicio doméstico. Mientras que en los años cincuenta el 90% de estas trabajadoras se ocupaban "puertas adentro", al final del período analizado éstas representaban menos de la mitad de las trabajadoras domésticas (Cuadro IV.20). El año 1974 muestra la mayor intensidad del incremento proporcional de las trabajadoras "puertas afuera"; ese fue el año de inicio de las políticas económicas del gobierno militar, cuya expresión social fue una reversión brusca de tendencia a la redistribución del ingreso favorable a los sectores populares.

La transformación de las trabajadoras domésticas en empleadas con horario fijo, que no residen en el sitio de trabajo, ha representado un cambio radical en el tipo de actividad, en las condiciones en que se realiza, en la significación de este grupo de ocupación en el conjunto de mujeres activas y en las características personales de las mujeres que lo llevan a cabo.

En el período 1950-1970, el servicio doméstico era la actividad manual posible para las trabajadoras sin instrucción que no conseguían un lugar en la industria o que lo preferían por no contar con

una familia o una vivienda propias. Su nivel de remuneraciones y las características de la actividad "puertas adentro" lo situaban en el lugar más bajo de la escala ocupacional. Pero las trabajadoras con bajos niveles de instrucción han disminuido notablemente y hoy el servicio doméstico "puertas afuera" es una actividad buscada y desempeñada incluso por mujeres con niveles de escolaridad relativamente elevados (Cuadro IV.21).

El cambio de "puertas adentro" a "puertas afuera" ha significado que actualmente las trabajadoras domésticas ya no sean tan jóvenes, y que haya disminuido la proporción de solteras entre ellas.<sup>39</sup>

Cuadro IV.21

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES ECONOMICAMENTE  
ACTIVAS EN LA OCUPACION SERVICIO DOMESTICO PUERTAS  
AFUERA EN LA REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO,  
POR NIVEL DE INSTRUCCION  
(1980, 1982, Y 1990)**

Años de estudio aprobados	1980	1982	1990
0 a 3	22.8	22.6	18.0
4 a 6	41.5	35.0	32.4
7 a 8	17.8	17.5	20.4
9 y más	15.2	22.6	29.2
No especificado	2.7	2.3	-
TOTAL	100.0	100.0	100.0

*Fuente:* 1980 y 1982: INE, Encuesta Nacional del Empleo, Tabulaciones Especiales de octubre a diciembre de cada año, citado por Todaro y Galvez, 1987, pp.90 y 91.  
1990: INE, Encuesta Nacional de Empleo del Programa Integrado de Encuestas en Hogares, resultados cuarto trimestre 1990.

<sup>39</sup> Un indicio de esta tendencia se deduce del descenso de la proporción de solteras entre las mujeres económicamente activas en las ocupaciones de servicios personales y los hogares de Santiago desde el 69% en 1970 al 50% en 1990.

Este cambio en el conjunto se debe al aumento proporcional de las domésticas "puertas afuera" y a la diferencia en las características personales de ambos tipos de trabajadoras. Las sirvientas "puertas afuera", si bien pertenecen también a los sectores populares difieren de las "puertas adentro" en su estado civil, escolaridad y posición en el hogar.<sup>40</sup>

Los elementos anteriores permiten destacar la necesidad de estudiar el mercado de trabajo femenino usando como unidad de análisis los hogares a los que pertenecen las mujeres trabajadoras, en vez de limitarse a sus características individuales. No se trata de que el tipo de servicio doméstico que ocupaba a un tercio de las mujeres activas de Santiago en los años cincuenta continúe expandiéndose. La oferta de trabajo doméstico puertas adentro, que fue característica de mujeres inmigrantes sin instrucción y sin inserción familiar en Santiago, continúa disminuyendo. Lo que se ha expandido es el trabajo doméstico "puertas afuera", desempeñado predominantemente por mujeres unidas o separadas, de los sectores populares de Santiago. Este nuevo oficio, casi inexistente hasta 1970 —cuando empleaba a 10 000 mujeres— comprende en 1990 cerca de 100 000 activas (el 15% de las trabajadoras de la metrópoli).

### 3. La segmentación del mercado laboral en 1990

En Chile se han llevado a cabo diversas investigaciones que han caracterizado las diferencias observadas entre la participación económica de hombres y de mujeres y se han analizado sus determinantes. Entre ellas destacan los trabajos realizados por el Centro de Estudios de la Mujer (Díaz y Hola, 1988; Gálvez y Todaro, 1988; Hola, 1988 y Muñoz, 1988), las reflexiones vinculadas con seminarios organizados por el Instituto de Sociología de la Universidad Católica (Alonso, Larraín y Saldías, 1978; Covarrubias y Muñoz, 1978; Franco, Llona y Arriagada, 1978; Fucaraccio, 1978; Ribeiro y De Barbieri, 1978; Taborga, 1978) y los trabajos de investigadores de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile (Pardo, 1987; Cáceres, 1980; Rosales, 1979).

---

40 En 1990, las primeras eran en un 22.1% jefas de familia y en un 38.8% esposas o compañeras del jefe, y tenían niveles de instrucción relativamente elevados.

Las manifestaciones más claras de la segregación por género del mercado de trabajo son: la menor participación en la actividad de las mujeres, el acceso diferenciado a las ocupaciones, la polarización de las mismas en algunas típicamente femeninas y en otras, una mayoría, que prefieren hombres (o que les son exclusivas), la distribución entre puestos subordinados y directivos dentro de cada ocupación y las diferencias de remuneración.

La distribución de las ocupaciones masculinas y femeninas en la estructura ocupacional es muy desigual. En 1982, de un total de ochenta y dos ocupaciones, apenas diez eran típicamente femeninas y se ubicaban en cuatro de los diez grupos de ocupaciones. Las ocupaciones exclusivamente masculinas eran treinta y siete, se distribuían equilibradamente en toda la estructura ocupacional y en ellas se concentraban más del 60% de los activos. En otras treinta y cinco ocupaciones, la presencia de mujeres era minoritaria. Las ocupaciones típicamente femeninas eran: cocinera, sirvienta, lavandera, planchadora, modista, telefonista, mecanógrafa, profesora-maestra, enfermera-partera y paramédico (Muñoz, 1988). Dentro de un mismo tipo de ocupaciones, los varones tienden a insertarse con más frecuencia en los puestos directivos o de responsabilidad y las mujeres lo hacen en las actividades subordinadas. Finalmente, las remuneraciones promedio de las mujeres en general y también dentro de cada grupo y subgrupo de ocupación, son inferiores a las de los varones. Las diferencias de salarios están determinadas principalmente por las desigualdades de acceso a determinadas ocupaciones y categorías de ocupación. Estas diferencias son de tal magnitud que los ingresos promedio del total de las mujeres activas son inferiores, a pesar de que entre ellas hay una proporción mayor de trabajadoras no manuales y de profesionales y técnicas que en el caso de los hombres activos. En las ocupaciones profesionales y técnicas, las mujeres se concentran en aquellas de menor prestigio y más baja remuneración. Entre los gerentes y directores, predominan ampliamente los hombres. Mientras las empleadas de oficina se concentran en una ocupación subordinada (secretarias), los empleados de oficina se distribuyen en una gama más variada. En las ocupaciones manuales, los hombres se agrupan en los trabajos calificados y las mujeres en el servicio doméstico.

En esta sección se examinan las diferencias observadas en la distribución por ocupaciones, categoría en las ocupaciones e ingre-

sos promedio de hombres y mujeres activos de la Región Metropolitana de Santiago en 1990, con la finalidad de apreciar la manera en que los cambios económicos experimentados por la economía y el mercado de trabajo metropolitano en los 15 años anteriores se expresan en estas características de segmentación del mercado laboral.

Al examinar la distribución porcentual de hombres y mujeres activos en la metrópoli en 1990, se observa que entre las últimas la proporción en ocupaciones no manuales era mayor (38.5% contra 30.7% de los varones). Sin embargo, más de la mitad de esas mujeres eran oficinistas, mientras que entre los hombres los profesionales y directivos tenían una mayor representación (Cuadro IV.22). De las mujeres activas con más de 12 años de escolaridad, el 50.9% eran profesionales, técnicas o directivas, mientras que entre los varones con escolaridad equivalente esa proporción correspondió al 76.9%. En los tramos más bajos de escolaridad (menos de 4 años de instrucción primaria), el 72% de los hombres eran obreros o empleados, mientras que el 74% de las mujeres eran sirvientas, trabajadoras por cuenta propia o familiares no remuneradas (INE, resultados de la Encuesta de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990).

Durante el decenio de los ochenta, las mujeres representaron más de la mitad de los profesionales y técnicos activos en la Región Metropolitana de Santiago (Cuadro IV.23). No obstante, los varones constituyeron más del 70% de los activos en profesiones cuyos ingresos promedio eran comparativamente más elevados (arquitectos, ingenieros, agrónomos, médicos, etc.), y menos del 30% de los activos en las profesiones de menor remuneración (maestros, profesores, enfermeros, parteros, paramédicos) (Cuadro IV.22). A la inversa, las mujeres predominaron ampliamente en estas últimas ocupaciones, las que concentraron a una gran mayoría de las profesionales y técnicas activas en 1990 y a una minoría de los hombres con igual calificación (Cuadro IV.24). Las diferencias se dieron también dentro de cada grupo de ocupación. En la ocupación "profesores y maestros", por ejemplo, los varones prevalecieron entre los profesores universitarios y las mujeres entre los profesores secundarios y los maestros de enseñanza básica (Cuadro IV.25). Entre los trabajadores manuales, más de la mitad de los hombres eran obreros y artesanos calificados, mientras que entre las mujeres predominaron las trabajadoras no calificadas, especialmente en el servicio doméstico.

Cuadro IV.22

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE  
ACTIVA DE LA REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO,  
POR GRUPOS DE OCUPACION, SEGUN SEXO (1990)**

Grupos de ocupación	Sexo	
	Hombres	Mujeres
No manuales	30.7	38.5
Directores y gerentes	6.6	2.9
Profesionales y técnicos de altos ingresos <sup>a</sup>	5.5	2.3
Profesionales y técnicos ingresos medios y bajos <sup>b</sup>	3.7	12.2
Propietarios agrícolas	1.3	0.1
Oficinistas	13.6	21.0
Manuales	69.3	61.5
Vendedores	11.7	14.7
Operarios y artesanos calificados	37.4	10.6
Obreros no calificados	13.5	4.4
Trabajadores de los servicios personales y de los hogares	6.7	31.8
Total	100.0	100.0

*Fuente:* INE, resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Comprende las profesiones cuyos ingresos promedio mensuales en 1990 eran de \$190 000 o más: Arquitectos, ingenieros, químicos, físicos, farmacéuticos, agrónomos, veterinarios, biólogos, médicos, cirujanos, dentistas, científicos (matemáticas, economía, sociología, etc.).

<sup>b</sup> Comprende las profesiones cuyos ingresos mensuales promedio en 1990 eran inferiores a \$190 000: Abogados, jueces, profesores, maestros, enfermeros, parteros, matronas, paramédicos, artistas, entrenadores, escritores, religiosos y otros profesionales y técnicos.

Cuadro IV.23

**EVOLUCION DE LA PROPORCION DE MUJERES EN OCUPACIONES  
PROFESIONALES Y TECNICAS ENTRE LAS PERSONAS  
ECONOMICAMENTE ACTIVAS DE SANTIAGO  
(1952, 1960, 1970, 1982, 1990) <sup>a</sup>**

1952	1960	1970	1982	1990
41.7	48.8	47.2	51.3	50.5

*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre 1990.

<sup>a</sup> Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a la Provincia de Santiago; los de 1982 y 1990 corresponden a la Región Metropolitana de Santiago.

Cuadro IV.24

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS PERSONAS ECONOMICAMENTE  
ACTIVAS DE LA REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO EN LAS  
OCUPACIONES PROFESIONALES Y TECNICAS, POR GRUPOS DE  
OCUPACION, SEGUN SEXO (1990)**

Grupos de ocupación	Sexo		TOTAL
	Hombres	Mujeres	
Profesiones científico-técnicas (excepto médicas)	87.4	12.6	100.0
Médicos, cirujanos y dentistas	65.9	34.1	100.0
Abogados y jueces	55.6	44.4	100.0
Profesores y maestros	29.2	70.8	100.0
Enfermeros, parteros, paraméd.	14.1	85.9	100.0
Artistas, escritores y otros	61.9	38.1	100.0
TOTAL	49.4	50.6	100.0

*Fuente:* INE, resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

Cuadro IV.25

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS PERSONAS ECONOMICAMENTE  
ACTIVAS EN LA OCUPACION PROFESORES Y MAESTROS DE LA  
REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO, POR SUBGRUPOS  
DE OCUPACION, SEGUN SEXO (1990)**

Subgrupos de ocupación	Sexo		TOTAL
	Hombres	Mujeres	
Profesores universitarios	59.0	41.0	100.0
Profesores secundarios	34.1	65.9	100.0
Maestros primarios	21.2	78.8	100.0
TOTAL	29.2	70.8	100.0

*Fuente:* INE, resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

Estas diferencias determinan que las remuneraciones promedio de las mujeres económicamente activas de la Región Metropolitana de Santiago sean sustancialmente más bajas que las de los varones activos. En 1990, el ingreso promedio de las mujeres equivalía al 62% del ingreso promedio de los hombres activos (Cuadro IV.26). Entre los trabajadores no manuales, las diferencias más marcadas se dieron en las actividades que concentran en forma mayoritaria a las mujeres (oficinistas y profesionales de ingresos medios y bajos). Entre los trabajadores manuales, las remuneraciones de operarios y artesanos calificados y las de los vendedores mostraron significativas desigualdades por sexo. La diferencia es mayor entre los trabajadores no calificados de los servicios, en que las mujeres percibían, en promedio, poco más de la mitad del ingreso promedio de los hombres. El menor ingreso promedio del total de mujeres activas está determinado principalmente por las diferencias de remuneración por sexo entre los trabajadores manuales de los servicios y la elevada proporción de las mujeres activas que se concentra en este grupo.

Cuadro IV.26  
**INGRESO PROMEDIO MENSUAL DE LAS PERSONAS  
ECONOMICAMENTE ACTIVAS DE LA REGION METROPOLITANA DE  
SANTIAGO, EN CADA GRUPO DE OCUPACION, SEGUN SEXO (1990)**

Grupos de ocupación	Sexo		% M/H
	Hombres	Mujeres	
Directores y gerentes	\$358 469	\$315 675	88.1
Profesionales y técnicos altos ingresos <sup>a</sup>	\$281 331	\$221 522	78.5
Profesionales y técnicos ingresos medios y bajos <sup>b</sup>	\$110 680	\$ 81 638	73.8
Propietarios agrícolas	\$115 529	\$ 81 491	70.5
Oficinistas	\$ 92 150	\$ 64 440	69.9
Vendedores	\$ 71 855	\$ 45 450	63.3
Operarios y artesanos calificados	\$ 52 602	\$ 32 178	61.2
Obreros no calificados	\$ 33 910	\$ 32 015	94.4
Trabajadores de los servicios personales y de los hogares	\$ 44 274	\$ 23 595	53.3
TOTAL	\$ 88 862	\$ 54 974	61.9

Ingreso promedio del total de la PEA: \$ 76 070.

*Fuente:* INE, resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Comprende las profesiones cuyos ingresos promedio mensuales en 1990 eran de \$190 000 o más : Arquitectos, ingenieros, químicos, físicos, farmacéuticos, agrónomos, veterinarios, biólogos, médicos, cirujanos, dentistas, científicos (matemáticas, economía, sociología, etc.).

<sup>b</sup> Comprende las profesiones cuyos ingresos mensuales promedio en 1990 eran inferiores a \$190 000: Abogados, jueces, profesores, maestros, enfermeros, parteros, matronas, paramédicos, artistas, entretenedores, escritores, religiosos y otros profesionales y técnicos.

Al desglosar los grupos de ocupación en subgrupos, se observa que la diferencia de ingresos promedio entre hombres y mujeres fue mayor en algunas ocupaciones. Entre los oficinistas, destacan las contadoras cuyos ingresos equivalían al 47.8% de los de sus colegas varones, las cajeras (55.5%) y las operadoras de máquinas de oficina (53.3%). Entre los vendedores, las dependientes y ambulantes percibían, en promedio, el 62.5% de la remuneración de sus compañeros de ocupación. Entre los trabajadores manuales calificados, las obreras de las industrias de vidrio, de cerámica, químicas, alimenticias, de fabricación de papel y celulosa y de equipos eléctricos eran las que recibían remuneraciones más bajas, comparativamente, que las de los varones (entre el 52% y el 60%). Y entre los no calificados, la mayor diferencia se daba, como se indicó, entre los trabajadores en servicios personales y de los hogares (53%).

Para comparar las diferencias en la proporción de hombres y mujeres activos en distintos tramos de ingresos, se establecieron cuatro categorías con un límite mínimo de \$35 000 al mes (cifra que equivalía aproximadamente a la mitad del ingreso promedio y a poco más del salario mínimo legal vigente en diciembre de 1990); y una cota superior de \$230 000 y más; entre ambos extremos se identificaron dos clases intermedias (\$35 000 a \$76 059 y \$76 060 a \$229 999). De este ejercicio resultó que más de la mitad de las mujeres activas que declararon ingresos ganaban menos que el límite inferior de \$35 000, contra apenas un 14% de los hombres activos (Cuadro IV.27). Un 35.5% de las mujeres percibían más del límite mínimo pero menos del promedio (en total, 86.8% ganaba menos del promedio) y un 53.4% de los hombres se agrupaba en ese tramo intermedio. Por encima del ingreso promedio, nuevamente se marcó la desventaja de las mujeres: allí se situaban un 13.2% de ellas y un 32.3% de los hombres activos. En el tramo superior (igual o más de tres veces el promedio), se encontró un 3.6% de las mujeres y un 11% de los hombres activos.

En suma, las mujeres activas de Santiago en 1990, a pesar de significar un tercio de la fuerza de trabajo de la metrópoli, representaban el 70% del segmento de menores ingresos entre los activos. Cerca de la mitad de las mujeres activas ganaban menos del salario mínimo legal, mientras que esa situación afectaba entre el 10% y el 15% de los varones. El 87% de las mujeres activas percibía menos del ingreso promedio del conjunto de los activos, y todas las mujeres activas ganaban, en promedio, 38% menos que los

hombres activos. Por último, apenas un 3.5% de las mujeres percibía un ingreso igual o superior a \$230 000, mientras que la mayor parte de los profesionales y técnicos varones ganaban más que esa cantidad.

La distribución de hombres y mujeres activos en Santiago según grupos de ocupación, ingresos promedio y estratos de ingreso permite calificar al mercado de trabajo metropolitano como altamente segregado por género. Las ocupaciones femeninas o con alta concentración de mano de obra femenina se caracterizan por las más bajas remuneraciones dentro de su grupo de ocupaciones. Varias de las actividades en las que ha aumentado la fuerza de trabajo femenina o que han tendido a hacerse femeninas en los últimos años, se encuentran en los estratos de más bajos ingresos (obreras agrícolas, servicio doméstico) y otras se distinguen por las mayores diferencias entre hombres y mujeres (oficinistas, vendedoras dependientes y ambulantes, obreras de industrias de vidrio, cerámica, químicas, alimenticias, de fabricación de papel y celulosa y de equipos eléctricos).

Cuadro IV.27

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA DE LA REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO, POR ESTRATOS DE INGRESO MENSUAL, SEGUN SEXO (1990)**

Estratos de ingreso mensual promedio	Sexo		TOTAL
	Hombres	Mujeres	
Menos de \$35 000	14.3	51.3	28.3
De \$35 000 a \$76 059	53.4	35.5	46.7
De \$76 060 a \$229 999	21.4	9.6	16.9
\$230 000 o más	10.9	3.6	8.1
<b>TOTAL</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>

*Fuente:* INE, resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

Esta situación desfavorable para las mujeres no responde a diferencias de calificación entre ambos sexos. Como ya se indicó, ellas representaban más de la mitad de los profesionales y técnicos activos en la ciudad en 1990 y la escolaridad promedio de las mujeres en edad de trabajar y de las activas era igual —e incluso ligeramente superior— a la de los varones. Desde el punto de vista de las horas que trabajaban en promedio, el 80% lo hacía 40 horas semanales o más y otro 13%, entre 26 y 39 horas a la semana. Entre los hombres, esas proporciones correspondían al 93.6% y al 4.5%, respectivamente (INE, resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990). Además, se ha percibido con base en resultados de la misma encuesta, un aumento de las horas trabajadas por mujeres entre 1986 y 1990 (León, 1991a). De manera que no existía una proporción sustantiva de mujeres limitadas a emplearse en jornadas parciales que pudiera justificar en parte las grandes desigualdades de remuneración entre hombres y mujeres activos.

Igual calificación de la oferta de mano de obra remite a la estructura del mercado de trabajo desde el punto de vista de la demanda de mano de obra. La situación expuesta pone de manifiesto que la segmentación por sexo del mercado laboral metropolitano no responde a situaciones de coyuntura, sino a profundos rasgos estructurales que involucran la tipificación por sexo de las ocupaciones y el tipo de puestos de trabajo, que definen y redefinen los roles laborales para mujeres y hombres.

Las tendencias de la economía en los últimos años, en que se ha expandido la participación en la actividad de mujeres unidas y mayores de 25 años, parecen favorecer la expansión de la fuerza de trabajo femenina únicamente en las ocupaciones en que las condiciones de trabajo se han hecho más precarias (vendedoras, obreras agrícolas, obreras de algunas ramas de la industria). Al mismo tiempo, se mantienen inalteradas las tradicionales concentraciones de mujeres en las profesiones de los servicios sociales y comunitarios, los empleos de secretaria y el servicio doméstico. Esta situación contrasta con el marcado cambio en la calificación de las mujeres, ocurrido en los últimos dos decenios, producto del incremento de su escolaridad.

## V. LA PARTICIPACION DE LAS INMIGRANTES EN LA ACTIVIDAD ECONOMICA

### 1. El diferente grado de participación de inmigrantes y no inmigrantes

La vinculación entre la carencia de alternativas ocupacionales en los lugares de origen, la fuerte motivación por trabajar de las mujeres que migran y el atractivo que ejerce el mercado laboral de Santiago, se expresan en las tasas de participación en la actividad de las inmigrantes, que son claramente superiores a las de las no inmigrantes residentes en la metrópoli (Cuadro V.1). Al examinar la participación por grupos de edades, se observa que la diferencia entre inmigrantes y no inmigrantes se concentra casi exclusivamente entre los 15 y los 24 años; en edades superiores, las tasas de participación son más cercanas y después de los 40 años la diferencia se revierte (Cuadros V.1 y V.2). Las cifras disponibles sugieren que en la medida que siga disminuyendo el peso de las adolescentes entre las inmigrantes a Santiago —reducción que parece vincularse, entre otros factores, a la expansión geográfica de los servicios de enseñanza— las diferencias en la participación económica entre inmigrantes y no inmigrantes tenderán a ser menores.

La participación de las mujeres activas en el empleo también registra diferencias según la condición migratoria. En la encuesta de 1962, se encontró menor desocupación entre las inmigrantes recientes de 15 a 24 años que entre las no inmigrantes de la misma edad, pero después de los 25 años la desocupación era mayor entre las primeras (Cuadro V.3). Tal situación es interpretada por Elizaga (1970) como un resultado de la mayor inserción de las inmigrantes jóvenes en el servicio doméstico, cuyas tasas de desocupación serían menores que las del resto de las actividades. En las muestras de los censos de 1970 y 1982, el desempleo de las

Cuadro V.1  
**TASAS DE PARTICIPACION EN LA ACTIVIDAD ECONOMICA DE  
 MUJERES INMIGRANTES Y NO INMIGRANTES DE SANTIAGO,  
 POR GRANDES GRUPOS DE EDADES**  
 (1962, 1970, 1982)

Condición migratoria y grandes grupos de edades <sup>a</sup>	1962	1970	1982
<b>Total</b>			
Inmigrantes	45.5 <sup>b</sup>	38.4 <sup>c</sup>	40.5 <sup>d</sup>
No inmigrantes	31.8	24.6	27.3
<b>15 a 24 años</b>			
Inmigrantes	57.0	48.6	45.3
No inmigrantes	30.3	23.5	21.7
<b>25 a 29 años</b>			
Inmigrantes	39.6	34.1	37.2
No inmigrantes	35.1	29.4	33.9

*Fuente:* Para 1962: Encuesta sobre Inmigración al Gran Santiago, (Elizaga, 1970). Para 1970 y 1982: CELADE, muestras de los Censos de Población de 1970 y 1982 de la Provincia de Santiago y la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>a</sup> Las tasas de participación se calcularon, en 1962, para la población femenina de 14 años y más; en 1970, para las mujeres de 12 años y más; y en 1982, para las mujeres de 15 años y más.

<sup>b</sup> Mujeres que llegaron a vivir al Gran Santiago entre 1952 y 1962.

<sup>c</sup> Mujeres que llegaron a vivir a la Provincia de Santiago entre 1965 y 1970.

<sup>d</sup> Mujeres que llegaron a vivir a la Región Metropolitana de Santiago entre 1977 y 1982.

Cuadro V.2  
**TASAS DE PARTICIPACION FEMENINA EN LA ACTIVIDAD  
ECONOMICA EN SANTIAGO, POR GRUPOS QUINQUENALES  
DE EDADES, SEGUN CONDICION MIGRATORIA <sup>a</sup>**  
(1970, 1982)

Grupos de edades	Condición migratoria y año					
	1970			1982		
	Migrantes	No inmigrantes	Total	Migrantes	No inmigrantes	Total
15 a 19	46.5	12.8	18.2	39.4	9.5	12.7
20 a 24	51.2	37.3	39.4	49.4	34.3	36.8
25 a 29	42.3	34.8	35.6	49.0	40.0	41.0
30 a 34	35.3	32.1	32.3	43.1	36.7	37.2
35 a 39	36.3	30.9	31.1	46.4	36.6	37.3
40 a 44	32.3	30.6	30.7	35.0	35.5	35.5
45 a 64	19.9	22.5	22.3	20.9	25.1	24.9
65 y más	5.9	6.2	6.2	5.3	5.6	5.6
TOTAL	38.4	24.6	25.7	40.5	27.3	28.4

*Fuente:* CELADE, Muestras de los Censos de Población de 1970 y 1982 para la Provincia de Santiago y la Región Metropolitana de Santiago, respectivamente.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo a cada censo. Los datos de 1970 corresponden a la Provincia de Santiago y los de 1982 a la Región Metropolitana de Santiago.

Cuadro V.3

TASAS DE DESOCUPACION FEMENINA EN EL GRAN SANTIAGO, POR  
GRANDES GRUPOS DE EDADES, SEGUN CONDICION MIGRATORIA <sup>a</sup>  
(1962)

Grupos de edades	Inmigrantes	No inmigrantes
15 a 24	0.6	2.2
25 a 59	2.2	1.5
TOTAL	1.3	1.7

Fuente: Encuesta sobre Inmigración al Gran Santiago, (Elizaga, 1970).

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo a cada censo.

inmigrantes sólo fue menor que el de las no inmigrantes entre los 20 y los 24 años y entre los 45 y 64 años (Cuadro V.4).<sup>41</sup> Al examinar la proporción de desocupadas entre las mujeres activas por ocupación, se observa que, como sostiene Elizaga, esta proporción es mayor entre las inmigrantes en actividades no manuales y en ocupaciones manuales distintas del servicio doméstico (Cuadro V.5). La menor absorción ocupacional de las inmigrantes incrementa ligeramente las proporciones de desocupadas entre el total de las profesionales, técnicas y directivas, y su mayor absorción en el servicio doméstico disminuye en forma leve la desocupación del total de mujeres de este grupo. Los demás grupos de ocupaciones no se ven afectados. De estas diferencias se puede inferir que, con excepción de las jóvenes que se insertan en el servicio doméstico, las inmigrantes tienen más dificultades para emplearse —especialmente cuando se trata de profesionales y técnicas— y experimentan con mayor frecuencia el desempleo que las no inmigrantes.

<sup>41</sup> La tasa de desocupación se refiere a la razón de personas que han trabajado antes y dejaron de trabajar, sobre la población en edad de trabajar. La tasa de desempleo, en cambio, incluye también a las que buscan trabajo por primera vez.

Cuadro V.4  
**TASAS DE DESEMPLEO DE LAS MUJERES ECONOMICAMENTE  
 ACTIVAS DE SANTIAGO, POR GRUPOS DE EDADES, SEGUN  
 CONDICION MIGRATORIA <sup>a</sup>  
 (1970, 1982)**

Grupos de edades	Condición migratoria y año 1970		Condición migratoria y año 1982	
	Inmigrantes	No inmigrantes	Inmigrantes	No inmigrantes
15 a 19	1.5	0.8	5.1	2.7
20 a 24	1.6	1.9	6.4	9.8
25 a 29	1.0	0.8	7.1	6.1
30 a 34	1.4	0.4	4.3	4.1
35 a 39	0.6	0.4	6.2	3.8
40 a 44	0.4	0.4	6.5	3.3
45 a 64	0.3	0.4	2.0	2.3
65 y más	0.5	0.3	0.6	0.6
TOTAL	1.0	0.5	5.2	4.3

*Fuente:* CELADE, Muestras de los Censos de Población de 1970 y 1982 para la Provincia de Santiago y la Región Metropolitana de Santiago, respectivamente.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo a cada censo.

Cuadro V.5  
**PROPORCION DE DESOCUPADAS ENTRE LA POBLACION  
 ECONOMICAMENTE ACTIVA DE LAS MUJERES DE LA REGION  
 METROPOLITANA DE SANTIAGO, POR GRUPOS DE OCUPACION,  
 SEGUN CONDICION MIGRATORIA <sup>a</sup>**  
 (1982)

Grupos de ocupación	Inmigrantes	No inmigrantes	TOTAL
Profesionales, técnicas y directivas	12.2	5.6	6.2
Oficinistas	15.9	12.4	12.6
Trabajadoras manuales no domésticas	15.7	13.9	14.0
Trabajo doméstico	4.6	8.3	7.4
TOTAL	8.7	10.7	10.4

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982 para la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

## 2. La diferente estructura ocupacional de inmigrantes y no inmigrantes

La distribución de las inmigrantes económicamente activas por grandes grupos de ocupación mostró, también, importantes diferencias con las no inmigrantes. En los tres momentos analizados (1962, 1970 y 1982), la participación de las primeras en las ocupaciones no manuales fue mucho menor y entre las ocupaciones manuales la proporción de las que se instalaron en el servicio doméstico más que duplicó la de las no inmigrantes. Sin embargo, entre 1962 y 1982, la actividad de las inmigrantes en el servicio doméstico fue ligeramente decreciente, mientras que la de las no inmigrantes aumentó (Cuadro V.6). La progresiva transformación de este servicio en un oficio "puertas afuera", analizado en el capítulo IV,

Cuadro V.6

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES ECONOMICAMENTE  
ACTIVAS DE SANTIAGO, POR GRANDES GRUPOS DE OCUPACION,  
SEGUN CONDICION MIGRATORIA  
(1962, 1970, 1982)**

Grandes grupos de ocupación	1962		1970		1982	
	Inmi- grantes	No inmi- grantes	Inmi- grantes	No inmi- grantes	Inmi- grantes	No inmi- grantes
No manuales	20.2	42.1	13.3	30.8	24.8	39.7
Manuales	79.8	57.9	86.7	69.2	75.2	60.3
Vendedoras, obreras y artesanas	15.6	44.0	23.2	44.0	15.6	34.0
Trabajo doméstico	64.2	13.9	63.5	25.2	59.6	26.3
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

*Fuente:* Para 1962: Encuesta sobre Inmigración al Gran Santiago, (Elizaga, 1970). Para 1970 y 1982: CELADE, muestras de los Censos de Población de 1970 y 1982 para la Provincia de Santiago y para la Región Metropolitana de Santiago, respectivamente.

tiende a acentuar estas tendencias después de 1982. La participación de las inmigrantes en otras actividades manuales más calificadas ha sido considerablemente más baja que entre las no inmigrantes. Al examinar la distribución de inmigrantes y no inmigrantes en actividades manuales y no manuales por grupos de edades en 1982, se observa que casi todas las activas de 15 a 19 años se concentraban en los oficios manuales. En el grupo de 20 a 24 años hay, sin embargo, una diferencia muy importante: entre las inmigrantes, las trabajadoras manuales sobrepasaron el 80%, pero entre las no inmigrantes éstas representaron menos del 60%; entre los 30 y los 44 años, en cambio, la distribución entre manuales y no manuales fue semejante para ambos grupos. Estas proporciones sugieren que las mujeres activas de 15 a 19 años eran las que contaban con menor instrucción y capacitación laboral —tal vez pertenecían a estratos pobres, lo que incidiría en su precoz incorporación a la vida del trabajo— y, por lo mismo, la condición migratoria no presentó un papel discriminatorio respecto del tipo de ocupación.

Esas mismas cifras permitirían suponer que la mayor participación de mujeres escolarizadas se presenta entre los 25 y los 34 años en el caso de las no inmigrantes y entre los 30 y los 44 años entre las inmigrantes (Cuadro V.7).

Aunque la proporción de no inmigrantes de 15 a 19 años en actividades manuales es alta, ha de tenerse en cuenta que, como su tasa de participación es reducida, su magnitud absoluta es más bien pequeña; por lo tanto, en términos de cifras absolutas, las trabajadoras no inmigrantes adquieren especial significación después de los 30 años. Entre las inmigrantes, en cambio, la concentración en actividades manuales ocurre en edades jóvenes, coincidiendo con altas tasas de participación económica. Cerca de la mitad de las inmigrantes en edad de trabajar llegadas entre 1977 y 1982 tenían menos de 25 años y alrededor del 50% de ellas participaba en la actividad económica, casi exclusivamente en actividades manuales; las inmigrantes de mayor edad mantenían una elevada participación hasta los 39 años, pero alrededor de un 40% eran trabajadoras no manuales. Entre las no inmigrantes, las muy jóvenes participaban escasamente en la economía y cuando lo hacían intervenían en actividades manuales; las jóvenes de 20 a 30 años tenían tasas de participación relativamente altas y cerca de la mitad se ubicaron en actividades no manuales; por último, las de 35 años y más participaban en proporciones más elevadas, en actividades manuales. La distribución de las inmigrantes activas se vincula más con su mayor necesidad de trabajar y su selectividad por edad al momento de la migración; la distribución de las no inmigrantes está más relacionada con los cambios estructurales que experimentó el mercado de trabajo femenino a partir de la implantación del nuevo modelo económico (mayor participación de mujeres de más edad, como reacción ante la necesidad de trabajar originada por la disminución de los ingresos en los hogares pobres y de los sectores medios).

Otra característica de la distribución de las migrantes activas desde 1962 hasta 1982, según su ocupación, es su polaridad. Entre las activas no manuales, las inmigrantes tienen mayor proporción de profesionales y técnicas que las no inmigrantes, y entre las trabajadoras manuales su concentración en el servicio doméstico es cercana al 80%, mucho más alta que en el caso de las no inmigrantes (Cuadros V.8 y V.9).

Cuadro V.7  
**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES ECONOMICAMENTE  
 ACTIVAS DE LA REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO, POR  
 GRUPOS DE EDADES Y GRANDES GRUPOS DE OCUPACION,  
 SEGUN CONDICION MIGRATORIA <sup>a</sup>**  
 (1982)

Grupos de edades y grandes grupos de ocupación	Condición migratoria	
	Inmigrantes	No inmigrantes
15 a 19 años		
No manuales	2.9	8.4
Manuales	97.1	91.6
20 a 24 años		
No manuales	17.7	42.2
Manuales	82.3	57.8
25 a 29 años		
No manuales	36.4	51.4
Manuales	63.6	48.6
30 a 34 años		
No manuales	44.5	47.3
Manuales	55.5	52.7
35 a 39 años		
No manuales	39.0	43.1
Manuales	61.0	56.9
40 a 44 años		
No manuales	39.6	35.4
Manuales	60.4	64.6
45 a 64 años		
No manuales	34.9	29.8
Manuales	65.1	70.2
65 y más años		
No manuales	21.4	22.2
Manuales	78.6	77.8

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982 para la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

Cuadro V.8

**PROPORCION DE PROFESIONALES Y TECNICAS ENTRE LAS MUJERES  
ECONOMICAMENTE ACTIVAS DE SANTIAGO EN OCUPACIONES NO  
MANUALES, SEGUN CONDICION MIGRATORIA  
(1962, 1970, 1982)**

Condición migratoria	1962	1970	1982
Migrantes	45.8	42.1	43.6
No inmigrantes	28.1	40.2	39.3

*Fuente:* Para 1962: Encuesta sobre Inmigración al Gran Santiago, (Elizaga, 1970). Para 1970 y 1982: CELADE, muestras de los Censos de Población de 1970 y 1982 para la Provincia de Santiago y para la Región Metropolitana de Santiago, respectivamente.

Cuadro V.9

**PROPORCION DE TRABAJADORAS DOMESTICAS ENTRE LAS MUJERES  
ECONOMICAMENTE ACTIVAS DE SANTIAGO EN OCUPACIONES  
MANUALES, SEGUN CONDICION MIGRATORIA  
(1962, 1970, 1982)**

Condición migratoria	1962	1970	1982
Inmigrantes	80.4	76.8	79.2
No inmigrantes	24.0	38.7	42.0

*Fuente:* Para 1962: Encuesta sobre Inmigración al Gran Santiago, (Elizaga, 1970). Para 1970 y 1982: CELADE, muestras de los Censos de Población de 1970 y 1982 para la Provincia de Santiago y para la Región Metropolitana de Santiago, respectivamente.

Al examinar la inserción según categoría ocupacional, la encuesta de 1962 y las muestras censales de 1970 y 1982 coinciden en indicar una baja propensión de las mujeres metropolitanas, en general, y de las inmigrantes, en particular, a insertarse en actividades por cuenta propia (Cuadro V.10). Esta es una característica particular del mercado de trabajo de la Región Metropolitana de Santiago en todo el período analizado, ya que en otras capitales de América Latina la participación de las mujeres de escasos recursos en el comercio ambulante es elevada, especialmente si se trata de inmigrantes. En el caso de Santiago, la proporción de inmigrantes en actividades por cuenta propia se ha mantenido por debajo de la correspondiente a las no inmigrantes, de manera que su presencia no parece haber tenido un efecto significativo en la expansión del comercio ambulante femenino en los ochenta.

Cuadro V.10  
MUJERES ECONOMICAMENTE ACTIVAS DE SANTIAGO, POR  
CATEGORIA EN LA OCUPACION, SEGUN CONDICION MIGRATORIA  
(1962, 1970, 1982)

Categoría en la ocupación	1962		1970		1982	
	Inmi-grante	No Inmi-grante	Inmi-grante	No inmi-grante	Inmi-grante	No inmi-grante
Empleadora	–	4.1	1.1	2.5	0.9	2.5
Trabajadora por cuenta propia	7.3	22.4	5.8	17.5	4.0	11.1
Asalariada	89.7	70.6	90.8	79.1	94.8	84.7
Familiar no remunerada	3.0	2.9	2.3	0.9	0.5	1.7
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

*Fuente:* Para 1962: Encuesta sobre Inmigración al Gran Santiago, (Elizaga, 1970). Para 1970 y 1982: CELADE, muestras de los Censos de Población de 1970 y 1982 para la Provincia de Santiago y para la Región Metropolitana de Santiago, respectivamente.

Como ya se dijo, la importante concentración de las inmigrantes en el servicio doméstico está muy determinada por una mayor participación en la actividad de las adolescentes y por la juventud de las inmigrantes. En 1982, la diferencia en la concentración en el servicio doméstico entre inmigrantes y no inmigrantes se aminoró después de los 25 años de edad (Cuadro V.11). La distribución de las mujeres activas de Santiago en ese año permite advertir grandes diferencias según condición migratoria tanto entre empleadas de oficina, trabajadoras del comercio, obreras y artesanas, en que las inmigrantes tienen baja participación, como entre las trabajadoras domésticas, donde su inserción es muy elevada (Cuadro V.12). Examinando estas cifras conjuntamente con las tasas de desocupación y desempleo, se reafirma la impresión de que las oportunidades de inserción ocupacional para las inmigrantes son menos amplias que para las no inmigrantes. Como la proporción de mujeres profesionales y técnicas es aún una pequeña fracción del total de la población femenina del país en edad de trabajar, la selectividad positiva por escolaridad en los lugares de origen y la elevación de los niveles de educación de las inmigrantes no parecieran haber contribuido a modificar sustancialmente sus opciones ocupacionales.

Cuadro V.11

PROPORCION DE TRABAJADORAS DOMESTICAS ENTRE LAS MUJERES ECONOMICAMENTE ACTIVAS EN OCUPACIONES MANUALES DE LA REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO, POR CONDICION MIGRATORIA, SEGUN GRUPOS DE EDADES (1982)

Condición migratoria <sup>a</sup>	Grupos de edades				
	15 a 19	20 a 24	25 a 44	45 a 64	65 y más
Inmigrante	89.8	84.1	60.8	65.2	54.5
No inmigrante	57.5	43.1	42.2	42.8	46.0

Fuente: CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982 para la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

Cuadro V.12  
**DISTRIBUCION PROPORCIONAL DE LAS MUJERES  
ECONOMICAMENTE ACTIVAS DE LA REGION METROPOLITANA  
DE SANTIAGO, POR GRUPOS DE OCUPACION,  
SEGUN CONDICION MIGRATORIA <sup>a</sup>**  
(1982)

Grupos de ocupación	Inmigrantes	No inmigrantes
<b>No manuales</b>	<b>24.7</b>	<b>39.7</b>
Profesionales altos ingresos	3.5	4.5
Profesionales y técnicas ingresos medios y bajos	7.3	11.1
Directivas	0.8	1.3
Oficinistas	13.1	22.8
<b>Manuales</b>	<b>75.3</b>	<b>60.3</b>
Vendedoras	7.4	13.3
Obreras y artesanas	5.4	15.4
Servicios personales no domésticos	2.9	5.3
Servicio doméstico	59.6	26.3
<b>TOTAL</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982 para la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

Al examinar la estructura por edades de la población femenina inmigrante y no inmigrante en 1982, se pone de manifiesto la mayor juventud de la primera; en efecto, entre los 15 y 25 años se concentraba cerca de la mitad de las inmigrantes y bastante menos de un tercio de las no inmigrantes; mientras que alrededor de un cuarto de las inmigrantes tenía más de 35 años, casi la mitad de las

no inmigrantes se ubicaban en esos grupos de edades (Cuadro V.13). Sin embargo, estas discrepancias no son suficientes como para dar cuenta, por sí solas, de las diferencias según grupos de edades en la participación económica y en el empleo (Cuadros V.1 a V.4). A su vez, como ya se comentaba, las desigualdades en la escolaridad son reducidas (Cuadro III.6). No obstante, el patrón de participación de inmigrantes y no inmigrantes según su nivel de instrucción es diverso; estas últimas presentaron tasas de participación en la actividad superiores al 30%, únicamente cuando tenían diez o más años de estudio, y se acercaban al 60% cuando tenían estudios universitarios o equivalentes. En cambio, las inmigrantes tenían tasas de participación superiores al 30% en to-

Cuadro V.13  
DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION FEMENINA DE 15  
AÑOS Y MAS DE LA REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO, POR  
GRUPOS DE EDADES, SEGUN CONDICION MIGRATORIA <sup>a</sup>  
(1982)

Grupos de edades	Inmigrantes	No inmigrantes
15 a 19	20.2	15.0
20 a 24	26.1	14.3
25 a 29	16.4	12.2
30 a 34	9.6	10.5
35 a 39	6.9	9.3
40 a 44	4.2	7.8
45 a 64	11.6	21.9
65 y más	4.9	9.0
TOTAL	100.0	100.0

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982 para la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

dos los tramos de escolaridad, excediendo del 40% cuando su nivel de instrucción era de 4 a 9 años; cabe añadir que el grupo de inmigrantes con estudios superiores es el único cuyo grado de participación económica fue menor que el de las no inmigrantes (Cuadro V.14). En 1982, la menor escolaridad no parece haber sido un determinante de mayor desempleo: tanto las inmigrantes como las no inmigrantes presentaron tasas de desempleo que aumentaban conforme se elevaba su escolaridad. Si bien los niveles de escolaridad definen en una medida importante la concentración en ocupaciones manuales, esta definición se ve alterada por la condición migratoria. Tanto las inmigrantes como las no inmigrantes con menos de 7 años de estudio se agrupaban en actividades manuales en 1982, pero en los tramos superiores, hasta los 12 años, se observaron diferencias significativas; la mayoría de las inmigrantes con 10 a 12 años de escolaridad se ubicaban en actividades manuales,

Cuadro V.14

**TASAS DE PARTICIPACION EN LA ACTIVIDAD Y DE DESEMPLEO DE LAS MUJERES DE 15 AÑOS Y MAS DE LA REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO, POR AÑOS DE ESTUDIO APROBADOS, SEGUN CONDICION MIGRATORIA <sup>a</sup> (1982)**

Nivel de instrucción	Tasas de participación		Tasas de participación	
	Inmigrantes	No inmigrantes	Inmigrantes	No inmigrantes
0 a 3	32.1	20.2	2.4	2.1
4 a 6	40.4	22.4	4.6	2.9
7 a 9	43.0	21.5	4.9	3.8
10 a 12	38.6	31.9	6.0	6.1
13 o más	48.9	56.6	7.9	7.2
TOTAL	40.5	27.3	5.2	4.3

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982 para la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

mientras que las no inmigrantes con igual nivel de instrucción eran preferentemente no manuales (Cuadro V.15). La mayor concentración de trabajadoras inmigrantes en el servicio doméstico, como su escasa participación en otras actividades manuales, determinó que la distribución porcentual de las mujeres desocupadas en 1982, por sector y rama de actividad, fuera diferente según su condición migratoria: las inmigrantes desocupadas se ubicaron preferentemente en el servicio doméstico, mientras que las no inmigrantes desocupadas lo hicieron en un grado más alto en el sector secundario; ambos grupos de mujeres presentaron una proporción significativa de desocupadas en los servicios no domésticos (Cuadro V.16).

Cuadro V.15  
DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES ECONOMICAMENTE  
ACTIVAS DE LA REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO, DE  
DISTINTOS NIVELES DE ESCOLARIDAD, POR TIPO DE OCUPACION,  
SEGUN CONDICION MIGRATORIA <sup>a</sup>  
(1982)

Años de estudio aprobados y tipo de ocupación		Inmigrantes	No inmigrantes
0 a 3 años	No Manuales	1.5	4.0
	Manuales	98.5	96.0
4 a 6 años	No Manuales	3.5	7.4
	Manuales	96.5	92.6
7 a 9 años	No Manuales	4.2	17.1
	Manuales	95.8	82.9
10 a 12 años	No Manuales	37.7	58.7
	Manuales	62.3	41.3
13 o más años	No Manuales	82.3	88.8
	Manuales	17.7	11.2

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982 para la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

Cuadro V.16

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES DESOCUPADAS DE LA  
REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO EN 1982, POR RAMA DE  
ACTIVIDAD, SEGUN CONDICION MIGRATORIA <sup>a</sup>  
(1982)**

Sector y rama de actividad	Inmigrantes	No inmigrantes
Primario	2.6	2.0
Secundario	17.9	29.7
Comercio	18.8	23.3
Servicios no domésticos	29.2	26.8
Servicio doméstico	31.5	18.3
TOTAL	100.0	100.0

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982 para la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

### 3. Participación, migración y relación de parentesco

La posición de las mujeres de Santiago en la estructura de parentesco del hogar en que residían aparece muy diferenciada según su condición migratoria: más de la mitad de las inmigrantes de la muestra censal de 1982 eran "otras no parientes" y "otras parientes", es decir, residían en el lugar de trabajo o eran "allegadas" en casa de familiares; entre las no inmigrantes, estas categorías abarcaban al 15 por ciento de las mujeres. En rigor, el 85% de las mujeres no inmigrantes de Santiago vivían con su familia y un 11% adicional residía con parientes; entre las inmigrantes, las cifras pertinentes alcanzaban al 49% y el 23%, respectivamente (Cuadro V.17). Casi un 60% de las no inmigrantes ocupaban un lugar central en su hogar (jefes de familia o cónyuges del jefe), mientras que

Cuadro V.17  
**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES DE 15 AÑOS Y MAS DE  
 LA REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO, POR RELACION DE  
 PARENTESCO CON EL JEFE DE FAMILIA, SEGUN CONDICION  
 MIGRATORIA, 1982<sup>a</sup>**

Parentesco	Inmigrantes	No inmigrantes
Jefa de familia	7.6	14.1
Esposa o compañera	30.4	44.3
Hija	11.3	26.3
Otra pariente	23.1	11.3
Otra no pariente	27.7	4.1
TOTAL	100.0	100.0

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

entre las inmigrantes estas categorías sumaban menos del 40%. Más de la cuarta parte de las no inmigrantes mayores de 15 años eran "hijas", y entre las inmigrantes únicamente 11% lo eran (aunque probablemente a la mayor parte de las "otras parientes" y "otras no parientes" inmigrantes les habría correspondido la posición de "hijas" en su lugar de origen al momento de partir). Las diferencias de posición en el hogar en que residen, contribuyen de manera directa a explicar los distingos entre las modalidades de participación económica de mujeres inmigrantes y no inmigrantes. En ambos grupos, las tasas más altas se observaron entre las "no parientes", puesto que en su mayor parte se habría tratado de trabajadoras domésticas puertas adentro que fueron censadas en el hogar donde trabajaban y residían (Cuadro V.18).

Las diferencias más significativas entre inmigrantes y no inmigrantes se observaron en la distribución de las mujeres económicamente activas de Santiago según parentesco y condición migratoria. La mitad de las mujeres activas no inmigrantes eran jefes de familia o cónyuges del jefe; esta condición permite pensar que

Cuadro V.18

**TASAS DE PARTICIPACION EN LA ACTIVIDAD DE LAS MUJERES DE 15  
AÑOS Y MAS DE LA REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO,  
POR RELACION DE PARENTESCO CON EL JEFE DE FAMILIA,  
SEGUN CONDICION MIGRATORIA, 1982<sup>a</sup>**

Parentesco	Inmigrantes	No inmigrantes
Jefa de familia	46.0	39.8
Esposa o compañera	17.4	18.1
Hija	28.8	30.8
Otra pariente	27.3	22.6
Otra no pariente	80.2	74.0
TOTAL	40.5	27.3

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

su actividad respondía a necesidades de sustento de sus hogares. Otro 29% de las activas no inmigrantes eran "hijas", lo que elevaba a 79 el porcentaje de mujeres activas que presumiblemente contribuían al sostenimiento de sus hogares. Un 11% correspondía a "otras no parientes", muy probablemente trabajadoras del servicio doméstico que residían en el lugar de trabajo. En cambio, las inmigrantes activas eran en su mayoría "otras no parientes" y "otras parientes", mientras que la proporción de mujeres que probablemente contribuía al sustento de sus hogares (jefas, esposas e hijas) se elevaba apenas al 29% de estas inmigrantes activas (Cuadro V.19). En otras palabras, la mayor parte de las inmigrantes no tenían un hogar propio y la mayoría de las activas trabajaban para mantenerse a sí mismas; por su lado, casi todas las no inmigrantes activas tenían un hogar y la mayor parte de las que trabajaban o buscaban trabajo lo hacían para mantener, total o parcialmente, ese hogar.

Cuadro V.19

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES ECONOMICAMENTE  
ACTIVAS DE LA REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO,  
EN 1982, POR PARENTESCO CON EL JEFE DE FAMILIA,  
SEGUN CONDICION MIGRATORIA <sup>a</sup>**

Parentesco	Inmigrantes	No inmigrantes
Jefa de familia	8.3	20.7
Esposa o compañera	13.0	29.7
Hija	7.7	29.0
Otra pariente	15.0	9.2
Otra no pariente	56.0	11.4
TOTAL	100.0	100.0

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

No se encontraron estudios que explorasen en forma sistemática si las mujeres migrantes en Chile contribuyen económicamente al hogar de origen. Una pequeña encuesta que se llevó a cabo a fines de los ochenta entre trabajadoras domésticas en Santiago apuntaba a que las inmigrantes trabajan de preferencia para mantenerse ellas mismas o también a sus hijos, si los tienen (Hojman, 1989). Se advirtió, además, que la presencia de hijos, y el número de ellos, afectaba de manera diferenciada la participación económica de las mujeres según su condición migratoria en 1982. Entre las inmigrantes, la tasa de participación de las mujeres sin hijos era sensiblemente mayor que la de las mujeres con hijos y duplicaba a las de quienes tenían dos o más hijos. En cambio, entre las no inmigrantes, la mayor tasa de participación se observó entre las mujeres con un hijo, y la diferencia entre las que no tenían hijos y las que tenían dos no era muy grande; el descenso en las tasas de actividad se producía cuando había más de dos hijos (Cuadro V.20). Los niveles de participación de las no inmigrantes parecen ser acordes con el incremento en la actividad de mujeres casadas ocu-

Cuadro V.20

**TASAS DE PARTICIPACION EN LA ACTIVIDAD DE LAS MUJERES DE 15 AÑOS Y MAS DE LA REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO, POR NUMERO DE HIJOS, SEGUN CONDICION MIGRATORIA, 1982<sup>a</sup>**

Número de hijos	Inmigrantes	No inmigrantes
Sin hijos	55.4	33.6
1 hijo	40.2	34.9
2 hijos	26.5	26.6
3 hijos	24.7	22.1
4 o más hijos	16.1	15.8
TOTAL	45.3	21.7

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

rrido en los ochenta y con las mayores tasas de participación de mujeres con estudios medios y superiores, cuyas tasas de fecundidad son reducidas. En cambio, las inmigrantes siguieron respondiendo a los patrones de incorporación en la actividad previos al proceso de reorientación económica (mayores niveles de participación de mujeres jóvenes, solteras y sin hijos). La distribución porcentual de las mujeres económicamente activas en el servicio doméstico indicó que un 70% de las inmigrantes activas no tenía hijos y otro 18% tenía uno. En cambio, entre las no inmigrantes predominaron las mujeres con hijos: el 61% de las activas tenía hijos y el 37% tenía dos o más hijos (Cuadro V.21). La importancia de la posición en la familia respecto de los patrones de participación económica de las migrantes remite nuevamente a la necesidad de incorporar los hogares como unidades de análisis para comprender la migración femenina y los procesos vinculados con ella.

Cuadro V.21

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES ECONOMICAMENTE  
ACTIVAS EN LA OCUPACION SERVICIO DOMESTICO DE LA  
REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO, POR NUMERO  
DE HIJOS, SEGUN CONDICION MIGRATORIA, 1982<sup>a</sup>**

Número de hijos	Inmigrantes	No inmigrantes
Sin hijos	69.9	39.0
1 hijo	17.8	23.7
2 hijos	6.3	12.9
3 hijos	2.5	8.4
4 y más hijos	3.4	16.0
TOTAL	100.0	100.0

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982 para la Región Metropolitana de Santiago. Información en cintas.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

#### 4. Inmigrantes y servicio doméstico

La distribución de las mujeres económicamente activas de la Región Metropolitana de Santiago por grupos de ocupación en 1982 reveló también la situación desventajosa de las inmigrantes en el mercado de trabajo (Cuadro V.12). Si bien, en las ocupaciones no manuales la distribución de inmigrantes y no inmigrantes en los diferentes grupos de ocupación resultaba semejante (más de la mitad eran oficinistas y más de una cuarta parte se ubicaba en actividades profesionales de bajo prestigio y remuneración), en las actividades manuales, las inmigrantes se concentraban casi exclusivamente en el servicio doméstico y otros trabajos no calificados. Al asignar los valores de los ingresos percibidos, en promedio, por las mujeres económicamente activas en cada grupo de ocupación en 1990 (Cuadro IV.26), a esta distribución porcentual

de mujeres inmigrantes y no inmigrantes en 1982 por grupos de ocupación, el ingreso promedio total de las inmigrantes correspondió al 77.1% de aquel de las mujeres no inmigrantes. Tanto las diferencias negativas en ingresos y status ocupacional de las inmigrantes como su menor desocupación en ciertos grupos ocupacionales y tramos de edad, se puede atribuir a su elevada inserción en el servicio doméstico. A su vez, este tipo de segmentación ocupacional, característico de las inmigrantes a Santiago, se vincula con su particular participación en estructuras familiares —la mayor parte no vive en su propio hogar en el lugar de destino— y con su mayor dificultad para lograr acceso a otro tipo de empleos, comparativamente con las no inmigrantes. Estos elementos sugieren la conveniencia de analizar en detalle las características de las trabajadoras domésticas de Santiago en 1982 según su condición migratoria. La proporción de inmigrantes recientes entre estas trabajadoras era significativa, aunque decreciente (27.8% en 1970 y 24.7% en 1982, según las muestras de los censos analizadas).

Una cuarta parte de las mujeres no inmigrantes económicamente activas se ubicaba en el servicio doméstico en 1982; entre las inmigrantes, la proporción ascendió a cerca del 60%, ligeramente por debajo de las cifras de los años 1970 y 1962 (Cuadro V.6). La distribución de las trabajadoras domésticas por grupos de edades fue muy diversa según su condición migratoria: entre las inmigrantes, un 67% era menor de 25 años, y sólo un 26% de las no inmigrantes tenía esa edad; una cuarta parte de las domésticas no inmigrantes era mayor de 44 años, mientras que las inmigrantes de esa edad apenas sobrepasaban al 4%. El peso de las inmigrantes jóvenes altera la composición porcentual del conjunto de las mujeres de Santiago en esa ocupación, ya que una proporción significativa del total de domésticas de la capital en 1982 tenía menos de 25 años y la mitad, menos de 30 años (Cuadro V.22). La distribución de las trabajadoras domésticas según su nivel de escolaridad reveló que las inmigrantes tenían un nivel de instrucción superior al de las no inmigrantes: mientras que el 60% de las inmigrantes había completado por lo menos 6 años de instrucción primaria, entre las no inmigrantes esa proporción era del 41%. Aunque ambos grupos aparecen sobrecalificados para el tipo de actividad que desempeñan, el desajuste entre nivel de instrucción y tipo de actividad es mayor para las inmigrantes, probablemente por su menor edad (Cuadro V.23).

Cuadro V.22

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES ECONOMICAMENTE  
ACTIVAS EN LA OCUPACION SERVICIO DOMESTICO DE LA REGION  
METROPOLITANA DE SANTIAGO POR GRUPOS DE EDADES,  
SEGUN CONDICION MIGRATORIA, 1982<sup>a</sup>**

Grupos de edades	Inmigrantes	No inmigrantes
15 a 19	29.1	9.1
20 a 24	37.4	17.0
25 a 29	15.3	14.4
30 a 34	6.6	11.7
35 a 39	4.7	11.4
40 a 44	2.5	10.8
45 a 64	4.1	23.3
65 y más	0.4	2.4
TOTAL	100.0	100.0

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

En este tipo de actividad surge con mayor claridad la influencia de la posición en la estructura de parentesco familiar para definir situaciones diferenciadas de inserción laboral entre inmigrantes y no inmigrantes. En 1982, apenas un 8% de las trabajadoras domésticas inmigrantes vivían en un hogar en la posición de jefas de familia, cónyuges del jefe o hijas, otro 8% eran "otras parientes" y el 84% restante eran "otras no parientes", presumiblemente residentes en el hogar donde trabajaban. Entre las no inmigrantes, las jefas de familia, cónyuges e hijas sumaban el 55% de las domésticas y otro 9% vivía con parientes; es probable que el 36% de "otras parientes" fueran sirvientas "puertas adentro" (Cuadro V.24). La mayor parte de las no inmigrantes aparentemente trabajaba "puertas afuera", lo que corresponde a la estructura del mercado de tra-

Cuadro V.23

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES ECONOMICAMENTE  
ACTIVAS EN LA OCUPACION SERVICIO DOMESTICO DE LA REGION  
METROPOLITANA DE SANTIAGO, POR NIVEL DE INSTRUCCION,  
SEGUN CONDICION MIGRATORIA, 1982<sup>a</sup>**

Años de estudio aprobados	Inmigrantes	No inmigrantes
0 a 3	11.8	23.8
4 a 6	28.6	35.6
7 a 9	39.0	24.1
10 a 12	19.6	15.0
13 o más	1.1	1.4
TOTAL	100.0	100.0

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982 para la Región Metropolitana de Santiago. Información en cintas.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

bajo doméstico de Santiago en esos años. Las diferencias en la situación de parentesco y la residencia en el lugar de trabajo entre inmigrantes y no inmigrantes se expresa también, como ya se ha comentado, en el número de hijos de las trabajadoras domésticas de Santiago en 1982 (Cuadro V.21).

### 5. Inmigración y participación laboral: especificidades de género

Las marcadas diferencias en cuanto a la posición familiar y ocupacional, la estructura por edad y el comportamiento reproductivo de las mujeres inmigrantes recientes respecto del resto de las mujeres activas de Santiago, plantea la presencia de relaciones distintas entre los roles productivo y reproductivo de las mujeres según su status migratorio. La necesidad de analizar la migración y la inserción laboral femeninas usando como unidad de análisis los hoga-

Cuadro V.24

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES ECONOMICAMENTE  
ACTIVAS EN LA OCUPACION SERVICIO DOMESTICO DE LA REGION  
METROPOLITANA DE SANTIAGO, POR RELACION DE PARENTESCO  
CON EL JEFE DE FAMILIA, SEGUN CONDICION MIGRATORIA, 1982<sup>a</sup>**

Parentesco	Inmigrantes	No inmigrantes
Jefas de familia	3.3	18.6
Esposa o compañera	2.6	18.8
Hija	2.4	17.7
Otra pariente	8.1	8.6
Otra no pariente	83.6	36.3
TOTAL	100.0	100.0

*Fuente:* CELADE, Muestra del Censo de Población de 1982 para la Región Metropolitana de Santiago. Información en cintas.

<sup>a</sup> Se refiere a las migrantes del quinquenio previo al censo.

res, y apoyándose en el contenido teórico de los estudios sobre la condición femenina, son indispensables para comprender las especificidades anotadas. Ahora bien, tales requisitos adquieren un vigor mayor cuando se procura contrastar estos comportamientos con los que manifiestan los varones. En efecto, a diferencia de lo que se observa entre las mujeres, la condición migratoria no parece incidir como un factor discriminatorio importante respecto de la tasa de participación laboral y el carácter manual o no manual de la ocupación o el nivel de ingreso de los hombres (Cuadros V.25 a V.27). En cambio, las diferencias en las tasas de participación y el tipo de distribución ocupacional ya observadas entre mujeres inmigrantes y no inmigrantes se expresaron en una estructura muy desigual de distribución por estratos de ingreso: más del 60% de las inmigrantes se ubicaron en el tramo inferior, donde se encontraba el 37% de las no inmigrantes. La semejanza de los ingresos según condición migratoria entre los hombres está determinada por la similaridad de su inserción ocupacional. Como ya se comentó en el capítulo IV, los menores ingresos de las mujeres están de-

Cuadro V.25

**TASAS DE PARTICIPACION EN LA ACTIVIDAD ECONOMICA DE LA  
POBLACION DE 15 AÑOS Y MAS DE SANTIAGO, POR SEXO Y  
CONDICION MIGRATORIA, 1962, 1970 Y 1982 <sup>a</sup>**

Sexo y condición migratoria	1962	1970	1982
<b>Hombres</b>			
Inmigrantes recientes	83.7	72.9	77.6
No inmigrantes	79.1	70.4	72.8
<b>Mujeres</b>			
Inmigrantes recientes	45.5	38.4	40.5
No inmigrantes	31.8	24.6	27.3

*Fuente:* Para 1962: Encuesta sobre Inmigración al Gran Santiago, (Elizaga, 1970). Para 1970 y 1982: CELADE, muestras de los Censos de Población de 1970 y 1982 para la Provincia de Santiago y para la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>a</sup> Las inmigrantes en 1962 son mujeres que llegaron a vivir al Gran Santiago entre 1952 y 1962. Las inmigrantes en 1970 son mujeres que llegaron a vivir a la Provincia de Santiago entre 1965 y 1970. Las inmigrantes en 1982 son mujeres que llegaron a vivir a la Región Metropolitana de Santiago entre 1977 y 1982. Las tasas de participación se calcularon, en 1962, para la población de 14 años y más; en 1970, para la población de 12 años y más; y en 1982, para la población de 15 años y más.

terminados, en una medida importante, por su concentración en las ocupaciones peor remuneradas, particularmente en el servicio doméstico. Y la gran diferencia entre mujeres inmigrantes y no inmigrantes está dada por la desproporcionada concentración de las inmigrantes recientes en el servicio doméstico.

Del análisis comparativo de las características de inserción en la actividad de las mujeres inmigrantes recientes y las no inmigrantes de la Región Metropolitana de Santiago entre 1962 y 1982, se concluye que las primeras se encuentran en una situación de desventaja relativa en el mercado de trabajo y que experimentan los inconvenientes de la segregación por sexo del mercado laboral de una manera más intensa que las no inmigrantes. Estas diferencias no se explican por una gran diversidad en las edades ni por

Cuadro V.26

**DISTRIBUCION DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA DE SANTIAGO, POR SEXO Y CONDICION MIGRATORIA, SEGUN TIPO DE OCUPACION, 1962, 1970 Y 1982<sup>a</sup>**

Sexo y condición migratoria	Año y tipo de ocupación					
	1962		1970		1982	
	No Manual	Manual	No Manual	Manual	No Manual	Manual
<b>Hombres</b>						
Inmigrantes	36.2	63.8	25.8	74.2	27.4	72.6
No inmigrantes	36.0	64.0	26.5	73.5	26.8	73.2
<b>Mujeres</b>						
Inmigrantes	20.2	79.8	13.3	86.7	24.8	75.2
No inmigrantes	42.1	57.9	30.8	69.2	39.7	62.3

*Fuente:* Para 1962: Encuesta sobre Inmigración al Gran Santiago, (Elizaga, 1970). Para 1970 y 1982: CELADE, muestras de los Censos de Población de 1970 y 1982 para la Provincia de Santiago y para la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>a</sup> Las inmigrantes en 1962 son mujeres que llegaron a vivir al Gran Santiago entre 1952 y 1962. Las inmigrantes en 1970 son mujeres que llegaron a vivir a la Provincia de Santiago entre 1965 y 1970. Las inmigrantes en 1982 son mujeres que llegaron a vivir a la Región Metropolitana de Santiago entre 1977 y 1982.

menor escolaridad. La sustantiva elevación de los niveles de escolaridad de las mujeres que han inmigrado a Santiago en los últimos años se ha enfrentado con condiciones estructurales que impiden que esa superación se traduzca en un mejoramiento de su situación ocupacional. En los últimos 20 años, la distribución de las inmigrantes en diferentes grupos de ocupación ha permanecido casi inalterada o se ha modificado muy por debajo del cambio en sus niveles de instrucción.

El análisis comparativo del comportamiento económico de las mujeres de Santiago según su condición migratoria y el examen de la estructura del mercado de trabajo en este lugar, dejan plantea-

Cuadro V.27

**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE  
ACTIVA DE SANTIAGO, POR ESTRATOS DE INGRESO, SEGUN SEXO Y  
CONDICION MIGRATORIA, 1962 Y 1982 <sup>a</sup>**

Estratos de ingreso	Hombres		Mujeres	
	Inmigrantes	No inmigrantes	Inmigrantes	No inmigrantes
<b>1962</b>				
Menos de salario mínimo	8.9	6.2	45.3	23.4
Entre el mínimo y el promedio	40.8	6.0	39.4	40.6
Entre el promedio y 3.5 veces el promedio	40.5	45.1	14.6	32.7
Más de 3.5 veces el promedio	9.8	12.7	0.7	3.3
<b>1982</b>				
Menos de salario mínimo	19.1	18.1	61.6	36.6
Entre el mínimo y el promedio	53.5	55.1	23.9	46.5
Entre el promedio y 3 veces el promedio	19.4	18.8	7.3	11.1
Más de 3 veces el promedio	8.0	8.0	4.3	5.8

*Fuente:* Para 1962: Encuesta sobre Inmigración al Gran Santiago, CELADE, 1962 (Elizaga, 1970). Para 1982: elaboración con base en la distribución proporcional de la población inmigrante y no inmigrante por ocupación obtenida de la muestra del Censo de Población de 1982, y los promedios de ingresos mensuales para hombres y mujeres en cada ocupación que señalan los resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH del INE para el cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Los datos de 1962 se refieren al Gran Santiago: inmigrantes llegadas entre 1952 y 1962. Los datos de 1982 se refieren a la Región Metropolitana de Santiago: llegadas entre 1977 y 1982.

---

das numerosas interrogantes sobre su explicación y posible evolución. Surge la necesidad de estudios que exploren, a nivel micro, las implicaciones del rol reproductivo de las mujeres, sus transformaciones y su interrelación con el comportamiento económico, utilizando los hogares como unidades de estudio, entendiendo que éstos son complementos necesarios para comprender la especificidad de la inserción de las mujeres migrantes en la división social del trabajo y en los mercados laborales.

## VI. CONCLUSIONES

La migración interna en Chile en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial presenta algunos rasgos comunes a los de la mayoría de los países de la región latinoamericana. Se trata de desplazamientos en los que predomina el sexo femenino, especialmente en las corrientes que tienen como lugares de destino las ciudades principales. En el caso particular de la Región Metropolitana de Santiago, la prevalencia de la inmigración femenina es especialmente elevada, siendo la única corriente migratoria del país en que la presencia de la mujer se intensifica cuando el origen es rural o corresponde a centros urbanos ubicados en zonas agrícolas. Las inmigrantes a Santiago son más jóvenes que aquellas que se dirigen a otras ciudades y que los inmigrantes varones, aunque la proporción de adolescentes entre ellas ha disminuido de manera muy significativa en los últimos años. Además, tienen mayor grado de escolaridad que las mujeres que permanecen en sus lugares de origen y, por lo menos desde 1982, esa escolaridad ha sido semejante a la de las residentes en la metrópoli. Estas inmigrantes se caracterizan por la autonomía de sus desplazamientos y por una importante motivación laboral para migrar.

Los determinantes estructurales de la migración femenina a Santiago se han enmarcado en procesos históricos semejantes a los estudiados en relación con los de la población masculina, coincidencia que se acentúa cuando el origen es rural; sin embargo, esos determinantes han afectado de manera diferente a hombres y mujeres. Durante los procesos de transformación de la estructura productiva agrícola, ocurridos desde 1930 en adelante, las mujeres activas de las zonas rurales fueron desplazadas de la actividad económica en forma desproporcionada respecto de los hombres activos. El crecimiento paralelo del empleo urbano fue mayor para la población masculina que para la femenina, dando conjuntamente por resultado una disminución de la participación de mujeres en la actividad y en el empleo. En especial, los procesos de mecani-

zación agrícola y la sustitución de los inquilinos y medieros por trabajadores asalariados no residentes en las haciendas desplazó a las mujeres rurales desde el interior de las haciendas que constituían su fuente de empleo. La separación física entre el hogar y el lugar de trabajo generó incompatibilidad entre sus tareas domésticas y el trabajo remunerado, originando un decrecimiento de la población económicamente activa femenina en zonas rurales y un cambio de las que permanecieron activas desde las categorías de inquilinos y medieros a la de trabajadores familiares no remunerados. Estos procesos afectaron en especial la zona central del país, donde se desarrolló la agricultura moderna y donde se generó desde hace décadas el volumen más importante de emigración femenina. En la zona sur, la expulsión de mujeres es más reciente y los lugares de destino preferidos son otras grandes ciudades del país. La mayor carencia de opciones laborales para las jóvenes en un contexto de pobreza fueron determinantes principales de su mayor disposición para migrar respecto de los jóvenes. A su vez, las características del mercado de trabajo de Santiago y, en particular, las dimensiones de la demanda de servicio doméstico fueron determinantes específicos de la selección de este lugar de destino para la migración femenina.

El análisis del mercado de trabajo femenino en Santiago permitió apreciar diferencias significativas entre las tendencias del período de industrialización sustitutiva y los rasgos presentes durante el proceso de reconversión económica. Durante el primer período, la participación de las mujeres en la actividad fue disminuyendo a causa de la menor inserción de las jóvenes de 15 a 24 años. Tanto la participación en la actividad como el desempleo fluctuaron de manera distinta según los estratos de ingreso y niveles de escolaridad de las mujeres. Las de mayor escolaridad o con ingresos más elevados tuvieron tasas de participación en la actividad más altas y tendieron a incrementarla en las coyunturas expansivas y disminuirla en las recesivas. Aquellas con menores niveles de escolaridad e ingresos tuvieron tasas muy bajas de participación y presentaron un comportamiento contracíclico. Aumentaron su participación en la actividad en las coyunturas recesivas y la disminuyeron en períodos de expansión económica. Las tasas de desempleo no fueron elevadas, siendo manifiestamente mayores para las mujeres de bajos ingresos. Esta diversidad de comportamientos se atribuye a las diferencias en los determinantes

y obstáculos para la participación económica de las mujeres de los sectores populares y las de sectores medios y altos. Las últimas han tenido más alternativas para hacer compatibles las tareas del hogar y el trabajo remunerado.

La distribución de las mujeres económicamente activas de la metrópoli por sectores y ramas de actividad, grupos de ocupación y categorías en la ocupación presentó rasgos comunes durante el período de industrialización sustitutiva. Las mujeres se concentraban en el sector terciario, especialmente en el servicio doméstico, los servicios sociales y comunitarios y el comercio. La proporción de activas en los servicios sociales y comunitarios presentaba una tendencia expansiva, que se daba en menor medida en el comercio, mientras que en el sector secundario y en el servicio doméstico tendía a disminuir. La participación en actividades primarias era muy pequeña y decreciente. Más de dos tercios de las mujeres activas se ubicaban en ocupaciones manuales, preferentemente en el servicio doméstico y en ciertas ramas de la manufactura, como la confección de ropa y calzado y la industria textil. Entre las ocupaciones no manuales, predominaban las oficinistas y las profesionales y técnicas (maestras, profesoras, enfermeras y parteras). La proporción de asalariadas entre las activas era mayoritaria y creciente.

Muchos de estos rasgos del mercado laboral femenino de la metrópoli, que actuaron como determinantes de la atracción de mujeres muy jóvenes, de baja escolaridad y procedentes de zonas rurales y semi-rurales, cambiaron profundamente a partir de las transformaciones económicas iniciadas en 1975, que modificaron la inserción del país en la economía global. Se incrementó de manera significativa la participación económica de mujeres casadas o separadas de 25 a 45 años y aumentó también el desempleo femenino, que alcanzó su punto más alto en 1982. Las diferencias de participación según estratos de ingreso y escolaridad se mantuvieron, como también las fluctuaciones de esa participación en coyunturas expansivas y recesivas. Sin embargo, después de 1982, los niveles de participación de las mujeres de bajos ingresos permanecieron relativamente elevados aun en condiciones de crecimiento económico. El desempleo femenino se estabilizó en niveles algo superiores a los de la etapa de industrialización sustitutiva y se mantuvo su concentración en los estratos de bajos ingresos. Las limitaciones que tienen las mujeres de estos estratos para participar en la economía, vinculadas con las dificultades de compati-

---

bilizar las tareas domésticas con el trabajo remunerado, han continuado. En estas condiciones, la persistencia de los niveles de pobreza urbana y su determinación de niveles de participación relativamente elevados de jefas de familia y cónyuges en la actividad económica pueden incentivar la expansión del autoempleo y el trabajo a domicilio.

En cuanto a la distribución de las mujeres económicamente activas por sectores y ramas de actividad, ocupación y categoría en la ocupación, se han mantenido algunos rasgos centrales y han surgido nuevas tendencias. Persistió la concentración en el sector terciario y la importancia del servicio doméstico, los servicios sociales y comunitarios y el comercio. Incluso, el punto más alto de terciarización del mercado de trabajo femenino se alcanzó en 1982. Pero se modificaron las tendencias de participación en los sectores primario y secundario y la distribución dentro de las ocupaciones del terciario. En la primera etapa del proceso de reconversión económica, el rasgo dominante fue la disminución de la actividad en la industria unida a un incremento de la participación de mujeres de sectores medios y de bajos ingresos. La mayor presión sobre el mercado laboral se tradujo en aumento del desempleo, incremento de las trabajadoras no manuales en los servicios sociales y comunitarios, expansión del comercio al detalle e incremento de las trabajadoras manuales no calificadas, especialmente en el servicio doméstico "puertas afuera".

La etapa de consolidación del proceso de transformación económica se ha caracterizado por una recuperación de la participación de mujeres en el sector secundario, un crecimiento sin precedentes en el sector primario y un peso mayor del comercio y los servicios de apoyo a la producción dentro del sector terciario. En esta etapa disminuyó el desempleo, pero aparecieron o se intensificaron las características de precarización del empleo femenino en actividades manuales de los sectores primario y secundario. Continuó la expansión del servicio doméstico "puertas afuera" y, en menor medida, del comercio ambulante; decreció ligeramente la importancia que habían adquirido las ocupaciones no manuales en 1982 y se recuperaron las actividades manuales calificadas. Después de 1982, aumentó notablemente la participación en actividades primarias y empezó a recuperarse en el sector secundario. Sin embargo, los servicios de apoyo a la producción y las actividades agrícolas e industriales más recientes siguieron representando pro-

porciones muy pequeñas de las mujeres activas urbanas. Las mayores proporciones continuaron correspondiendo a los servicios sociales y comunitarios, al servicio doméstico y al comercio, sin que se haya modificado la estructura de segregación por sexo del mercado de trabajo.

Existen indicios de que en esta etapa se han precarizado las condiciones de trabajo de las mujeres en los sectores más dinámicos. Parte importante de las trabajadoras agrícolas y de las industriales son subcontratadas por pequeños talleres, trabajan a trato o tienen contratos temporales. Surgen como rasgos característicos, la expansión de las actividades agrícolas, el comercio al detalle y los servicios de apoyo a la producción; las ocupaciones de vendedora dependiente y ambulante y de jornalera agrícola pasan a ser desempeñadas por mujeres; se recuperan las ramas de la industria típicamente femeninas (ropa, textiles) y otras nuevas comienzan a ser ejercidas por mujeres (industrias químicas, eléctricas, del papel); cambia el carácter del empleo doméstico —de puertas adentro a puertas afuera— con la consiguiente modificación de las características de las mujeres que trabajan en él (casadas, de mayor edad y con más escolaridad que antes).

La mayor proporción de trabajadoras no manuales, al final del período analizado, expresa una movilidad social ascendente de la mano de obra femenina, la cual se relativiza cuando se observa que el cambio no es proporcional al incremento de la escolaridad, que se precarizan las condiciones de trabajo en los sectores más dinámicos de la actividad femenina y que se mantienen las características de segregación por sexo del mercado de trabajo. Las remuneraciones promedio de las mujeres son sensiblemente inferiores a las de los hombres en la misma ocupación; la proporción de mujeres que se encuentra bajo el nivel mínimo de ingresos es mucho mayor que entre los varones; la concentración femenina en actividades de bajo prestigio y remuneración se mantiene, explicando, en gran medida, las diferencias de ingresos; y las ocupaciones que se muestran más dinámicas en la etapa de consolidación de la transformación económica son aquellas en que hay mayor diferencia de ingresos entre hombres y mujeres. La persistencia en la segregación del mercado laboral y la desventaja de las mujeres están determinadas, en parte, por las características de la demanda de trabajo. Como consecuencia del proceso económico que vive el país, se ha expandido la demanda por trabajo femenino poco cali-

ficado o de baja remuneración, pero esto ocurre en un contexto en que la mano de obra femenina es cada vez más calificada. Su resultado es un mayor desfase entre calificación, tipo de ocupación e ingresos para las mujeres que para los varones.

La reorientación económica en curso y los cambios sociales que la precedieron, han tenido un impacto en el volumen y características de la inmigración femenina a la metrópoli. Después de 1970, se observa una ligera atenuación de la inmigración y a su vez un decrecimiento de la emigración femenina rural. Estos procesos se vinculan, principalmente, con los cambios de las condiciones en las regiones de origen, pero se relacionan también con los del lugar de destino, en particular las condiciones del mercado de trabajo. En la corriente migratoria femenina disminuyeron las mujeres procedentes de la zona central y se mantuvieron aquellas provenientes del sur del país, zona que ha aumentado la expulsión femenina. Las mujeres que llegaron a la Región Metropolitana a fines de los setenta y comienzos de los ochenta, eran menos jóvenes, venían en mayor proporción desde áreas urbanas y tenían mayor escolaridad que las inmigrantes de décadas anteriores.

Los impactos de la transformación económica del país en el tipo de inserción en la economía de las inmigrantes en el medio urbano fueron mucho menores que para el resto de las mujeres.

En los tres momentos analizados (1962, 1970 y 1982), las inmigrantes recientes tuvieron tasas de participación en la actividad más elevadas que las no inmigrantes, pero la diferencia se concentró casi exclusivamente en los grupos de 15 a 24 años. Aunque la diferencia global ha tendido a disminuir por la mayor participación de mujeres no inmigrantes de 25 a 44 años, las distinciones según grupos de edades persistirán por más tiempo.

Las tasas de desempleo de inmigrantes y no inmigrantes y su distribución por edad y ocupación indicaron que, con excepción de las jóvenes que se insertaron en el servicio doméstico, las inmigrantes tuvieron más dificultades para emplearse y vivieron con mayor frecuencia el desempleo. También se observó que la elevada inserción de inmigrantes en el servicio doméstico —y las bajas tasas de desocupación en esta actividad— determinaron que la afluencia de mujeres en edad de trabajar no aumentara las tasas de desempleo femenino en la metrópoli.

La distribución de las inmigrantes económicamente activas por ocupación mostró diferencias significativas con la de las no inmigrantes en los tres momentos analizados. Las primeras se ubicaron en una proporción más elevada en actividades manuales y mucho mayor en el servicio doméstico. Tales diferencias fueron más acentuadas en los tramos de edad más jóvenes. Estos rasgos no se modificaron en la primera etapa del proceso de reconversión económica, pero la inserción de las inmigrantes activas en el servicio doméstico ha sido ligeramente decreciente, mientras que la de las no inmigrantes ha aumentado. La progresiva transformación del servicio doméstico de Santiago en un oficio "puertas afuera" en la etapa de consolidación del proceso de transformación productiva puede tener un impacto disuasivo en la atracción de futuras inmigrantes a la metrópoli, o bien puede influir en una mayor diversificación ocupacional de las inmigrantes que accedan a una vivienda o a un hogar en la ciudad.

Sin embargo, hasta 1982, no se había modificado el patrón de inserción laboral de las inmigrantes recientes a Santiago, con tasas más elevadas de participación, mucho mayor concentración en edades jóvenes y muy alta proporción en el servicio doméstico, en comparación con las no inmigrantes. Estas diferencias aparecen muy vinculadas a la distinta situación familiar de inmigrantes y no inmigrantes activas. En 1982, gran parte de las inmigrantes activas eran algo más jóvenes que las no inmigrantes activas, solteras y no vivían con su familia; en cambio estas últimas eran en su mayoría jefas de familia o cónyuges del jefe y tenían hijos. Las diferencias en la estructura por edad de las mujeres activas no fueron significativas y no existían distinciones según escolaridad. Mientras que las características de la inserción económica de las no inmigrantes estuvieron más relacionadas con los cambios estructurales que experimentó el mercado de trabajo femenino a partir de la implantación del nuevo modelo económico y con sus coyunturas recesivas (mayor participación de mujeres de más edad que reaccionaron al aumento de la necesidad de trabajar para las mujeres, originado por una disminución de los ingresos en los hogares pobres y en sectores medios, así como una posible influencia del descenso de la fecundidad), las inmigrantes siguieron respondiendo a los patrones de incorporación en la actividad previos al proceso de transformación productiva. Los determinantes de su participación económica se relacionaron con su condición de migrantes, esto es,

---

con su mayor necesidad de trabajar, su selectividad por edad y su falta de vivienda en la ciudad. La mayor parte de las inmigrantes no tenían un hogar propio, trabajaban para mantenerse y no tenían hijos, mientras que casi todas las no inmigrantes activas poseían un hogar, tenían hijos y trabajaban o buscaban trabajo para mantenerlo total o parcialmente.

Las diferencias en la distribución ocupacional de las inmigrantes activas determinaron desigualdades en los ingresos percibidos, los que fueron comparativamente inferiores en cerca de un 25% a los de las no inmigrantes.

Tanto las diferencias negativas en ingresos y status ocupacional de las inmigrantes como su menor desocupación en ciertos grupos de ocupación y tramos de edad, se puede atribuir a su elevada inserción en el servicio doméstico. A su vez, este tipo de segmentación ocupacional característico de las inmigrantes a Santiago se vincula con su particular inserción en estructuras familiares y con su mayor dificultad, en relación con las no inmigrantes, para acceder a otra clase de empleos.

Al comparar la situación de hombres y mujeres, inmigrantes recientes y no inmigrantes, se observó que la de los hombres migrantes no difería de aquella de los no inmigrantes. Únicamente para las inmigrantes a la metrópoli se presentó la condición migratoria como una desventaja para la inserción en el mercado laboral; por otra parte, experimentaron de manera más intensa que las no inmigrantes las desventajas derivadas de la segregación por sexo de ese mercado.

La diversidad de posición familiar y ocupacional, estructura por edad y comportamiento reproductivo de las mujeres inmigrantes recientes respecto del resto de las activas de Santiago plantea la presencia de relaciones diferentes entre los roles productivo y reproductivo de las mujeres según su status migratorio. La importancia explicativa de la posición en la familia en relación con los patrones de participación económica de las inmigrantes recientes remiten a la necesidad de analizar las migraciones y la inserción laboral femeninas usando como unidad de análisis a los hogares. A su vez, la dimensión de género es indispensable para comprender la especificidad de las migraciones femeninas y el comportamiento económico de las inmigrantes.

Desde el punto de vista de la demanda de empleo, la tradicional desventaja de las inmigrantes frente al mercado de trabajo metropolitano se derivó, en años anteriores, de sus menores requisitos frente a una estructura rígida de crecimiento del empleo femenino y del rechazo de las mujeres urbanas de escasos recursos por el empleo en el servicio doméstico, para el que existía una demanda considerable. Desde la segunda mitad de los setenta, las inmigrantes se han enfrentado, además, con una proporción creciente de mujeres metropolitanas que buscan trabajo y trabajan, y con una transformación estructural del servicio doméstico por la inserción masiva de mujeres no inmigrantes de escasos recursos en la modalidad "puertas afuera".

Desde el punto de vista de la oferta, las desventajas de las inmigrantes derivadas de su menor edad, escolaridad y experiencia urbana se han ido reduciendo y, en el caso de la escolaridad, han desaparecido; pero han permanecido en todo el período aquellas provenientes de su falta de inserción familiar y de vivienda en la ciudad.

A su vez, el incremento del empleo femenino agrícola en la segunda mitad de los ochenta y la mayor retención relativa de población rural y semi-rural a fines de los setenta en la zona central permiten pensar que las tasas de crecimiento de la inmigración femenina a Santiago continuarán reduciéndose, pero persistirá por varios años el desplazamiento de un volumen importante de mujeres rurales y urbanas hacia la metrópoli. La proporción de adolescentes y mujeres de baja instrucción entre ellas seguirá disminuyendo conforme con las tendencias de la escolaridad de la población del país. De esta manera, continuará el proceso de mejoramiento de la calidad laboral de las inmigrantes desde el punto de vista de la oferta de mano de obra.

Sin embargo, la sustantiva elevación de los niveles de escolaridad de las mujeres que han inmigrado a Santiago en los últimos años, se ha enfrentado con condiciones estructurales que impiden que esa superación se traduzca en un mejoramiento de su situación ocupacional. En los últimos 20 años, la distribución de las inmigrantes en diferentes grupos de ocupación ha permanecido casi inalterada o se ha modificado muy por debajo del cambio en sus niveles de instrucción o de la transformación en la inserción laboral de las no inmigrantes, aumentando el rezago de las primeras.

La proliferación de centros de educación media y superior en ciudades intermedias plantea como poco probable un incremento sustantivo de mujeres que elijan la Región Metropolitana como destino para continuar sus estudios. Es posible que entre ellas se mantenga el predominio de aquellas de escasos recursos y la tendencia de una proporción elevada de las inmigrantes a participar en la actividad económica. También es probable que la composición por edad, estado civil y posición en el hogar de las inmigrantes a Santiago continúen determinando que su tipo de inserción en la actividad sea más semejante al que tenían en la etapa previa a la reorientación de la economía, que el de las no inmigrantes. Desde el punto de vista del mercado de trabajo, el escaso dinamismo en la expansión del empleo femenino, la persistencia en la división por género del mercado laboral de la metrópoli y de la terciarización del empleo femenino, así como las nuevas tendencias a la precarización de los empleos y a una elevada participación económica de las mujeres no inmigrantes permiten pensar que el tipo de inserción laboral de las inmigrantes no se ha modificado sustancialmente a fines de los ochenta. Aunque ya sean más calificadas y prefieran no trabajar en el servicio doméstico "puertas adentro", no existen muchas opciones laborales para las de escasos recursos al comenzar el decenio de los noventa.

El análisis comparativo del comportamiento económico de las mujeres de Santiago según su condición migratoria y el examen de la estructura del mercado de trabajo metropolitano dejan planteadas numerosas interrogantes sobre su explicación y posible evolución. Surge la necesidad de realizar investigaciones, a nivel micro, sobre la significación del rol reproductivo de las mujeres, sus transformaciones y su interrelación con el comportamiento económico, utilizando los hogares como unidades de estudio para llegar a comprender la especificidad de la inserción de las mujeres migrantes en la división social del trabajo y en los mercados laborales.

Las conclusiones del presente estudio sugieren que la incorporación de los problemas referentes a la actividad económica femenina y a la actividad de las mujeres inmigrantes en políticas y programas de acción dirigidos a reducir determinantes de desigualdad social y pobreza son complejos. Ellos se relacionan con la forma en que se asumen socialmente las tareas domésticas; las características estructurales del modelo económico; las condiciones

económicas, familiares y culturales que llevan a las mujeres a aceptar situaciones de actividad desventajosas; y con la falta de inserción familiar de las inmigrantes recientes que desean trabajar.

Los esfuerzos tendientes a desligar los éxitos macroeconómicos de la gestión política autoritaria y de la profunda segregación social que han generado, dependen en gran medida de la capacidad de desarrollar políticas sociales que contrarresten sus consecuencias negativas, así como de la apertura hacia los diferentes sectores sociales afectados en la definición del carácter y contenido de esas políticas.

Los resultados de esta investigación constituyen una contribución a esos sectores en la identificación de algunos efectos sociales negativos de la gestión económica, tales como las manifestaciones específicas de la división del mercado de trabajo según sexo, y en la caracterización de un grupo social especialmente vulnerable que combina la desventaja de su género con la desigualdad derivada de su condición migratoria.

## BIBLIOGRAFIA

- Ahumada, G. y T. Gálvez (1991), *Revisión de la Encuesta Nacional de Empleo en relación a los cambios ocurridos en el mercado laboral*, ponencia presentada al Seminario sobre Estadísticas Socioeconómicas y la Realidad Nacional, FLACSO, Santiago, Chile, 17 y 18 de julio.
- Alonso, P., M. Larraín y R. Saldías (1978), "La empleada de casa particular: algunos antecedentes", *Chile, mujer y sociedad*, UNICEF, Santiago, Chile.
- Aranda, X. (1988), *Nuevo protagonismo social femenino y sus escenarios en los años ochenta*, documento presentado a la 4a. Conferencia Regional sobre Integración de la Mujer en el Desarrollo Económico y Social de América Latina y el Caribe, CEPAL, Ciudad de Guatemala, 27 al 30 de septiembre.
- Aranda, X. (1982), "Participación de la mujer en la agricultura y la sociedad rural en áreas de pequeña propiedad", *Contribuciones* No. 9, FLACSO, Santiago, Chile.
- Aranda, X. (1981), *Empleo, migración rural y estructura productiva agrícola*, FLACSO-PISPAL, Santiago, Chile.
- Aranda, X. (1978), *Interrelaciones entre potencial productivo, estructura agraria y migración en Chile*, FLACSO, Santiago, Chile.
- Aranda, X. y S. Gómez (1979), *Las transformaciones en un área de minifundio y la participación de la mujer; Valle de Putaendo 1960-1980*, documento de trabajo, FLACSO, Santiago, Chile.
- Argüello, O. (1976), "Heterogeneidad agraria y migración", *Notas de Población*, No. 12, CELADE, Santiago, Chile.
- Arizpe, L. (1980), "La migración por relevos y la reproducción social del campesinado", *Cuadernos del CES* No. 28, El Colegio de México, México D.F.

- Arriaga, E. (1978), *Características laborales y educacionales de migrantes y no migrantes en Chile*, Serie trabajos ocasionales No. 18, PREALC-OIT, Santiago, Chile.
- Arriagada, I. (1990), "Participación desigual de las mujeres en el mundo del trabajo", *Revista de la CEPAL*, No. 40, CEPAL, Santiago, Chile.
- Arriagada, I. (1987), "Las mujeres latinoamericanas y la crisis", *Mujeres, crisis y movimiento*, Ed. de las Mujeres, No.9, ISIS, Santiago, Chile.
- Athanassiou, S. (1975), "Crecimiento económico regional y urbanización en Chile", *Notas de Población*, Vol.7, CELADE, Santiago, Chile.
- Babb, F. (1990), "Women and Work in Latin America", *Latin American Research Review*, Vol.25, No.2.
- Bastías, A. y R. Gálvez (1983), *Chile 1973-1979. Estrategia politicoeconómica, Empleo y Migraciones*, PISPAL-VECTOR, Santiago, Chile.
- Benería, L. y H. Roldán (1987), *The Crossroads of Class and Gender: Industrial Homework, Subcontracting and Households Dynamic in Mexico*, University of Chicago Press, Chicago, Illinois.
- Bustamante, F. (1978), "La migración femenina en Chile. Algunas hipótesis sobre sus causas y características", *Chile, mujer y sociedad*, UNICEF, Santiago, Chile.
- Cáceres, C. (1980), *Participación laboral y desocupación según estratos de ingreso*, tesis para optar al grado de Magister, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Castells, M. y R. Laserna (1989), "The New Dependency. High Technology and the Restructuring of Latin America", *Sociological Forum*, Eastern Sociological Society.
- Cavallini, M. (1986), *Región del Bío-Bío: política fiscal, estructura económica y migración*, CELADE, Santiago, Chile.
- CELADE (s/f), Muestra del Censo de Población de 1970 para la Provincia de Santiago y Muestra del Censo de Población de 1982 para la Región Metropolitana de Santiago (información en cintas, disponible en el Banco de Datos de CELADE).
- Cereceda, L. y M. Cifuentes (1987), *¿Qué comen los chilenos?*, Instituto de Sociología, Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.
- CEPAL (1992), *Equidad y transformación productiva: un enfoque integrado*, (LC/G.1701/Rev.1-P), Santiago de Chile, Naciones Unidas.
- CEPAL (1991a), "La mujer en América Latina y el Caribe: el desafío de la transformación productiva con equidad", *Notas sobre la Economía y el Desarrollo*, No. 513/514, Santiago, Chile.

- CEPAL (1991b), *La equidad en el panorama social de América Latina durante los años ochenta*, LC/G 1686, CEPAL Santiago, Chile.
- CEPAL (1991c), *Panorama social de América Latina*, LC/G.1688, CEPAL Santiago, Chile.
- CEPAL (1990a), *Una estimación de la magnitud de la pobreza en Chile 1987*, Documento de distribución limitada LC/L 599, Santiago, Chile.
- CEPAL (1990b), *Transformación productiva con equidad*, CEPAL, Santiago, Chile.
- CEPAL (1989a), *Dinámica del deterioro social en América Latina y el Caribe en los ochenta*, LC/G 1557, CEPAL, Santiago, Chile.
- CEPAL (1989b), *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 1988*, Santiago, Chile.
- Cohen, S. y J. Zysman (1987), *Manufacturing Matters: The Myth of the Post-Industrial Economy*, Basic Books, Nueva York.
- Conning, A. (1972), "Diferenciación de la comunidad y migración rural-urbana de una región rural de Chile", *Actas de la Conferencia Regional Latinoamericana de Población*, El Colegio de México, México D.F.
- Coutrot, T. (1991), "Dependencia e informalidad", *Novos Estudos*, No. 29.
- Covarrubias, P. y R. Franco (1978), *Chile, Mujer y Sociedad*, UNICEF, Santiago, Chile.
- Covarrubias, P. y M. Muñoz (1978), "Algunos factores que inciden en la participación laboral de mujeres de estratos bajos", *Chile, Mujer y Sociedad*, UNICEF, Santiago, Chile.
- Deere, C. (1986), "Rural Women and Agrarian Reform in Peru, Chile and Cuba", en Nash, J. y H. Safa (eds.), *Women and Change in Latin America*, Bergin y Garvey, Massachusetts.
- Deere, C. y M. León (1987), *Rural Women and State Policy: Feminist Perspective on Latin American Agricultural Development*, Westview Press, Boulder, Colorado.
- De Oliveira, O. (1984), "Migración femenina, organización familiar y mercados laborales en México", *Comercio Exterior*, Vol.34, No.7, México.
- De Oliveira, O. y C. Stern (1974), "Notas acerca de la teoría de las migraciones. Aspectos sociológicos" en Muñoz, et al., *Las migraciones internas en América Latina*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- Díaz, A. (1991), *Nuevas tendencias en la estructura social chilena*, SUR, Centro de Estudios Sociales y Educación, documento de trabajo 123, Chile.

- Díaz, X. y E. Hola (1988), "La mujer en el trabajo informal urbano", *Mundo de mujer, continuidad y cambio*, Centro de Estudios de la Mujer, Santiago, Chile.
- Di Filippo, A. y R. Bravo (1977), *Los centros nacionales de desarrollo y las migraciones internas en América Latina. Un estudio de casos: Chile*, documento de trabajo No. 16, PISPAL, Santiago, Chile.
- Donoso, F. (1979), *Chile: la actual regionalización, distribución espacial y migraciones internas 1960-1970*, CELADE, Santiago, Chile.
- Elton, Ch. (1978), *Migración femenina en América Latina. Factores determinantes*, CELADE, Santiago, Chile.
- Ebanks, G.E. (1991), *Socioeconomic Determinants of Internal Migration with Special Reference to Latin America and the Caribbean Region*, CELADE, Santiago, Chile.
- Edwardh, J. (1992), *Implications of Decentralization Strategies for the Spatial Distribution of the Latin American Population*, CELADE, Santiago, Chile.
- Elizaga, J. (1970), *Migraciones a las áreas metropolitanas de América Latina*, CELADE, Santiago, Chile.
- Fanelli, A.M.G. (1989), "Patrones de desigualdad social en la sociedad moderna: una revisión de la literatura sobre discriminación ocupacional y salarial por género", *Desarrollo Económico*, Vol.29, No.14, IDES, Buenos Aires.
- Feijoo, M.C. (1991), *Algunas hipótesis sobre los cambios recientes en la familia en la Argentina*, ponencia presentada al Taller de Trabajo sobre Familia, Desarrollo y Dinámica de Población en América Latina y el Caribe, CELADE, Santiago, Chile.
- Fergany, N. (1989), "The International Migration Process as a Dynamic System", *International Population Conference in New Delhi 1989*, IUSSP, Lieja.
- Fernández, M. (1983), *Emigrantes, estudio de casos. Inmigrantes del Departamento de Itata a Santiago, Chile*, tesis presentada al Departamento de Ciencias Sociológicas y Antropológicas de la Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Findley, S. y L. Williams (1988), *Women who go and Women who stay: Reflections of Family Migration Processes in a Changing World*, versión final, ILO, Ginebra.
- Fischer, C. et al. (1978), "El desarrollo de la educación parvularia en Chile y su influencia en el desarrollo de la mujer", *Chile, mujer y sociedad*, UNICEF, Santiago, Chile.

- FLACSO (1979), *Reforma agraria y potenciales migrantes*, Centro para el Desarrollo Rural y Cooperativo, FLACSO, Santiago, Chile.
- Franco, R., A. Llona e I. Arriagada (1978), "La mujer en situación de extrema pobreza. El caso de Chile", *Chile, mujer y sociedad*, UNICEF, Santiago, Chile.
- Fucaraccio, A. (1978), "El trabajo femenino en Chile: un estudio de caso de las áreas urbanas", *Chile, mujer y sociedad*, UNICEF, Santiago, Chile.
- Galilea, S., R. Jordán y J. Weinstein (1988), "La economía real del Area Metropolitana de Santiago: más allá de la dicotomía formal-informal", *Revista Interamericana de Planificación*, Vol. 22, No. 85, SIAP.
- Gálvez, T. (1989), *Nosotras, trabajadoras de la industria*, Centro de Estudios de la Mujer, Santiago, Chile.
- Gálvez, T. y R. Todaro (1988), "La segregación sexual en la industria", *Mundo de mujer, continuidad y cambio*, Centro de Estudios de la Mujer, Santiago, Chile.
- Garayar, M. y A. Sánchez (1989), *Areas metropolitanas y migraciones: aspectos teóricos*, Universidad de Concepción, Concepción, Chile.
- García, N. (1991), *Reestructuración, ahorro y mercado de trabajo*, PREALC-OIT, Santiago, Chile.
- García, B. y O. De Oliveira (1991), *El significado del trabajo femenino en los sectores populares urbanos*, ponencia en el Seminario sobre Mercados de Trabajo: Una Perspectiva Comparativa. Tendencias Generales y Cambios Recientes, El Colegio de México, México D.F.
- García, B. y O. De Oliveira (1989), "The Effects of Variation and Change in Female Economic Roles, Fertility Change in Developing Countries", *International Population Conference in New Delhi 1989*, IUSSP, Lieja. Colegio de México, México D.F.
- García, M., M. Berlin y P. Pessar (1986), "Migration, Social Reproduction and Production", en Nash, J. y H. Safa *Women and Change in Latin America*, Bergin y Garvey, Massachusetts.
- Garret, P. (1982), "Women and Agrarian Reform: Chile 1964-73", *Sociologia Ruralis* No. 22.
- Garret, P. (1976), *Some Structural Constraints on the Agricultural Activity of Women: the Chilean Hacienda*, Land Tenure Center, Paper No. 70, University of Wisconsin, Madison.
- Geisse, G. y M. Valdivia (1980), *Economía y política de la concentración urbana en Chile*, PISPAL, Santiago, Chile.

- Geisse, G. y M. Valdivia (1977), *La relación campo-ciudad y las migraciones*, documento de trabajo No. 92, IPU, Universidad Católica, Santiago, Chile.
- Gómez, S., J. Arteaga y M. Cruz (1981), *Cambios estructurales en el campo y migraciones en Chile: estudios de casos*, documento de trabajo No. 128, FLACSO, Santiago, Chile.
- Gómez, S., J. Arteaga y M. Cruz (1980), *Reforma agraria y potenciales migrantes*, documento de trabajo, FLACSO, Santiago, Chile.
- Gómez, S., J. Arteaga y M. Cruz (1977), *Cambios estructurales y migraciones en el sector rural. Chile 1965-1975*, FLACSO, Santiago, Chile.
- Harcha, J. (1979), *Determinantes económicos de las migraciones internas en Chile: período 1952-1970*, tesis presentada a la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Herold, J. (1979), Female Migration in Chile: Types of Moves and Socioeconomic Characteristics, *Demography*, Vol.16, No.2, Population Association of America.
- Hojman, D. (1989), "Land Reform, Female Migration and the Market for Domestic Service in Chile", *Journal of Latin American Studies*, Vol.21, No.1.
- Hola, E. (1988), "Mujer, dominación y crisis", *Mundo de mujer, continuidad y cambio*, Centro de Estudios de la Mujer, Santiago, Chile.
- Hugo, G.J. (1991), *Migrant Women in Developing Countries*, documento presentado a la United Nations Expert Group Meeting on Feminization of Internal Migration, Aguascalientes, México, 22-25 octubre.
- INE (1990), *Encuesta Nacional de Empleo del Programa Integrado de Encuestas en Hogares*, Instituto Nacional de Estadística, Chile, resultados del trimestre octubre-diciembre.
- INE (s/f), *Población. XV Censo Nacional y IV de Vivienda-Chile. abril 1982. Región Metropolitana de Santiago*, Tomos I y II, Instituto Nacional de Estadística, Chile.
- INE (s/f), *Población. Resultados definitivos del XIV Censo de Población 1970, Provincia de Santiago*, Instituto Nacional de Estadística, Chile.
- INE (s/f), *XII Censo General de Población y I de Vivienda*, levantado el 24 de abril de 1952, Tomo III, Núcleo Central I, Servicio Nacional de Estadística y Censos, Chile.
- Ivelic, M. y G. Galaz (1988), *Chile, arte actual*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, Chile.

- Jünemann, L. (1979), "Expectativas migratorias de la juventud campesina", *Documento de Trabajo 178*, PREALC-OIT, Santiago, Chile.
- Kamata, S. (1991), "Outro lado do modelo Japones", *Novos Estudos*, No. 29.
- Kay, C. (1989), "El cambio agrario y la migración en Chile", en Peek, P. y Standing, G. (comps.) *Políticas de Estado y Migración. Estudios sobre América Latina y El Caribe*, El Colegio de México, México D.F.
- Krawczyk, M. (1990), "The Growing Presence of Women in Development", *Revista de la CEPAL*, No. 40.
- Lattes, A. (1989), "Emerging Patterns of Territorial Mobility in Latin America: Challenges for Research and Action", *International Population Conference in New Delhi 1989*, IUSSP, Lieja.
- León, F. (1991a), *Familia, trabajo y política de ingresos. Escenarios emergentes*, ponencia presentada al Taller de Trabajo sobre Familia, Desarrollo y Dinámica de Población en América Latina y el Caribe, CELADE, Santiago, Chile, 27 al 29 de noviembre.
- León, F. (1991b), "Los trabajadores en el auge agroexportador", *Estadística y Economía*, No.3, Instituto Nacional de Estadística, Chile.
- León, F. (1991c), *El empleo temporal en la agricultura chilena 1976-1990. Síntesis y conclusiones*, CELADE, Santiago, Chile.
- Lefebver, L. (1991), "¿Qué permanece aún de la teoría del desarrollo?", *Desarrollo Económico*, Vol.31, No. 122.
- Lim, L.L. (1989), "Processes Shaping International Migration Flows", *International Population Conference in New Delhi 1989*, IUSSP, Lieja.
- Lira, L. (1976), *Estructura agraria, crecimiento de la población y migraciones: el caso de la zona central de Chile 1952-1970*, CELADE, Santiago, Chile.
- Marshall, A. (1991), "Empleo temporario y empleo incierto: dos caras del trabajo "temporario" en la Argentina", *Desarrollo Económico*, Vol. 31, No. 122.
- Martínez, J. (1990), *Patrones migratorios interregionales en Chile: análisis de casos seleccionados*, CELADE, Serie A, No. 212, Santiago, Chile.
- Martínez, J. (comp.) (1990a), *Censo de reducciones indígenas seleccionadas: análisis sociodemográfico. IX Región Chile, 1988*, CELADE-INE-Universidad de La Frontera, Santiago, Chile.
- Mlynarz, E. (1986), "Transformaciones de la estructura agraria y migraciones de temporada en el área rural de Chile Central", ...*Se fue a volver*, El Colegio de México, México D.F.
- Morokvasic, M. (1984), "Birds of Passage are also Women...", *International Migration Review*, Vol. 18, No.4.

- Muñoz, A. (1988), "Fuerza de trabajo femenina: evolución y tendencias", *Mundo de mujer, continuidad y cambio*, Centro de Estudios de la Mujer, Santiago, Chile.
- Muñoz, H. y O. De Oliveira (1974), "Migraciones internas en América Latina: exposición y crítica de algunos análisis", *Las migraciones internas en América Latina*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- Muñoz, M. y C. Reyes (1991), *La familia en Chile*, ponencia presentada al Taller de Trabajo sobre Familia, Desarrollo y Dinámica de la Población en América Latina y el Caribe, CELADE, Santiago, 27-29 noviembre.
- Naciones Unidas (1985), *Migration, Population Growth and Employment in Metropolitan Areas of Selected Developing Countries*, Department of International Economic and Social Affairs, ST/ESA/SER.R/57/, Naciones Unidas, Nueva York.
- Nash, J. (1986), "A Decade of Research on Women in Latin America", en Nash, J. y H. Safa (eds.) *Women and Change in Latin America*, Bergin y Garvey, Massachusetts.
- Nash, J. y H. Safa (1986), *Women and Change in Latin America*, Bergin y Garvey, Massachusetts.
- Nef, J. (1991), *Democratization, Stability and Other Illusions. Militarism, Nationalism and Populism in the Political Evolution of Latin America with Special Reference to the Chilean Case*, ponencia presentada a la Conferencia Latin America and Canada: A Great Awakening, Calgary, Canadá, 5 al 7 de mayo.
- Nieto, B. (1963), *Tasas de inmigración femenina por grupos de edad para la ciudad de Santiago, 1910-1959*, Serie C, No.10, CELADE, Santiago, Chile.
- Palma, A., J. Benavente y A. Yaksic (1976), *Migraciones internas en la provincia de O'Higgins: un ensayo en teoría y técnicas de análisis*, documento de trabajo No. 82, Universidad Católica, Santiago, Chile.
- Pardo, L. (1987), "Participación de las mujeres en la fuerza de trabajo: tendencias y características, 1a.parte", *Revista de Economía y Administración*, No.61, Universidad de Chile, Santiago.
- Pollack, M. y M. Villarreal (1991), *Ajuste estructural, mujer y estrategias de sobrevivencia*, ponencia presentada al Taller de Trabajo sobre Familia, Desarrollo y Dinámica de Población en América Latina y el Caribe, CELADE, Santiago, Chile, 27 al 29 de noviembre.
- Pollack, M. (1990), *Women Workers and the Economic Cycle*, ponencia presentada a la Conferencia sobre Weathering Economic Crisis: Women's Economic Responses to Recession in Latin America and the Caribbean, CEPAL, Santiago, Chile, 27 al 30 de mayo.

- PREALC (1990), *Empleo y equidad: desafío de los 90*, documento de Trabajo No. 354, PREALC-OIT, Santiago, Chile.
- PREALC (1986), *Buscando la equidad*, PREALC-OIT, Santiago, Chile.
- Raczynski, D. (1991), *La ficha CAS y la focalización de los programas sociales*, ponencia presentada al Seminario sobre Estadísticas Socioeconómicas y la Realidad Nacional, FLACSO, Santiago, Chile.
- Raczynski, D. (1986), "La regionalización y la política económico-social del régimen militar: el impacto regional", *Notas Técnicas*, No. 84, CIEPLAN, Santiago, Chile.
- Raczynski, D. (1983), "La población migrante en los mercados de trabajo urbanos: el caso de Chile", *Notas Técnicas*, No. 55, CIEPLAN, Santiago, Chile.
- Raczynski, D. (1982), "Origen, destino y composición sociodemográfica de la migración interna", *Notas Técnicas*, No.50, CIEPLAN, Santiago, Chile.
- Raczynski, D. (1981), "Naturaleza rural urbana y patrones geográficos de la migración interna", *Colección Estudios CIEPLAN*, No. 5, CIEPLAN, Santiago, Chile.
- Raczynski, D. (1980), *Migración rural-urbana en Chile*, CIEPLAN (mimeo), Santiago, Chile.
- Raczynski, D. (1979), "Economía regional, empleo y migraciones", *Notas Técnicas*, No. 17, CIEPLAN, Santiago, Chile.
- Raczynski, D. (1978a), "Migraciones internas en Chile: metodología e información estadística. Santiago", *Notas Técnicas*, No. 11, CIEPLAN, Santiago, Chile.
- Raczynski, D. (1978b), "Empleo, pobreza y migraciones en Chile", *Estudios CIEPLAN*, No. 29, Santiago, Chile.
- Raczynski, D. y P. Vergara (1979), *Condicionantes del comportamiento migratorio de las áreas rurales en Chile (Versión preliminar)*, PISPAL-CIEPLAN, Santiago, Chile.
- Raczynski, D. y P. Vergara (1978), "Migraciones internas en Chile: características y tendencias en las últimas décadas", *Apuntes*, No. 13, CIEPLAN, Santiago, Chile.
- Raczynski, D. y C. Serrano (1985), *Vivir la pobreza. Testimonios de mujeres*, PISPAL-CIEPLAN, Santiago, Chile.
- Radcliffe, S. (1990), "Between Hearth and Labor Market: The Recruitment of Peasant Women in the Andes", *International Migration Review*, Vol. 24, No.2.

- Recchini de L., Z. (1990), "La mujer en la migración interna e internacional con especial referencia a América Latina", *Boletín de Población de las Naciones Unidas*, No.27, Nueva York.
- Ribeiro, L. y T. De Barbieri (1978), "La mujer obrera chilena: una aproximación a su estudio", *Chile, mujer y sociedad*, UNICEF, Santiago, Chile.
- Rivera, R. (1982), *Poblados rurales y migración en Chile*, Avance de investigación, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, Chile.
- Rodríguez, D. y S. Venegas (1989), *De praderas a parronales. Un estudio sobre estructura agraria y mercado laboral en el Valle de Aconcagua*, GEA, Santiago, Chile.
- Romaggi, M. (1985), *Chile: migración interna interregional, período 1977-1982*, CELADE, Santiago, Chile.
- Rosales, O. (1979), *La mujer chilena en la fuerza de trabajo: participación, empleo y desempleo 1957-1977*, documento de investigación, No. 36, Departamento de Economía, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Saavedra, N. (1981), *Migraciones internas y sector informal en Chile*, Monografía No. 19, PREALC-OIT, Santiago, Chile.
- Sassen-Koob, S. (1984), "Notes on the Incorporation of Third World Women into Wage-Labor through Immigration and Off-shore Production", *International Migration Review*, Vol. 18, No.4.
- Saavedra, N. (1981), *Migraciones internas y sector informal en Chile*, PREALC-OIT, Santiago, Chile.
- Schkolnik, M. (1991), *Encuesta de caracterización socioeconómica nacional: características de la CASEN 1990*, ponencia presentada al Seminario sobre Estadísticas Socioeconómicas y la Realidad Nacional, FLACSO, Santiago, Chile.
- Seguel, M. (1991), "En nuestro país: desigualdad y asedio sexual afectan a la mujer en el trabajo", *El Mercurio*, Domingo 18 de agosto, p. A12, Santiago, Chile.
- Serrano, C. (1987), "Pobladoras en Santiago: algo más que la crisis", *Mujeres, crisis y movimiento*, Ed. de las Mujeres No. 9, ISIS, Santiago, Chile.
- Simmons, A. (1989), "World-System Linkages and International Migration: New Directions in Theory and Method, with an Application to Canada", *International Population Conference in New Delhi 1989*, IUSSP, Lieja.
- Simmons, A. (1987), *Explaining Migration: Theory at the Crossroads*, Chaire Quetelet '87, Luovain-la-Neuve.

- Singer, P. (1974), "Migraciones internas. Consideraciones sobre su estudio", *Las migraciones internas en América Latina*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Smith, J. (1984), "Nonwage Labor and Subsistence", en Smith, J. *et al. Households and the World Economy*, Sage Publications, B.Hills, London, Nueva Delhi.
- Szasz, I. (1990), *Migración temporal y permanencia de población rural. El caso de Malinalco, Estado de México*, tesis para optar al grado de Doctor en Ciencias Sociales con especialidad en Estudios de Población, El Colegio de México, México D.F.
- Taborga, M. (1978), "Aspectos económicos del trabajo de la mujer", *Chile, Mujer y Sociedad*, UNICEF, Santiago, Chile.
- Todaro, M. (1976), *International Migration in Developing Countries*, ILO, Ginebra.
- Todaro, R. y T. Gálvez (1987), *Trabajo doméstico remunerado: conceptos, hechos, datos*, Centro de Estudios de la Mujer, Santiago, Chile.
- UNICEF (1990), *Niños y mujeres*, UNICEF, Santiago, Chile.
- UNICEF (1989), *The Invisible Adjustment, Poor Women and the Economic Crisis*, UNICEF, Santiago, Chile.
- Valdés, X. (1988), "Feminización del mercado de trabajo agrícola: las temporeras", *Mundo de mujer, continuidad y cambio*, Centro de Estudios de la Mujer, Santiago, Chile.
- Valdés, T. y E. Gomáriz (1992), "Mujeres latinoamericanas en cifras. III. Trabajo (empleo)", *Serie Estudios Sociales*, FLACSO, Santiago, Chile.
- Varios autores (1986) ...*Se fue a volver*, El Colegio de México, México D.F.
- Villa, M. (1992), "Urbanización y transición demográfica en América Latina: una reseña del período 1930-1990", en International Union for the Scientific Study of Population (IUSSP) (ed.), *El poblamiento de las Américas*, Veracruz, Actas, Vol. 2.
- Wallerstein, I. (1984), "Households Structures and Labor-Force Formation in the Capitalist World-Economy", en Smith J. *et al. Households and the World Economy*, Sage Publications, B.Hills, London, Nueva Delhi.
- Weiss-Altaner, E. (1982), "Exodo rural y estructura de clases en Chile, 1920-1965", *Poblaciones en movimiento*, UNESCO, París, 1982.

**ANEXO 1**

Tabla A.1  
POBLACION FEMENINA ECONOMICAMENTE ACTIVA DE SANTIAGO,  
POR RAMA DE ACTIVIDAD ECONOMICA  
(1952, 1960, 1970, 1982 Y 1990) <sup>a</sup>

Rama de actividad Año	1952	1960	1970	1982	1990
<b>Agricultura y minería</b>	<b>4 072</b>	<b>2 733</b>	<b>2 894</b>	<b>4 218</b>	<b>16 116</b>
<b>Industria</b>	<b>65 270</b>	<b>59 121</b>	<b>67 324</b>	<b>65 344</b>	<b>110 521</b>
Alimenticia		2 834		6 684	9 781
Ropa y calzado		44 955		41 794	71 045
Papel e imprenta		1 667		2 849	7 068
Químicas		2 810		5 675	8 459
Otras		6 855		8 342	14 168
<b>Construcción</b>	<b>588</b>	<b>500</b>	<b>1 862</b>	<b>2 490</b>	<b>4 953</b>
<b>Comercio</b>	<b>24 483</b>	<b>25 999</b>	<b>36 810</b>	<b>63 011</b>	<b>130 958</b>
<b>Servicios</b>	<b>127 193</b>	<b>153 240</b>	<b>174 770</b>	<b>276 574</b>	<b>414 895</b>
Pers. y hogares <sup>b</sup>		99 873		126 544	184 018
Sociales y comunit.		40 445		107 511	149 317
Apoyo producción <sup>c</sup>		7 366		28 699	60 936
Otros servicios		5 556		13 820	20 624
<b>No especificado</b>	<b>6 341</b>	<b>15 725</b>	<b>23 391</b>	<b>49 963</b>	<b>7 287</b>
<b>TOTAL</b>	<b>227 892</b>	<b>257 318</b>	<b>307 051</b>	<b>461 600</b>	<b>684 730</b>

*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, Resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a mujeres de 12 años y más de la Provincia de Santiago. De 1982 a 1990 a mujeres de 15 años y más de la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>b</sup> Incluye servicios de salud y enseñanza, administrativos del gobierno y defensa, asistenciales y de esparcimiento.

<sup>c</sup> Incluye establecimientos financieros, transporte, comunicaciones, compañías de seguros, bienes inmuebles y servicios a empresas (legales, contables y de asesoría).

Tabla A.2  
**POBLACION FEMENINA ECONOMICAMENTE ACTIVA DE SANTIAGO,**  
**POR GRUPOS Y SUBGRUPOS DE OCUPACION,**  
**(1952, 1960, 1970, 1982 Y 1990) <sup>a</sup>**

Grupos y subgrupos de ocupación	Año				
	1952	1960	1970	1982	1990
<b>Profesionales y técnicas</b>	<b>18 418</b>	<b>27 728</b>	<b>35 044</b>	<b>65 976</b>	<b>99 670</b>
Científico-téc- nicas (no Médicas)	728	1 170	1 910	5 691	10 583
Médicas y dentistas		771	1 105	2 232	5 261
Abogadas y juezas	205	317	489	1 242	2 313
Enfermeras, parteras y paramédicas	6 691 <sup>b</sup>	10 457	14 136	20 480	30 338
Profesoras y maestras	7 811	11 622	14 268	30 581	44 600
Otras	2 983	3 391	3 136	5 750	6 575
<b>Gerentes y directoras</b>	<b>13 488 <sup>c</sup></b>	<b>3 442</b>	<b>3 574</b>	<b>9 135</b>	<b>19 566</b>
Admin. pública	484	188	223	462	1 389
Comercio	10 836	453	884	4 265	7 689
Otros	2 168	2 801	2 440	4 408	10 488
<b>Oficinistas</b>	<b>25 513</b>	<b>30 055</b>	<b>45 289</b>	<b>92 913</b>	<b>143 772</b>
Secretarias y afines	22 967 <sup>d</sup>	23 854	38 891	75 634	108 150
Cajeras	2 546	3 918	4 275	8 686	15 638
Contadoras		945	691	4 761	13 336
Otras		1 338	1 432	3 832	6 648
<b>Vendedoras</b>	<b>7 246</b>	<b>20 056</b>	<b>25 104</b>	<b>47 292</b>	<b>100 581</b>
Propietarias		9 373	9 588	14 727	23 863
Dependientes y ambulantes		10 117	15 067	29 817	70 590
Viajantes y otras		566	449	2 748	6 128

Tabla A.2 (Conclusión)

Grupos y subgrupos de ocupación	Año				
	1952	1960	1970	1982	1990
<b>Obreras calificadas</b>	<b>51 410</b>	<b>49 686</b>	<b>50 219</b>	<b>40 632</b>	<b>72 623</b>
Costureras y afines	37 104	29 812	30 562	24 908	41 531
Hilanderas y afines	9 833	9 689	9 287	7 243	11 848
Ind. Alimenticia	2 692	1 370	1 933	2 068	3 037
Zapateras	1 495	4 076	3 119	2 922	6 754
Otras		4 739	5 318	3 421	9 453
<b>Chóferes y afines</b>	<b>159</b>	<b>185</b>	<b>461</b>	<b>780</b>	<b>1 289</b>
<b>Obreras no calificadas</b>	<b>9 645</b>	<b>8 890</b>	<b>9 668</b>	<b>14 446</b>	<b>13 190</b>
<b>Trabajadoras agrícolas</b>	<b>3 255</b>	<b>2 449</b>	<b>2 047</b>	<b>2 858</b>	<b>15 564</b>
<b>Trabajadoras minería</b>	<b>14</b>	<b>21</b>	<b>8</b>		
<b>Trabajadoras servicios</b>	<b>91 463</b>	<b>104 821</b>	<b>100 473</b>	<b>148 310</b>	<b>218 475</b>
Servicio doméstico	71 381	90 529	81 574	121 850	173 155
Protecc. y porteras	4 731	1 806	3 203	6 248	10 747
Peluqueras	2 462	3 665	5 823	5 254	10 324
Otras	12 889	8 821	9 873	14 958	24 249
<b>No especificado</b>	<b>7 281</b>	<b>9 985</b>	<b>35 191</b>	<b>39 258</b>	
<b>TOTAL</b>	<b>227 892</b>	<b>257 318</b>	<b>307 051</b>	<b>461 600</b>	<b>684 730</b>

*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, Resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a mujeres de 12 años y más de la Provincia de Santiago. De 1982 a 1990 la información corresponde a mujeres de 15 años y más de la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>b</sup> Incluye médicas y dentistas.

<sup>c</sup> Incluye propietarias-vendedoras de pequeño comercio.

<sup>d</sup> Incluye otras oficinistas.

Tabla A.3  
**MUJERES ECONOMICAMENTE ACTIVAS DE SANTIAGO EN LA  
 OCUPACION VENDEDORAS, SEGUN CATEGORIA EN LA OCUPACION  
 (1970, 1982, 1990) <sup>a</sup>**

Ocupación vendedoras	1970	1982	1990
Propietarias-vendedoras de pequeño comercio	9 588	13 727	23 596
Dependientes asalariadas y no remuneradas	12 078	27 491	61 533
Ambulantes	3 421	5 425	15 675
<b>TOTAL</b>	<b>25 087</b>	<b>46 643</b>	<b>100 804</b>

*Fuente:* 1970 y 1982: INE, Censos de Población y Vivienda (Cuadros que cruzan ocupación con categoría en la ocupación). 1990: INE, Resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> En 1970 los datos se refieren a mujeres de 12 años y más de la Provincia de Santiago. De 1982 a 1990 la información corresponde a mujeres de 15 años y más de la Región Metropolitana de Santiago.

Tabla A.4  
**POBLACION FEMENINA ECONOMICAMENTE ACTIVA DE SANTIAGO,**  
**SEGUN CATEGORIA EN LA OCUPACION**  
**(1952, 1960, 1970, 1982, 1990) <sup>a</sup>**

Categoría en la ocupación	1952	1960	1970	1982	1990
Empleadoras	1 972	1 634	3 577	9 525	17 002
Cuenta propia	42 065	35 783	42 136	45 217	98 165
Empleadas (oficina)	50 380	68 504	113 477	217 239	290 412
Obreras	126 428 <sup>b</sup>	54 516	51 841	51 485	99 722
Domésticas		84 629	74 085	114 229	147 611
Familiares no remuneradas		1 801	2 823	6 980	31 818
No especificado	7 040	10 451	19 132	16 925	
<b>TOTAL</b>	<b>227 892</b>	<b>257 318</b>	<b>307 051</b>	<b>461 600</b>	<b>684 730</b>

*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, Resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a mujeres de 12 años y más de la Provincia de Santiago. De 1982 a 1990 la información corresponde a mujeres de 15 años y más de la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>b</sup> Incluye domésticas.

Tabla A.5

**MUJERES ECONOMICAMENTE ACTIVAS DE SANTIAGO POR GRUPOS DE OCUPACION, SEGUN CATEGORIA EN LA OCUPACION (1990)**

Grupos de ocupación	Categoría en la ocupación			
	Patrona propia	Cuenta Asalariada	Doméstica	TOTAL
<b>Profesionales y técnicas</b>	6 556	93 114		99 670
Altos ingresos <sup>a</sup>	1 095	19 522		20 617
Ingresos medios y bajos <sup>a</sup>	5 461	73 592		79 053
<b>Directoras y gerentes</b>	16 804	2 762		19 566
<b>Oficinistas</b>	3 287	140 485		143 772
Secretarias y afines	519	107 631		108 150
Otras oficinistas	2 768	32 854		35 622
<b>Vendedoras</b>	39 270	61 533		100 803
Propietarias	23 596	267		23 863
Dependientes y ambulantes	15 674	61 266		76 940
<b>Obreras calificadas</b>	21 869	50 754		72 622
Modistas y afines	13 596	27 935		41 531
Hilanderas	3 111	8 736		11 847
Zapateras	424	6 330		6 754
Otras	4 738	7 753		12 491
<b>Obreras no calificadas</b>	199	1 391	27 456	29 046
Agrícolas	199	136	15 230	15 565
Manufactura			2 243	2 243
Transporte y comunic.		1 255	7 258	8 513
Otros			2 725	2 725

Tabla A.5 (Conclusión)

Grupos de ocupación	Categoría en la ocupación			
	Patrona propia	Cuenta Asalariada	Doméstica	TOTAL
<b>Servicios</b>	25 792	44 847	148 611	219 250
Domésticas y lavanderas	16 405	8 915	148 611	173 931
Otros servicios personales	9 387	35 932		45 319
<b>TOTAL</b>	17 002 98	165 420 953	148 611	684 730

*Fuente:* INE, resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre de 1990.

<sup>a</sup> Véase, en el Cuadro IV.26, la clasificación de las profesiones según promedio de ingresos en 1990.

Tabla A.6  
**DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS MUJERES ACTIVAS DE  
 SANTIAGO EN OCUPACIONES PROFESIONALES Y TECNICAS, POR  
 SUBGRUPOS DE OCUPACION  
 (1952,1960, 1970, 1982 Y 1990) <sup>a</sup>**

Ocupación	1952	1960	1970	1982	1990
Prof. científico-técnicas (excepto médicas) <sup>b</sup>	4.4	4.2	5.4	8.6	10.6
Médicas y dentistas	3.8	2.8	3.2	3.4	5.3
Abogadas y juezas	1.1	1.1	1.4	1.9	2.3
Profesoras y maestras	42.0	41.9	40.7	46.4	44.7
Enfermeras, part. y param.	32.6	37.7	40.3	31.0	30.4
Artistas, escritoras y otr.	16.1	12.3	9.0	8.7	6.7
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

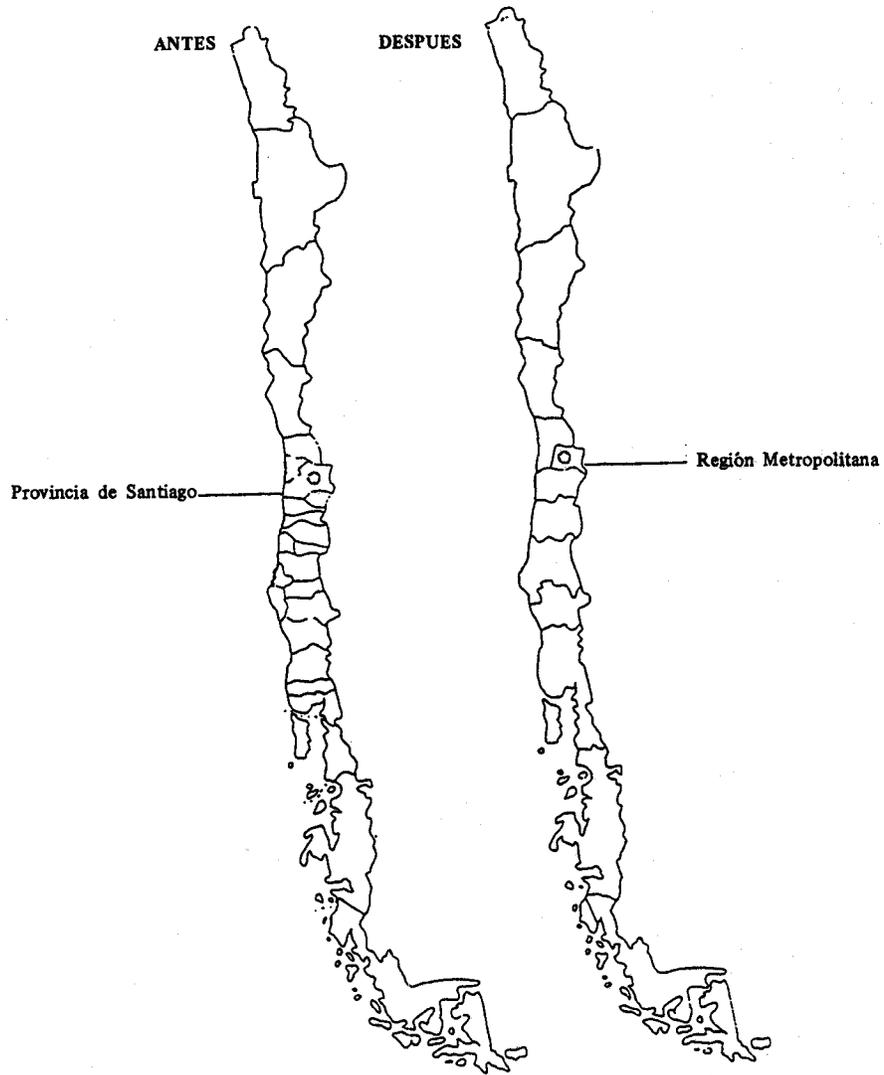
*Fuente:* De 1952 a 1982: INE, Censos de Población y Vivienda. 1990: INE, resultados de la Encuesta Nacional de Empleo del PIEH, cuarto trimestre 1990.

<sup>a</sup> Entre 1952 y 1970 los datos se refieren a la Provincia de Santiago; los de 1982 y 1990 corresponden a la Región Metropolitana de Santiago.

<sup>b</sup> Incluye contadoras.

**ANEXO 2**

**DIVISION POLITICO ADMINISTRATIVA ANTES Y DESPUES DE 1977**



*Fuente:* Richard Wilkie, Environment, Society, and rural change in Latin America. New York, John Wiley, 1980.

## REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO (CAPITAL SANTIAGO)

Croquis vigente desde 1977

1. Provincia de Santiago
2. Provincia de Chacabuco
3. Provincia de Cordillera
4. Provincia de Maipo
5. Provincia de Melipilla
6. Provincia de Talagante



**Fuente:** Cartografía oficial del Instituto Geográfico Militar.